

A M A N D A S A N H

CON LA COLABORACIÓN DE LUZ MAESTRE



S E A C A B O V I V I R C O N M I E D O

J A Z M I N E S E N

E L P E L O

JAZMINES EN EL PELO

AMANDA SANH

©Jazmines en el pelo(2019)

©Amanda Sanh

Con la colaboración de

©Luz Maestre

©Sukutangan & Joan Bekker

©Juan Grajales

Contacto:

mndy23@hotmail.com

ISBN: 9781656066473

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio.

— CUANDO TERMINE DE RECOGER TODOS LOS PEDAZOS,
TAL VEZ SIGA ADELANTE; CUANDO TERMINE DE
AHOGARME EN MIS PROPIAS LÁGRIMAS, TAL VEZ ME
OLVIDE DE TI. TUS LLAMAS QUEMARON LA MITAD DE MI
CORAZÓN LA OTRA MITAD YA TE LA HABÍA REGALADO.
AUNQUE LLUEVA, TÚ NUNCA TE MOJAS Y NO PUEDO
ECHÁRTELO EN CARA. ME GUSTABAN LOS MISTERIOS
HASTA QUE TE CONVERTISTE EN UNO. DICHA SEA LA
VERDAD, NO SÉ SI ALGUNA VEZ FUI FELIZ CONTIGO. CON
LA PUNTA DE LA NAVAJA Y LOS BESOS QUE SE
ESFUMARON ME AMASTE, Y A LA VEZ, ME MATASTE.

ÍNDICE

Nota de autor

...

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Carta de Luna a B.](#)

[¿TE HAS SENTIDO IDENTIFICADA/O?](#)

[Acerca del Autor](#)

NOTA DE AUTOR

Este libro contiene escenas de violencia doméstica.

La historia se ha escrito con conocimiento de causa y con el máximo respeto hacia las víctimas de este horrible cáncer que es el machismo.

Por favor, léelo bajo tu responsabilidad y teniendo claro que las autoras no apoyamos este tipo de amor tóxico.

No es amor, es veneno.

...

Era obsesivo y terco, de manos grandes y miradas de reojo; astuto y escurridizo, con lengua de serpiente y colmillos de venganza. Era todo lo que una mujer querría lo más lejos posible de sí misma: mal novio y peor amante. Intolerante, de ira fácil, firmaba los documentos como «B.». A Luna, lo que más le sorprendía de él era su capacidad para recordar todo lo que no le gustaba de ella. Y de ella, los ojos verdes y el lunar en la mejilla derecha eran los lugares favoritos de B. para golpear.

A ella nadie la quería como la quería él, aunque todo el mundo le dijese que estaba equivocada, que era justamente lo contrario, que, sin ella, él no iba a tener donde caerse muerto. Nadie la entendía, pensaba cuando subía por las calles empedradas del barrio de La Latina, los momentos buenos compensaban todos los infiernos vividos. Era B. quien racionaba su felicidad, dándosela de beber a traguitos, sin permitir que se enganchara mucho a ella. Era, como ya imaginaban muchos, quien coartaba su libertad y la encerraba entre muros con cristales puntiagudos y alambres de espino.

A Luna le gustaba cuando la sacaba en San Isidro a ver los fuegos artificiales y la besaba a orillas del Manzanares, allí se olvidaba de las veces que se ensañaba con su pelo y con sus dedos. Aquel día tenía la mano rota.

Los domingos de «lo siento, tuve un mal día» venían acompañados de flores y fresas con nata, ella solía decirse en voz baja que aquellas serían las últimas flores que él le trajera nunca; que las cosas irían bien ahora que se había dado cuenta de su error.

Aquel día llevaba unos lirios enganchados en el tirante del vestido. Se engañaba, se convencía de lo imposible para sacar fuerzas para mantenerse a su lado, se hacía luz de gas para acallar a los pocos pensamientos instintivos de defensa que le quedaban.

Era obsesiva, terca, de manos frías y miradas esquivas a muecas de reproche; valiente y fiel, con sonrisa resistente a las humedades y un yunque por corazón. Era casi todo lo que un buen hombre podría esperar. Transigente, de beso fácil, paraba las bofetadas con la mano izquierda.

Primero fue una botella estallando sobre su nuca, después, un cuerpo siendo arrastrado por el asfalto; un árbol y unas cadenas, unas tijeras que se partieron por la mitad y gritos de «esta es la última vez que lo haces». ¿El delito? Un «hoy duermo en casa de mi madre» sin alevosía ni mala praxis. ¿El móvil? El miedo. ¿El miedo? A patadas se va. Después vienen las ganas de sobrevivir.+

PREFACIO

Fue entonces que la vi.

Recibí su presencia como el sol que renace en el horizonte después de una noche fría y sin luna. De esa forma en que te llena de energía y te sientes parte de este mundo, porque hacía mucho tiempo que yo no me sentía parte de él. Las personas eran un trámite más que formaba parte de la vida, llegaban, convivían y se marchaban para ser reemplazadas por otras.

Ella no era así, lo supe desde el instante en que nuestras miradas se cruzaron y temí ser el único flechado por ese ángel que rara vez acertaba en el blanco. Temí por lo que vi en sus ojos, una tristeza tan encarnada que hablaba de una vida demasiado larga para la edad que aparentaban sus facciones.

Puede que ese día descubriera lo que era tener miedo por primera vez, porque ella era como una flor expuesta a los rayos del astro en plena sequía. Presumiendo sus pétalos, con su tallo alzado y orgulloso, sin percatarse de que bajo toda aquella presentación de belleza se escondía una terrible amargura. Sí... tuve miedo por mí, porque supe sin preguntarme sobre ello, que quería ser aquel que regresara la lluvia a su vida y la ayudara a retoñar sus pétalos caídos.

Lo supe al instante, ojalá hubiera sabido también el motivo de ese dolor en sus ojos, ojalá, tal vez habría podido ayudarla.

CAPÍTULO 1

LAS PRIMERAS FLORES



Lo malo que tiene el pasado es que no lo puedes negar. Luna fue una vez feliz, hace muchos años, apenas lo recuerda. Tuvo una familia que la adoraba y toda una vida dichosa por delante, ¿quién le iba a decir que acabaría renunciando a todo por un amor que quemaba más que el fuego candente de una llama? Todo significaba todo. Y como ninguna historia comienza por las espinas, diré que al principio había flores. Se marchitaron y quedó barro, quedaron muchas luces sin apagar, y una esperanza de que no todos los hombres serían iguales. Comencemos por el principio

Nunca es fácil ser la chica nueva, eso lo descubrió Luna Belmonte cuando ingresó en segundo de la ESO a su nuevo instituto de Madrid. Había gritado, llorado y pataleado para que sus padres se apiadaran de ella, de su situación, de su vida. A nadie le gustaba empezar de cero, no así, y eso que apenas fue un cambio de barrio y no uno de ciudad o de país.

Los otros chicos la miraban como un bicho raro, no los juzgaba, ella sabía que no era muy agraciada por aquel entonces. Había estado en el viejo colegio de monjas desde primaria, había crecido con todas sus compañeras, las conocía, las *toleraba*, tenía muchas amigas, y ahora estaba allí, completamente sola y aislada de los demás. Rodeada de chicos, ¡chicos! Sentía que la veían con odio por los pasillos, que cuchicheaban a sus espaldas, que se reían de ella y su vestimenta recatada. No es que lo creyera, lo *sabía*, estaba completamente segura, su cabeza se encargaba de recordárselo cada segundo, cada minuto, cada vigilia autoimpuesta.

—Te acostumbrarás, harás nuevos amigos —dijo su padre mientras la llevaba en coche hasta el nuevo instituto, ella miraba aquellas puertas abiertas como si fuesen mandíbulas esperando furiosas a devorarla y engullirla hasta las tinieblas del interior.

—Pero no quiero hacer más amigos, ¡yo ya tengo amigas, papá!

—Luna —se quitó las gafas lentamente y apoyó sus manos en el volante, miró a su hija con sus ojos castaños en una expresión que, aunque dura, seguía siendo paternal—. Esto es lo mejor para todos, será bueno para ti. El antiguo colegio estaba convirtiéndose en un arma política contra muchas ideologías. Quiero que seas libre para decidir tus ideales. Este también es un buen instituto, alegra un poco esa cara tan bonita, eres genial y harás nuevos amigos tan rápido que ni te darás cuenta.

—Papá. No tienes ni idea. Esas ideas ya las puedo aprender en Twitter.

—Actitud positiva, Luna. El día más importante es este, el primero.

—No es el primero, las clases empezaron hace un mes.

—Es el primero para ti —sonrió.

—No tiene gracia, papá.

—Mira, mi vida, todo estará bien, ¿de acuerdo?, sólo dime qué es lo peor que podría pasar.

—Que no encaje, y sé que no voy a encajar.

—Lo estás diciendo sin tener idea, ni siquiera has entrado a clases, ni siquiera has hablado con ellos. Los estás juzgando sin conocerlos, eso es prejuizar, Luna.

—No necesito conocerlos para saberlo, simplemente lo sé. Nunca he tenido amigos chicos.

Y así fue, lo sabía y tenía razón. Se reían cuando hablaba, hacían caras a sus espaldas, se inventaban toda clase de historias que no hacían más que sumergirla en su propia miseria. A veces incluso algún gracioso le tiraba trocitos de papel humedecido en saliva. La llamaban *la monjita muerta*. A sus padres no les decía nada, no quería preocuparlos, ya bastantes problemas tenían tratando de sacar adelante la floristería que administraban en la planta baja de su edificio.

A ellos les sonreía, les decía que no era para tanto; así fue como desarrolló esa habilidad de mentirle en la cara a las personas que amaba, lo hacía por el bien de todos, de nada servía contarles la verdad, ellos no podían hacer nada al respecto, no podían cambiar la situación; sólo la empeorarían.

Sus padres no le habían enseñado a pelear, no creían en la violencia como forma de respuesta, eran los seres más pacíficos y nobles que conocía. Su padre era un ejemplo de inmensa calma, y su madre era la expresión más pura de inteligencia y serenidad. Los amaba, tanto como amaba a su hermano Víctor, por más que este fuese insoportable la mayoría de las veces y tendiera a meterse en líos.

No le habían enseñado a pelear, pero sabía aguantarse su propio dolor y mantenerse firme, aunque fuese sólo en apariencia. Las burlas y malos comentarios se prolongaron por aquellos primeros dos meses, hasta que alguien le tendió una mano que aparentaba ser amigable. Por experiencia, lo primero que hizo fue desconfiar de aquella *impostora* en potencia, pero no tardaría en descubrir que, por lástima o curiosidad, no había segundas intenciones escondiéndose bajo las uñas de esa mano.

Entre palabras tímidas se fue formando algo parecido a una especie de compañerismo muy cercano, o quizá algo parecido a una amistad, pero temía utilizar ese término en voz alta para no crisparle los nervios a nadie. Cualquier cosa podía pasar, si solo por venir de donde venía era juzgada sin pecado cometido.

De las palabras tímidas vinieron los helados de tardes de domingo, y las pizzas de masa pan del centro comercial en noches de viernes. Fueron tomando fuerza y forma las palabras, con más seguridad, con más gracia, con más *empatía*. Para cuando empezaron a llegar los secretos, ya podíamos hablar de una confianza que había nacido entre ambas chicas. Luna por fin tenía una amiga.

Eva era notablemente diferente a las demás, eso lo podía notar a leguas. Cuando bajó la guardia y acribilló sus prejuicios, pudo ver a su nueva amiga tal cual era, una persona bondadosa y sonriente, alguien de buenas intenciones. De repente los días ya no eran tan grises, las lluvias no disimulaban ninguna lágrima, las noches no

eran para dormir, sino para escribirse mensajes hasta el amanecer. A sus padres se les iluminó la cara cuando les contó que, por fin, traería a una *amiga* a casa, a alguien «digna de conocer las patatas rellenas de la abuela, que en paz descansa».

Fue Eva quien, después haberse sentido muy bien atendida por la familia de Luna Belmonte, invitaría a su amiga a pasar una *noche de chicas* en su casa, una despampanante pijamada que haría que todas las otras chicas del instituto se sintieran miserablemente celosas. No tenían mucho dinero, por lo que pronto se desvaneció la idea de fuentes de chocolate, cuatro cajas de pizza, sacos enormes de gominolas, litros y litros de Pepsi, hamburguesas de doble carne y doble queso, y todas aquellas cosas que se habían estado imaginando desde que la idea de la pijamada empezaba a tomar forma en sus mentes y sabor en sus paladares.

No obstante, se las arreglaron para comprar unos Kebabs, algunas latas de Pringles y una botella grande de Fanta de limón, además de dos bolsas de palomitas a las que seguramente les darían un muy buen uso esa noche. Hicieron una lista de películas que *debían* ver durante aquella velada, era una lista elaborada y muy bien pensada, empezando con las películas juveniles al final de la tarde, luego las de terror a medianoche y, para endulzar ese sabor amargo que los asesinos seriales dejaban en las mentes jóvenes en noches oscuras, verían películas románticas antes de irse a dormir. Dos películas por género, una la elegía Eva y la otra la elegía Luna.

Los padres de su amiga también eran muy amables, aunque parecían un poco más ocupados y estresados que los suyos. De todas formas, era evidente que estaban tratando de dar lo mejor de ellos ante la presencia de la nueva invitada. Cenaron pescado frito, pero una de las sillas seguía desocupada, a pesar de tener su respectivo plato repleto de comida caliente y sabrosa.

—Otra vez lo mismo —gruñó el padre de su amiga por lo bajo, tratando de que Luna no lo escuchara, pero era inevitable.

—Debe estar con..., no sé, con sus amigos —respondió la madre, tomando una servilleta y luego limpiándose los labios con ella—, está en esa *edad*.

—La cena y el desayuno son eventos de mucho respeto, es un momento para compartir en familia, y más cuando hay invitados.

—Estoy segura de que no será la última vez que veamos a Luna, ¿verdad, cariño?

—Sí señora —respondió, aunque no estaba completamente segura de lo que debía decir, el padre le parecía algo estricto—, espero poder compartir más tiempo con Eva.

Siguieron comiendo sin volver a tocar el tema, hablaron de otras cosas tan superfluas que ni siquiera merecieron un lugar en los recuerdos de Luna.

—Estaban hablando de mi hermano —dijo Eva cuando ya estaban en la comodidad y privacidad de aquella habitación totalmente forrada en pintura púrpura—. A veces no viene a cenar con nosotros, y mi padre pierde los nervios cuando eso pasa. No le gusta que se salten sus normas, es conservador, todo lo contrario que mi hermano.

—No sabía que tenías hermanos.

—Solo uno, es el mayor, ya está a punto de acabar el bachillerato, pero dudo que quiera ir a la universidad —suspiró mientras buscaba en internet alguna página web de películas gratuitas—, siempre está con su novia de turno, el resto del mundo desaparece para él.

—Supongo que eso nos pasa a todos cuando crecemos.

Iniciaron la maratón de películas con la emoción palpitando en sus corazones, y esos latidos cada vez se hicieron más lentos y perezosos, y de la pereza vino la somnolencia. Ni siquiera había empezado la hora de películas de terror cuando ya ambas dormían a pierna suelta, con pequeños ronquidos que despertaron a la madre de Eva, quien cariñosamente abrigó a las niñas con una manta y se encargó de apagar la luz.

Luna conoció al hermano de Eva a la mañana siguiente, en el desayuno. Al principio parecía alguien demasiado común, un chico que no destacaría en una multitud, al menos no por su apariencia, aunque su mirada era la de alguien que tenía pocos amigos. Era todo un *bad boy* en su máxima expresión, con el vello facial creciendo de forma irregular en su cara, marcas del acné que acababa de superar y la actitud de chico malo que debía ser propia

de un matón de último año. Básicamente todo lo que ella odiaba estaba condensado en una sola persona. Ella lo saludó, pero él se quedó mirándola y luego decidió ignorarla de una forma descarada, a lo que Luna prefirió no decir nada y concentrarse en su desayuno.

—Te acaban de saludar —lo regañó la señora, claramente molesta por la falta de cordialidad de su hijo.

—Sí, sí, hola *monjita* —respondió aquel muchacho de una forma desinteresada, notándose con claridad el sarcasmo en el que se deslizaban cada una de sus palabras mientras la miraba descaradamente.

—Luna trajo flores ayer, ¿te gustan, hijo?

—Menuda estupidez. —A Luna no le extrañó la reacción, aún no había conocido a ningún muchacho amable.

Luna terminó de desayunar y luego el padre de Eva la llevó hasta su casa, donde sus padres le preguntarían sobre la familia de su nueva mejor amiga, y ella respondería que todos eran muy agradables. Todos.

CAPÍTULO 2

LA GENTE REAL



Pasaron los días, luego las semanas, luego los meses e incluso unos cuantos años. Luna y Eva se volvieron completamente inseparables, uña y carne, en donde estaba una tenía que estar la otra, en donde estaba uno de los perfumes tenía que estar el otro. Los problemas de *chica nueva* habían cesado, y ganaba su propio dinero trabajando en sus ratos libres en la floristería de sus padres.

Amaba las flores, las amaba con toda su alma, amaba cómo los aromas se mezclaban en aquella tienda, cómo aquellos bellísimos y delicados pétalos llenaban de vida una habitación construida a base de cosas muertas. Aprendió taxonomía, aprendió sobre colores, aprendió de botánica, aprendió sobre cuidado de las plantas. Aprendió la diferencia entre pétalos, sépalos, tépalos y brácteas, entre estambres y carpelos, entre flores e inflorescencias, entre corolas y cáliz, entre peciolo y tallo, entre espinas y aguijones. Su madre había comprado varios libros de botánica y los guardaba bajo el mostrador, Luna era la única que activamente los leía y quedaba fascinada por tantas maravillas encontradas en aquellos seres vivos sin funciones motoras.

Conocía el nombre a todas y cada una de las plantas ornamentales que había en la floristería, se sabía a la perfección la disposición y el orden de las flores en cada uno de los arreglos del catálogo. Su hermano se encargaba de las entregas a domicilio, su padre se encargaba de las cuentas y asuntos más *importantes*, mientras que su madre y ella se encargaban de atender la floristería

desde adentro, pero todos trabajaban con un mismo objetivo: sacar la familia adelante. Dejar un legado para los nietos.

A su madre le gustaba bordar en la técnica de punto de cruz, siempre con sus gafas pequeñas suspendidas en la punta de la nariz, con el cordón dorado atado a las patillas y haciendo un arco perfecto por detrás de su cuello. El oftalmólogo le había dicho una y mil veces que la costura le estaba desgastando la vista, pero ella hacía caso omiso a las indicaciones del médico, la tradición venía de generaciones atrás y no iba a acabar con ella. Con la que sí parecía que iba a acabar era con Luna, que se negaba a aprender aquella técnica que poca gracia le veía, especialmente porque desde hace mucho tiempo existían las máquinas de coser, y muchas ya eran automáticas.

—Podrán cortar todas las flores, pero nunca podrán detener la primavera —leyó Luna en voz alta cuando su madre colgó el cuadro bordado en la pared—, ¿lo escribiste tú?

—No, fue Pablo Neruda —respondió ella, intentando ubicar el cuadro en una posición perfectamente horizontal, era la mujer más perfeccionista del mundo en ese tipo de cosas.

—¿Por qué no pusiste la cita?

—¿La qué?

—Debías poner el nombre del autor allí abajo.

—Ah, no es necesario.

—Esas cosas siempre son necesarias, mamá —sonrió y siguió ojeando el libro de botánica, el cual volvió a cerrar en cuanto la campana de la puerta anunciaba la llegada de un nuevo cliente.

A Luna le encantaba deducir la historia de cada uno de sus clientes, y, por consiguiente, el destino de cada uno de los arreglos florales y ramos que ellos compraban. Era fácil distinguir las flores que se usaban en cada ocasión, las rosas eran para los amantes consolidados o para los infieles que pedían perdón; las lobelias y los lirios de agua eran para arreglos familiares, de esos que se dan en cumpleaños y ocasiones especiales; los narcisos, los girasoles y los jazmines eran para regalos amistosos, quizá hasta fraternales. Por otro lado, estaban las flores blancas, tan bonitas, puras e inocentes..., ésas eran las más curiosas de todas, las más interesantes, no sólo por su ausencia de color (que científicamente

se trataría en realidad de la expresión de todos los colores juntos), sino por los usos diversos y contrastantes que se les daban. Las flores blancas eran las mismas que arreglaban para los nacimientos, los bautizos, las primeras comuniones, los matrimonios y, especialmente, para los funerales. Celebraban la llegada de una vida y la partida de otra usando el mismo color.

Con el paso del tiempo, todas las amigas y compañeras de Luna habían crecido y madurado, la pubertad les había dado lo que las hormonas predijeron. Luna parecía haberse quedado atrás, como congelada en el tiempo, como si la adolescencia le hubiera dado la espalda o la hubiera puesto en espera por un poco más. Se sentía la menos bonita de todas, a la que ningún chico buscaba para salir, y trataba de evadir al máximo este tipo de situaciones, los nervios se le crispaban de sólo pensarlo. Todas sus amigas conseguían novios, se divertían, terminaban con ellos y luego conseguían a otros. Aquel era un *lujo* que Luna jamás podría permitirse.

Conocía al chico que acababa de entrar a la floristería, era el novio de Eva, un muchacho de piel bronceada y cuerpo trabajado, alto, cabello negro y ojos marrones. Jugaba en el equipo de fútbol del barrio, todos lo conocían, todas se *morían* por él. Luna le devolvió el saludo sin preocuparse por la posible aparición de los nervios, él nunca se fijaría en alguien como ella, hasta sabía que era invisible para él.

—Se acerca el cumpleaños de Eva, y no sé bien qué regalarle... Supongo que flores, ¿no?, a..., a todas las mujeres les gustan las flores.

—Tienes que estar seguro, eso no es para todo el mundo —respondió la madre de Luna luego de quedar satisfecha con la posición de su bordado.

—No le hagas caso a mi madre —se excusó ella—, a Eva le gustan las flores. ¿En qué tipo de arreglo estás pensando, Gonzalo?

—Ése es el problema, no sé mucho de esas cosas.

Luna ya lo suponía, había una marcada diferencia entre los gustos de los hombres y las mujeres. Ella sabía que las mujeres tenían un gusto más refinado, más delicado, más *inteligente*; éste era un santuario del buen gusto, y ellas sabían apreciarlo. Los hombres que llegaban a la floristería hacían decisiones

apresuradas, atropelladas, poco elaboradas. Elegían algo que se viera bonito, a pesar de que todo se veía bonito. Las flores tenían espíritu, cada color y cada especie emanaba su propia energía, por lo que debían ser dispuestas en arreglos diseñados para potenciar la energía y transmitirla al entorno en el que aquellas flores fueran dispuestas, así se tratase de un jarrón en la mesa del comedor o recostadas contra con la lápida de alguien en el cementerio.

Luna conocía bien a su amiga, sabía bien lo que a ella le gustaba, por lo que el arreglo terminó diciendo más de Luna que del novio de su amiga, pero eso sólo ella podría notarlo. El cliente quedó satisfecho con la elección, programo la fecha y lugar de la entrega y se fue con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡A Eva también le gusta el teatro! —gritó Luna antes de que el chico cerrase la puerta.

—Es guapo —dijo la madre aguantándose una pequeña risa sin provocar el contacto visual.

—Es el novio de Eva, mamá.

—Sí, yo sé quién es, pero eso no le quita lo guapo.

—Mamá, que podría ser tu hijo.

—¿Tiene hermanos?, ¿por qué no le pides que te presente uno?

—¡Mamá!

—¿Qué?

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Ay, Luna, nunca llevas a nadie a casa, no has traído a un solo chico en la vida. Los tiempos han cambiado, eso no tiene nada de malo, tu padre ya no es tan celoso contigo. Anda, ¿o es que te avergüenzas de nosotros?

—No digas tonterías, mamá. Nunca me avergonzaría de vosotros, eso jamás.

—Entonces, ¿qué sucede?

—No sucede nada, mamá. No os he presentado a nadie porque realmente no salgo con nadie, así de sencillo.

—Luna, ¿no te gustan los hombres?

—Sí me gustan. No me gusta que me estés forzando a tomar ese tipo de decisiones.

—Anda ya, pero no es para que te pongas así.

—¿Así cómo?

—Como si te hubiese ofendido.

—No me has ofendido, mamá, pero me has hecho sentir incómoda. Ya quisiera salir yo con alguien como Gonzalo, el novio de Eva. Pero aún no encontré el adecuado.

—Sólo fue un comentario, tampoco es para tanto.

Sus padres se habían hecho novios desde muy jóvenes, parecía haber sido eso de amor a primera vista. Víctor también estaba saliendo con alguien, otra chica del barrio, una con cabello rubio rizado y grandes ojos miel que varias veces los había acompañado durante las cenas y almuerzos de domingo. El piso en el que vivían en pleno barrio de Malasaña había adquirido más vida y color con el paso de los años, siempre había flores adornando cada saliente, estante y rincón, los olores dulzones del néctar reemplazaba la necesidad de comprar cualquier tipo de aromatizante.

Cuando no estaba en el instituto —ya cursando último año—, en la floristería o en casa de Eva, Luna Belmonte ocupaba su tiempo en el hogar de ancianos, le gustaba empaparse de la sabiduría de quienes ya habían vivido todo. También comenzó a practicar muay thai, un deporte de con tacto que le servía para liberar tensiones. Sentía una gran energía por dentro, y en el fondo sabía que era aquella rabia con el universo por haberla forzado a ser la más rellenita de todas, la menos simpática, que además tampoco era tan inteligente ni talentosa como muchas de sus compañeras. Se sentía aislada, aunque realmente tenía muchos amigos y se había ganado el cariño de sus compañeros, pero de eso no se vivía, de eso no *podía* vivir. Necesitaba más, necesitaba mucho, mucho, mucho más.

¿Por qué las cosas debían ser diferentes para ella?, ¿por qué seguían viéndola como la niña del colegio religioso que estaba destinada al convento? Quería salir, quería conocer a alguien con quien compartir esos momentos que no se pueden compartir con la familia ni con los amigos. Quería saber qué se sentía besar unos labios de carne, oler la loción en el cuello de alguien durante uno de esos abrazos que parecían no tener fin, quería saber qué se sentía ser querida, ser deseada.

Quería, quería, quería. Sí, quería muchas cosas, pero en el mundo no se llega a cumplir ni la mitad de las cosas que la gente desea, aunque lo deseen con toda su alma. Luna Belmonte estaba

destinada para muchas cosas, pero ninguna de esas parecía ser el amor. Se convencía a sí misma de que podía ser feliz sin ayuda de nadie, de hecho, por mucho tiempo creyó que lo era. Le dio todo su cariño a su familia.

Sus amigas se enrollaban con los chicos, eran felices por un tiempo y, casi siempre en menos de seis meses, la relación se iba al desagüe. Lo siguiente eran dos o tres semanas de llanto inconsolable, malas calificaciones y, para rematar, un corte de cabello idéntico al de *Dora la Exploradora*. Luna no tenía que pasar por nada de esto, veía los dramas ajenos con algo de distancia y con la gracia escondida detrás de la empatía.

—Es una pérdida de tiempo —le dijo a su hermano mientras limpiaban la floristería un sábado por la mañana.

—No es una pérdida de tiempo, Luna, es algo completamente normal, es parte de vivir. Y si quieres estar sola también es una elección admirable.

—Pues no está dentro de mis planes estar sola; pero si es lo que la vida ha preparado para mí lo aceptaré.

Víctor sonrió, dejó de barrer y la miró a los ojos. Compartían la misma mirada de color esmeralda heredada de sus abuelos paternos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?, aún eres una niña.

—No soy una niña, Víctor —le sacó la lengua y siguió sacudiendo el polvo los estantes—. El año que viene iré a la universidad. Seguramente me independice, adopte tres gatos y no volváis a saber de mí.

—Te falta mucho para ser adulta, ni siquiera yo lo soy... y estoy cerca de los veinte.

—Tú eres un chaval y estás condenado a serlo por toda la eternidad.

—Pero ¿qué dices? Ya hasta tengo barba y todo.

—Esa pelusa facial está lejos de ser una barba.

—Pues a mí me funciona, ya tengo novia.

—Para mí que le has hecho brujería a la pobre Valentina.

—No, no, no, nada de *pobre*, ella está más que contenta de estar con un *galanazo* como yo. Con barba o sin barba.

—Allá tú.

—Hazme caso, hermanita. Has dicho que no está en tus planes estar sola.

—¿Qué?, ¿ahora debo encontrar a un *galanazo* con pelusa en la cara?

—Puedes ir paso a paso, buscarte un amigo.

—No es tan fácil.

—No lo sabrás si nunca lo intentas. No tienes que pedirle matrimonio en la primera cita.

—A eso me refiero, no es fácil intentarlo. ¿Y si me enamoro y me rechaza?

—¿Cómo sabes qué pasará?

—Porque..., no sé, porque eso no es para la gente como yo.

—¿La gente *como tú*?

—A ver, Víctor, no nos digamos mentiras, hace falta estar delgada y ser guapa para tener un novio que te trate bien.

—¡Pero si tú eres preciosa!

—Ya, eso lo dices porque eres mi hermano.

—Creo que el problema es más de autoestima que de apariencia. Tienes unos kilos de más ¿y qué? ¿te hace peor novia o amante?

—De autoestima o de apariencia, da lo mismo, no pasará, y punto. Deja el tema o practicaré muay thai contigo.

—¿Quieres casarte y tener hijos? Sé que sí.

—Hay más de siete mil millones de bocas en el planeta, y yo me sacrifico a favor de la extinción si es necesario.

—Manolo se casó hace un mes, ¿ya lo olvidaste? —Manolo era el eterno tío soltero que se emborrachaba en todas las reuniones familiares.

—Manolo es Manolo, me refiero a la gente real.

—¿Como tú y como yo?

—Más bien como yo, tú eres la versión horrenda del tío Manolo.

—¡Oye! Tú sabes que, aparte de *galanazo*, también soy un ser humano con sentimientos.

—Qué va, tienes un segundo hígado en lugar de un corazón — volvió a sacarle la lengua y su hermano le enseñó el dedo del medio, luego ambos estallaron en sonoras carcajadas.

CAPÍTULO 3

UNA MUJER DE LAS DE TODA LA VIDA



El negocio iba como nunca, ya estaban haciendo planes de abrir nuevos puntos de venta en otras partes del barrio, ¡incluso en otras partes de Madrid! Había una época, cuando el mármol de las estatuas aún no se había ennegrecido, en la que su familia había triunfado en el mundo de las flores. Importaban flores directamente desde Latinoamérica, el norte de África y otros países de Europa, eran conocidos por la calidad del trabajo y las más prestigiosas familias hacían ostentosos encargos para ese tipo de fiestas que celebraban los ricos.

Las cosas habían cambiado en los últimos cincuenta años, quizá por malas decisiones, quizá por malas rachas, quizá por simple mala suerte, el motivo no importaba cuando el resultado seguía siendo el mismo. Habían estado a punto de quebrar varias veces, pero siempre se mantenía la tradición, no importaba qué tan violenta fuese la tormenta. Ahora aquella flor marchita empezaba a tomar un nuevo color.

La vida de Luna Belmonte dio un giro inesperado en una tranquila noche de jueves, en pleno verano, con el calor a punto de derretir las llantas de los coches y doblar farolas como si estuviesen hechas de gelatina. Se había puesto un bonito vestido amarillo que llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas, lucía su nuevo corte de cabello hasta los hombros, había usado maquillaje por primera vez. Caminaba sonriente y alegre por las calles de Madrid, con su cartera en una mano y una bolsa de papel celofán en la otra. La bolsa contenía el regalo de cumpleaños de Eva, una colección de

libros de romance que la mantendría entretenida cuando Gonzalo o ella decidieran acabar con esa relación que aún sobrevivía, contra todo pronóstico, tras ocho meses.

En el piso de Eva estaban aquellas personas cuya presencia Luna ya había predicho: los padres, un par de tíos, unos cuantos primos y, obviamente, los amigos del instituto. El salón estaba decorado con globos azules y plateados, serpentinas, cañones de confeti y demás parafernalia que nunca podía faltar en un cumpleaños, especialmente en el número diecisiete. Una tarta de tres niveles se alzaba en la mesa como una especie de torre del sabor. A Luna se le había hecho la boca agua, especialmente porque no podría comer ninguna de aquellas delicias que se veían por aquí y por allá, hacía muy poco tiempo le habían diagnosticado un caso hereditario de diabetes y debía ser muy selectiva con las cosas que se llevaba al paladar.

—*Llevarás una vida completamente normal* —había dicho el médico mientras le entregaba un aparato extraño—, *mantén esto cerca, en tu bolso o en tu bolsillo.*

—*¿Qué es?* —había preguntado ella, aún si recibir el aparato que el médico amablemente le ofrecía.

—*Es un glucómetro, es más común de lo que crees. Ayudará a monitorear los niveles de glucosa en tu sangre. Pones tu dedo aquí, y...*

—*¿Eso me pinchará el dedo?*

—*Es sólo un pinchazo, sana casi al instante y no duele nada.*

—*Claro que duele, de lo contrario no sangraría.*

—*Créeme, es mejor esto a estar viniendo todos los días a hacerte exámenes de sangre, ya sabes, con jeringas grandes y toda la cosa. Hazme caso, yo sé por qué te lo digo...*

—¡Luna, ya estás aquí! —dijo Eva, arrancándola de su recuerdo. Estaba más bonita que nunca, con el cabello azabache recogido y bellamente arreglado, su vestido impecable recién salido del almacén. Luna pudo jurar que, desde allí, había percibido el olor a tela nueva.

—Perdón por el retraso —se excusó mientras se daban un largo abrazo—, hay un evento grande para el fin de semana y estamos a tope con las flores.

—No pasa nada —recibió la bolsa de papel celofán y la dejó en la mesa junto a los otros regalos, la tomó de la mano y la llevó hasta donde estaba el resto del grupo de amigos. Todos ellos estaban con su respectiva pareja, coqueteando con sutileza ante la mirada vigilante de los adultos, simulando bailar en grupo cuando, en realidad, lo único que deseaban eran restregar las caderas en pareja, quizá incluso contra la pared.

Hubo largas sesiones de juegos de mesa, litros de Coca-Cola sin azúcar y, para los demás, jugosas rebanadas de pizza, chocolates y demás delicias gastronómicas que hacían delirar a las papilas gustativas, y nadie parecía saber lo afortunados que eran. Luna tuvo que conformarse con los pinchos de frutas.

Ya se acercaba el momento de soplar las velas cuando, luego de que el timbre sonara, los padres de Eva compartieron una mirada llena de luz e ilusión, sonrieron y luego miraron a su hija.

—Es él, ya está aquí —dijo la madre antes de presionar el botón junto al interfono, las velas tuvieron que esperar hasta que apareciera el nuevo invitado. La puerta se abrió al cabo de un minuto, y por allí entró una figura masculina muy bien parecida, de barba definida, cabello largo tan oscuro como el carbón, expresión seria y misteriosa, tan misteriosa que invitaba a descubrir los secretos que sus ojos guardaban. Iba bien vestido, bien arreglado, hasta se pudo escuchar el levísimo suspiro que todas las chicas jóvenes dejaron escapar cuando aquel sujeto apareció.

—¡Viniste, hermano! —gritó Eva y corrió a su abrazo.

¿Hermano?, pensó Luna, *¿acaso es...?*

—Bienvenido a casa, hijo —dijo el padre y se unió al abrazo en compañía de su esposa. Los cuatro estaban juntos otra vez. ¿Acaso era él?, ¿acaso era posible? El hermano de Eva se había ido de la ciudad nada más acabar bachillerato, se había ido con su nueva novia hacia alguna ciudad del norte y Luna nunca lo había vuelto a ver.

Parecía otra persona, desde luego, y no sólo físicamente, sino que también parecía que había dejado atrás aquella fachada de chico rudo y maleducado, ahora hasta parecía un buen tipo, alguien agradable, alguien que sonreía de verdad. Muy en el fondo, Luna deseó que la visita durase al menos una semana, debía inventarse

una excusa para estar visitando a su amiga todos los días y poder evadir el trabajo de la floristería. Algo de él la había encandilado, y no era su mirada seductora, eso hubiera sido demasiado superficial para ella.

Luna no supo qué deseo había pedido Eva al soplar las velas, pero ella también había hecho el suyo. De las Coca-Colas vinieron las copas de cava, luego las copas de vino, todo con moderación, todo con respeto hacia la casa y hacia el evento, al menos hasta que los adultos se fueron y dejaron a todos a cargo del hermano de Eva, quien sacó una botella de ron de su mochila ante todos los presentes que estallaron en aullidos. Las luces se apagaron, los altavoces hicieron vibrar todos los cristales de la casa, la música estaba tan alta que ni siquiera se escuchaban los desesperados golpes que la vecina del piso de abajo le daba al techo usando su escoba. Llovió confeti, rodó el alcohol, los ansiosos adolescentes hicieron todo lo que habían estado esperando durante la velada, les dieron rienda suelta a sus impulsos, a sus deseos. El grupo grande se dividió, se segregó, quedaron las parejas o los que bailaban entre tres, y los bailes no eran sólo de cuerpo, las lenguas también danzaron en las bocas.

No pasó mucho antes de que Luna Belmonte se quedara completamente sola en esa forzada y densa oscuridad, tuvo que salir al balcón para tomar aire, para aclarar su cabeza. Se sentó en una sillita de plástico y se quedó mirando las luces de la ciudad. Abajo, en la calle, pasaba un grupo de mujeres borrachas que caminaban descalzas, pues los zapatos de tacón los llevaban en la mano.

Todos parecían estar pasándose fenomenal, todos excepto ella, quien no tenía ficha alguna en este juego. No podía beber, no tenía nadie con quién bailar. Por un momento se arrepintió de haber ido, pensó en su familia, todos estarían trabajando duro en la floristería, echando de menos un par de manos extra, y ella estaba ahí, perdiendo el tiempo en un balcón.

Miró hacia el interior del apartamento, apenas se distinguían los contornos de las siluetas que se movían al ritmo de la música urbana, los que brazos que alzaban faldas y buscaban glúteos, las

botellas que se abrían y vaciaban, las copas que se llenaban y cuyo interior desaparecía en cuestión de segundos.

¿Soy yo la rara?, pensó y no pudo darse una respuesta convincente. Suspiró una y más veces, llenó poco a poco su valentía para poder decirle a Eva que ya era hora de irse. Era fácil mentir, una llamada a su padre bastaría.

—*Lo siento, debo irme ya, el viejo está en camino* —le diría ella a su mejor amiga, y la chica no podría hacer nada para detenerla, primero que todo porque estaba borracha, y, segundo, porque ya estaba demasiado ocupada con la boca de su novio, cuyo arreglo floral reposaba en la mesa de los obsequios.

Eso haría, ese era el plan perfecto. Sacó su móvil de la cartera y buscó el contacto de su padre, recién había presionado el botón de llamada cuando la puerta del balcón se abrió y una figura se sentó a su lado. Luna colgó el teléfono casi de inmediato, apagó la pantalla y lo ocultó de la vista del intruso.

—¿Ya no me vas a saludar? —dijo una voz gruesa y atractiva, lo miró a los ojos, era el majestuoso hermano de Eva Morata.

—No había encontrado el momento —respondió al apartar la vista, sintió que el corazón se le aceleraba y no quería que él se diera cuenta.

—Madre mía, ¡cómo has crecido!, casi no te reconozco, Luna. ¿Trajiste flores, como siempre?

—Claro. Y no mientas, no he cambiado nada, soy la única que nunca cambia. Tú, por otro lado... —empezó a decir y luego dejó el resto de la oración en el aire.

—¿Qué?

—Tú si has cambiado.

—Espero que sea un cumplido.

—Desde luego que lo es, tú has de saberlo. Antes te tenía algo de miedo, por esa rebeldía sin límites, pero ahora noto que has vuelto convertido en un buen tío.

—Sí —sonrió y se alzó de hombros—, he tenido una buena racha en Bilbao.

—Ha sido un gesto bonito eso de venir de visita por el cumpleaños de Eva.

—No vine de visita, vine a quedarme —puntualizó y cada molécula del cuerpo de Luna gritó de alegría.

—¿Qué hacías en Bilbao?

—Ah, un poco de esto, un poco de aquello; un poco de todo. ¿Tú sigues trabajando en la floristería de tus padres?

—Sí, también es mi floristería —le recordó—, es patrimonio familiar y es labor de todos sacarla adelante.

—Tendré que ir algún día, Eva no se cansaba de hablar de lo mucho que te gustan las flores.

—Sabes que siempre serás bienvenido —tragó saliva—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿Por qué has vuelto a Madrid?

—¿No te da gusto verme, Luna?

—No, no, no. Al contrario, me hace ilusión verte otra vez, y verte tan bien y tan cambiado.

—Rompí con mi novia, ella..., ella regresó a Lisboa y yo regresé a Madrid.

—Ah, entiendo.

—¿Y qué hay de tu novio?, ¿os presto mi habitación?

—Es que...

—¿Acaso no vino?

—No existe —sonrió para disimular la súbita vergüenza.

—No te creo. Ya no pareces aquella niña ingenua que se dejaba amedrentar y que siempre caminaba asustada por todas partes.

—Tendrás que creerme, te estoy diciendo la verdad.

—¿Hace cuánto que le dejaste?

—¿A quién?

—A tu último novio.

—Es una larga historia...

—Será una larga noche.

—No he tenido ningún novio —confesó y, de inmediato, se arrepintió de lo que había dicho. Quiso agarrar las palabras en el aire antes de que llegaran a los oídos del chico, pero ya era demasiado tarde.

—Eso sí que no te lo creo.

—No te he dicho una sola mentira desde que empezamos la conversación.

—Pues no lo entiendo, no tiene sentido.

—Al contrario, tiene todo el sentido del mundo.

—Una chica como tú..., ¿soltera?

—¿Una chica *como yo*? —se sorprendió, era la primera vez que decía esas palabras sin estar pensando en algo negativo sobre sí misma.

—Sí. Una mujer de las de toda la vida, sin moderneces, sin rollos de ir con faldas demasiado cortas, con los pies en la tierra. Familiar, honrada...

—No sé a qué te refieres con eso.

—A que eres la única de esta fiesta que no está buscando llamar la atención.

—No es eso, es que no siento que encaje aquí. No bebo, no fumo, no me gusta bailar de esa manera tan sensual. No hay nadie a quien le pudiera interesar mi atención.

—¿Estás segura de eso?

—Más segura que nunca, supongo.

—Si *supones* es porque aún hay algo de duda, ¿no crees?

—No, no lo creo —todos los vellos ya se le habían erizado, no era capaz de controlar lo que decía, su lengua había decidido desconectarse del cerebro y empezar a actuar por su cuenta.

La mano del chico viajó hasta la mejilla de Luna, subió unos cuantos centímetros y le acomodó un mechón detrás de la oreja. Ella estaba a punto de empezar a temblar, se sentía incómoda, pero aquella incomodidad tenía su origen en sí misma, no se sentía merecedora de las caricias de B., no eran para ella, aquellas manos perfectas estaban diseñadas para caras bonitas y perfectamente simétricas, no para la suya, tan imperfecta como humana. No cruzaron una sola palabra, ella intentó apartar la mirada y él le giró suavemente el mentón con la otra mano. Los ojos volvieron a encontrarse.

El móvil de Luna empezó a timbrar, era su padre quien la llamaba.

—Me toca irme —dijo ella en un arrebatado de nervios, se llevó la mano al pecho y con la otra agarró su cartera—, te veo pronto.

—¿Tan pronto?, la noche apenas comenzó...

—Ya terminó para mí. Este fin de semana hay mucho trabajo y no puedo tener a mi padre desvelado toda la noche pensando en si estaré bien.

—Quiero hablar contigo de muchas cosas, debemos ponernos al día, ¿no crees?

—Nos vemos esta semana.

—¿Segura?

—Sí, segura. No iré a ningún lado y tú tampoco lo harás, encontraremos el momento para terminar la charla.

—¿Por qué tendría que terminar? —sonrió nuevamente y, esta vez, remató con un guiño.

—Bueno, una conversación indefinida no estaría nada mal, solo que esta noche no.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No hace falta, pero gracias por la oferta —lanzó una mirada hacia la oscuridad del salón, los cuerpos ardientes seguían bailando en la penumbra—. Despídete de Eva por mí, no quiero aventurarme hacia dondequiera que esté.

El corazón daba fuertes tamborazos en su pecho mientras bajaba por las escaleras hasta la calle. Sacó su móvil cuando su padre volvió a llamarla.

—Papá.

—Luna, tu madre estaba a punto de llamar a la policía. ¿Por qué no has cogido el teléfono?

—Estaba despidiéndome, perdóname.

—Tenía una llamada perdida tuya, creí que necesitabas algo, por eso te llamé.

—De hecho, sí que necesito algo. ¿Podrías venir por mí?

El coche de la familia Belmonte se estacionó frente a su edificio. La floristería aún tenía todas las luces encendidas, los arreglos brillaban a través del escaparate invitando a los madrileños a admirar las maravillas que la mismísima naturaleza ofrecía.

—¿Aún despiertos? —preguntó Luna mientras bajaba del coche.

—Ya estamos a punto de acabar, no te preocupes. Sube casa y duerme.

Pero ¿cómo iba a dormir después de haber encontrado al futuro padre de sus hijos?

CAPÍTULO 4

LA PUNTA DE LOS PIES



Esa noche, como ya se estaba esperando, soñó con B., y pasó lo mismo durante las noches y los días siguientes, siempre la misma cara, siempre los mismos ojos serios enmarcados en cejas bonitas y naturalmente gruesas pero definidas. Visitó a Eva varias veces esa semana, pero ninguna de las visitas llegó a coincidir con la presencia de B. Morata. Incapaz de preguntar por él, se sumergió en sus propias ansias y las camufló con efectos de la regla.

Soy una estúpida, —pensaba todo el tiempo—, íbamos tan bien, ¡tan bien! Me iba a besar y yo lo eché todo a perder. Tonta, tonta, tonta.

—Tonta...

—¿Qué dijiste? —preguntó su hermano mientras se preparaba para llevar unos cuantos arreglos a domicilio.

—Nada, estoy pensando en voz alta.

—Pues menos pensamientos y más trabajo. Te dejo sola por un rato, llámame si necesitas algo.

—Si llego a necesitar algo, lo resolveré yo sola sin ayuda de nadie.

—Esconde las garras, fiera. Nos vemos luego.

Su hermano se perdió tras el cristal de unas puertas automáticas y ella se quedó sola de nuevo, pero no estaba realmente sola, estaba en su guarida, en su refugio de primavera eterna que antes había sido el refugio de su padre, y de su abuelo, y de su bisabuelo,

y todos aquellos que se habían encargado de mantener viva la floristería.

Allí solía perder la noción del tiempo, no había relojes en las paredes, tampoco le molestaba trabajar de más, disfrutaba lo que hacía tanto como lo disfrutaba el resto de su familia. Los mantenía unidos, los mantenía *vivos*. Su padre no se cansaba de repetir que la unión familiar era la piedra angular de la felicidad, y que la felicidad era la clave de la vida, que vivir no tenía sentido si no era compartida.

La campana sonó, alguien acababa de entrar a la tienda. Le costó unos cuantos segundos poder separar sus ojos de la pantalla de su móvil y, cuando finalmente pudo hacerlo y miró la cara del nuevo cliente potencial, se quedó completamente petrificada.

—Eva tenía razón, el lugar es precioso —dijo B. mientras le echaba un detallado vistazo a todo el lugar, luego miró a Luna—, ¿qué pasa?, ¿viste un fantasma o qué?

—No..., no te esperaba.

—¿Qué clase de saludo es ese, Luna? Ven aquí, dame un abrazo.

Intentó disimular los temblores que rugían en cada una de sus articulaciones, le dio la vuelta al mostrador hasta estar frente a B., cuya cara la superaba por unos veinte centímetros, más o menos. Probablemente más que menos. Le dio un abrazo que se prolongó por más tiempo del que ella había imaginado. Eso le encantó.

—¿Qué te trae por aquí?

—Estaba por el barrio, pensé que quizá estarías aquí.

—¿De verdad? —se sorprendió y le regaló una cálida sonrisa.

—No, la verdad es que vine directamente hasta aquí, Eva me dio tu dirección. Quería saludarte y preguntarte cuándo podríamos continuar la charla que dejamos en el tintero el otro día.

—Para eso no hacía falta comerte cuarenta minutos de viaje, le hubieses pedido mi número a Eva.

—Me gustan las cosas a la antigua, sentí que lo más apropiado sería venir a verte personalmente. —Luna arqueó una ceja con ternura, en señal de que no le creía—. Está bien, me has pillado, es sólo una excusa barata para poder verte.

—¿Y eso? ¿por qué quieres verme?

—¿Por qué haces tantas preguntas, Luna? —le dio un suave codazo—, no te estreses; disfruta la compañía.

—La estoy disfrutando.

—Espero que no sea sarcasmo.

—No te preocupes, no lo es.

—Bien, siendo así, ¿qué día quieres salir?

—Puede ser hoy, si quieres...

—Más tarde debo ocuparme de unos asuntos que tengo pendientes, pero podemos vernos mañana, si quieres, ¿estás libre mañana?

—Estoy en vacaciones de verano, claro que estoy libre.

—¿No tienes que atender la floristería?

—No pasa nada con una tarde que me tome libre, puedo pedir permiso.

—Bien, mañana a las tres, ¿vale? Comemos y tomamos el postre que más te guste. Vendré a recogerte, no me gusta que puedas ir sola por ahí.

—Eso es muy amable de tu parte, pero no quisiera incomodarte.

—Ni me incomodas ni me molestas, para mí sería todo un placer.

—No le cuentes a Eva, por favor...

—¿Contarle qué?

—Que vamos a salir los dos.

—No tiene nada de malo, es una salida de amigos, ¿verdad?

—Sí, *amigos* —tuvo que tragarse la amargura de pronunciar esas palabras, él tenía razón, debía aterrizar, no podía ilusionarse tan rápido. Eran amigos, sólo amigos, nada más que eso.

—De todas formas, no le diré nada. Nos vemos mañana, mi pequeña flor —le dio un beso en la mejilla y luego se fue. Luna se quedó acariciándose esa mejilla por varios minutos, tratando de congelar el recuerdo de la sensación de sus labios apretándose contra la piel de su cara, deseando que se hubiese desviado algunos centímetros para que los labios de él se hubiesen fusionado con los suyos.

Esa noche volvió a soñar con él, y la mañana siguiente pasó horas enteras probándose todas las prendas que tenía en su armario, tratando de encontrar algo apropiado para la ocasión, pero..., ¿cuál ocasión?, ¿comer?, ¿qué tipo de traje o código de

vestimenta se necesitaba para comer? Depende del lugar, claro, pero dudaba que fuesen a comer a algún bar de lujo ubicado en la azotea de algún edificio de la Gran Vía, no, debía ser más local, quizá un centro comercial, quizá un restaurante del centro, quizá la cafetería de la esquina o de algún establecimiento comercial del barrio.

Era verano, por lo que tuvo que descartar la idea de ponerse sus atuendos más bonitos. Quedaban los vaqueros cortos, las blusas, los vestidos y aquellas prendas que resaltaban la falta de gracia de su cuerpo. Quiso llorar, quiso ahogarse nuevamente en su propia angustia, pero sabía que eso era inútil, él quería verla, él *iba* a verla. Eso era más que suficiente para ahogar todas las otras preocupaciones que se albergaban en los momentos previos al encuentro. Lo sabía, lo sabía, lo sabía, pero aún no lo creía, no podía creer que realmente las cosas fueran tan fáciles.

—¿Adónde vas tan guapa? —se extrañó su padre, observándola desde el sillón de la sala. El televisor mostraba la repetición de un partido de fútbol de la semana anterior.

—Con Eva —mintió, no quería hablar del tema con nadie. Su padre no desconfió de las palabras de su hija, no tenía motivo alguno para mentirle.

Luna bajó hasta el portal de su edificio y se quedó recostada contra la puerta, apretando y relajando sus puños, controlando la respiración para no hiperventilarse ni terminar convulsionando en la acera. A las tres en punto, ni un minuto más ni un minuto menos, el rugido del motor de una Harley inundó cada rincón de la calle, algunas de las vecinas más viejas y chismosas ya estaban asomándose por los balcones. El vehículo avanzó sin mayores espectáculos, sin piruetas extravagantes ni infracciones de tránsito. Se detuvo frente a ella, la figura masculina se quitó el casco y pudo ver la cara de B, con sus cejas gruesas, su pelo largo y moreno, su mandíbula recta y sus ojos azules.

Fueron a un restaurante acogedor situado enfrente del Museo Reina Sofía. Empezaron con lentitud, charlas largas, miradas curiosas, exploraban los intereses del otro y los hacían propios, aprendían a comprenderse, y, con cada segundo que pasaban juntos, en el pecho de Luna florecía una nueva flor.

—Y ¿tu canción favorita? —preguntó él, mirándola a través del humo del café, uno de tantos que compartían. A Luna no le gustaba tanto el café, prefería el chocolate caliente, pero era cierto que quería parecer interesante, y el café ciertamente hacía ver interesantes a las personas.

—Tengo varias.

—¿Varias canciones o varios cantantes?

—Una canción versionada por diferentes cantantes. Un bolero.

—¿Y cuál es? Si se puede saber.

—La canción se llama: *Aunque no sea conmigo*.

—Tiene un nombre interesante.

—Habla de dos amantes que prefieren alejarse antes que hacerse daño. Y se desean felicidad con sus respectivas nuevas parejas, a pesar de seguir queriéndose a morir.

B. se quedó mirándola en silencio, enfocando sus ojos celestes en las imperfecciones perfectas de Luna, o quizá sólo estaba mirándola a los ojos, era imposible saberlo, tantas cosas pasaban rápidamente por su cabeza que no era capaz de agarrar una idea a la vez. El pulso nuevamente se le aceleró, temió que el sudor tardaría apenas unos cuantos instantes en aparecer, pero no apareció.

—¿Y qué hay de malo en hacerse daño? El amor duele —dijo él, finamente, sin apartar la mirada—. Tiene que doler para que sea amor verdadero.

—No digas tonterías. El amor tiene que ser como las flores, si se daña se marchita.

—No son tonterías. Amor implica sacrificio. —B. cambió de tema—. ¿Te he dicho que eres preciosa? Me encantan tus ojos verdes y tu nariz tan recta.

—Estoy casi segura de que eres el único ser humano en el planeta, aparte de mi familia, que ha dicho eso de mí.

—¿Cuántas personas tienen que decírtelo para que te lo creas, Luna?

—No se trata de eso...

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No sé, no me gusta pensar en eso. Creo que no le gustaré a los demás y me harán daño... Si acaso alguno se atreve a

enamorarse de mí, no seré lo suficientemente digna y me dejará, me destrozará, y será tarde, estaré tan enamorada de él que me quitaré mi felicidad para dársela.

—¿Justo como en la canción?

Luna se sonrojó.

—Creo que sí.

—Entonces supongo que sabemos lo que hay que hacer.

—¿Dejarnos? —sonrió—, ¿tan rápido te cansaste de mí?

—Dejar de hacerme daño cada vez que no aceptas mis halagos.

O no podremos volver a vernos.

—Calla ya, que me estás haciendo sonrojar.

—No sería la primera vez.

—¿De verdad se nota tanto? —se avergonzó.

—Tengo ojos, Luna —inclinó suavemente su cabeza hacia la de ella—, ¿quieres que te cuente un secreto?

—Está bien.

—Acércate.

—¿Así?

—Acércate un poco más..., eso es, un poquito más...

—Ya estoy bastante cerca, amiguito.

—Es que lo que te tengo que decir no lo puedo contar con palabras.

—¿De qué hab...? —empezó a decir y sus palabras fueron rápidamente absorbidas por el beso que B. le robó de repente, sin previo aviso, sin muchas señales. Cada uno de sus folículos capilares se encargaron de erizarle los vellos del cuerpo, las cosquillas fluyeron desde sus labios hasta la punta de sus pies, por unos segundos el café se transformó en el cielo. Una eternidad después, los labios lentamente se despegaron y abrieron los ojos. Luna *supo* que sería el comienzo de una gran historia.

CAPÍTULO 5

BAILAR SIN MÚSICA



Como ya venía siendo costumbre, B. empezó a ocupar cada vez más espacio en la vida de Luna, siempre estaban mensajeándose sobre lo mucho que se extrañaban, sobre el plan del fin de semana, sobre los fríos que eran los días de verano cuando no estaban juntos. Ni siquiera las noches se salvaban de la omnipresencia del chico, pues solía invadir cada uno de sus sueños y convertir las pesadillas en cuentos de hadas. Se despertaba sonriente, se despertaba feliz. El cambio fue notado por todos, especialmente por su madre, a quien no era tan fácil engañar.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella una noche, ambas estaban a punto de terminar el inventario de la floristería.

—¿Quién?

—El chico, ¿cómo se llama?

—Mamá, no sé de qué me hablas.

—Luna, no soy tonta, yo también soy mujer y también fui joven, sé que esa sonrisa sólo debe tener una causa..., o un causante.

—¡Mamá!

—¿Es guapo?, ¿lo conozco?

—No quiero hablar de eso.

—¡Lo sabía!, entonces sí es por un chico.

—Qué pesadita.

—Vamos, Luna, cuéntame quién es.

—¡Solo somos amigos, mamá!

Y no, eran más que eso, eran mucho más que eso. No fue hasta después del verano cuando las cosas por fin tuvieron la necesidad

de formalizarse, de hacerse visibles, de dejar atrás los anticuados y obsoletos encuentros secretos para poder, por fin, anunciarle al mundo que el amor todavía existía.

Las clases iniciaron de nuevo, y con ellas inició un noviazgo hecho y derecho. Eva no estuvo muy de acuerdo al principio, no le parecía correcto, él era su hermano y ella era su mejor amiga. Quizá temía que la aislaran, que dos de sus personas favoritas se absorbieran el uno al otro y la dejaran a ella con la duda de un abrazo que posiblemente nadie le daría, al menos cuando su novio decidiese romper con ella.

Luna la tranquilizó, le dijo que eso nunca pasaría, que siempre sería su mejor amiga y que ocuparía un lugar especial y reservado en su corazón, y también le explicó que no creía que ella y Gonzalo fueran a romper, que el amor podía llegar a ser eterno si uno quería. Eva no quedó del todo convencida, pero sabía que no había nada que pudiera hacer para detener la incipiente relación. Luna por fin se veía completamente feliz, y eso era mucho decir, pues implicaba aceptar que antes no había sido feliz del todo, sino que había construido una especie de cáscara como fachada y que, con la llegada de B., aquella fachada se había vuelto real.

De repente, Luna dejó de ser la chica que pasaba desapercibida, pues todas sus compañeras del colegio se quedaban boquiabiertas cuando aquel apuesto muchacho llegaba galopando en su moto mientras, celosos, los demás estudiantes esperaban con resignación en la parada de autobús.

Los días se hicieron más brillantes, los humores ardientes se volvieron más frescos, las lunas más de miel y los soles más de dicha, las flores parecían seguir con su mirada a la pareja, cual girasoles siguiendo el arco del sol en el cielo. Luna sonreía, pero era verdad que guardaba algo de cautela en el fondo de esa sonrisa, pues pensaba que no era correcto salir con alguien que la superaba en edad por casi un lustro.

No importaba, sabía que no importaba, era afortunada, un chico maduro y guapo se había fijado en ella. Un hombre que había sido rebelde, pero había madurado y tenía claro lo que quería. Sintió pena por sus compañeras, conformadas con los críos inmaduros del colegio, llenos de hormonas en la cabeza, comportándose como

simios, preocupándose por cosas tan básicas como sus propias vidas. A ella le había tocado diferente, se había sacado el premio gordo de la lotería.

Hablaron de todo lo que podía llegar a hablarse, de todos los temas, todos los tópicos, todas las corrientes literarias, todas las religiones y cultos, todos los pacifistas y los terroristas, los diplomáticos y los dictadores, las colonizaciones y las independencias, el cielo y el mar, todo lo que pudiese caber en sus bocas, lo compartían con el otro.

Quizá el momento de mayor tensión se vivió cuando decidieron llevar la relación al siguiente peldaño. No, no se iban a casar, todavía no, pero era algo casi como eso, igual de emocionante para la edad que tenía Luna: Iba a presentárselo a sus padres. Ya suponían ellos que su hija estaba saliendo con alguien, los padres siempre saben ese tipo de cosas, por lo que, cuando ella lo anunció, la sorpresa fue más fingida que genuina, porque esa última se la llevarían al saber que aquel chico era el hermano de Eva, y que superaba a Luna en edad.

Las cosas no fueron fáciles, y no tenían por qué serlo, no se suponía que lo fueran. Las cosas eran como debían ser, y los obstáculos se superaron con la frente en alto. De nada sirvieron las críticas pasivas o los comentarios de doble sentido, nada impidió que Luna se separara de su novio, nada impidió que lo amase cada vez más.

Se acabó el colegio. Pasaron los años y, con mucha facilidad, todos podrían estar de acuerdo que éstos eran los días más felices de aquellas dos personas; se amaban con locura, se amaban con toda el alma, se amaban las veinticuatro horas del día, ni un mísero segundo menos. Luna Belmonte nunca se cansó del amor, nunca se *acostumbró* a él en el sentido de que las cosas ya no parecían tan nuevas y ya todo dejaba de sorprenderle, no, cada sorpresa era asombrosa, cada gesto era único, cada plática en la noche era mágica.

B. se había mudado a un pequeño apartamento, poco a poco ambos fueron poniendo de su parte en la decoración, lo hacían con mucho cariño, era el *refugio* de ambos. Fue en aquella cama rechinante en el que ella le entregó su inocencia y él se encargó de

que recordara ese momento para toda la vida, había sido la noche más maravillosa que había tenido y que iba a tener. Cuando menos lo pensaron, Luna Belmonte ya pasaba más tiempo allí que en su propia casa, por lo que, palabras más, palabras menos y contra la voluntad de sus padres y su hermano, Luna finalmente se había independizado casi del todo, se había ido con el hombre que amaba.

Los problemas nunca eran grandes, las noches ya no eran oscuras, todo siempre era perfecto cuando las hormonas fluían por las venas como coches en una veloz autopista nacional. Bailaban sin música, se veían sin necesidad de abrir los ojos, sentían su calor sin que se tocaran las pieles. Se amaron con locura y sin cordura, se amaron con cada molécula del cuerpo, se dedicaron cada pensamiento producido por sus cerebros.

Todo parecía impecable, ¡tan perfecto!, tan perfecto que ni siquiera se dieron cuenta que llegarían suaves altibajos tarde o temprano. Quizá una mirada extraña, quizá un día de mal humor, alguna de esas cosas imperceptibles y totalmente superfluas. De pronto se habían sumergido tanto en su propio amor que empezaban a ahogar la parte del cerebro que se encargaba del sentido común.

Fue después cuando ella lo notó, cuando ella supo que algo no iba *tan bien* como de costumbre. Su chico se veía más callado que de costumbre, ya no la tocaba en la cama, a veces hasta creía que huía de su piel cuando ella buscaba su calor en la madrugada.

Había tenido una mala racha, eso era más que notorio, se veía en su mirada que, más que preocupación, reflejaba una rabia condensada que era el resultado de la fermentación de la angustia no resuelta. Estaba más callado, sus movimientos eran más secos, sus gestos eran más fríos. Luna, como buena novia que era, hacía todo lo posible para doblar las comisuras de los labios de B. en forma de una sonrisa, aunque fuera una chiquitita, porque apenas podía recordar la última vez que él había sonreído.

—Estoy bien, no me pasa nada —respondía con molestia en su voz, con la mirada como dagas afiladas.

—Tú a mí no me puedes engañar, sé que pasa algo y no me lo quieres contar.

—¡Que no me pasa nada, coño! —gritó de repente, se paró del sofá y salió del apartamento dando un portazo. Luna se quedó petrificada y boquiabierta, estaba confundida, no sabía qué había pasado o qué había hecho mal..., o..., bueno, quizá sí lo sabía: lo había forzado demasiado. Él, más que un hombre, era un ser humano como cualquier otro, necesitaba su espacio, necesitaba su privacidad, necesitaba su tiempo para arreglar sus asuntos.

¿Qué asuntos?, ¿por qué estaba comportándose así?, algo estaba pasando, y quizá era algo muy malo, algo más grande que él. Necesitaba más que tiempo y espacio para resolver sus problemas, necesitaba ayuda, ¡ayuda de su novia!, ¿para qué estaba ella, si no era para apoyarlo en los momentos difíciles?

CAPÍTULO 6

A TI NADIE TE QUIERE COMO YO TE QUIERO



Decidió darle algo de tiempo y espacio, dejó que los silencios se prolongaran un poco más de lo habitual, que tuviera aquellos momentos de introspección que tanto necesitaba. Notó que mantenía sus ojos clavados en la pantalla del móvil, siempre metido en Whastapp, siempre con algo en la mente y algo en los ojos. Sus expresiones cambiaban continuamente. ¿Y si...?, no, no, y rotundamente no. Luna sabía que era la única persona que vivía en el corazón de B. Morata, quizá también podría compartir un poco aquel espacio con Eva, pero su novio le había dicho una y mil veces que era la mujer de sus ojos y que nunca habría nadie más. No la estaba engañando con nadie, y no sólo lo sabía, estaba segura.

Tanto la quería que incluso se ponía un poco celoso cuando alguien se le acercaba. B. conocía a todo el círculo social de su novia, lo conocía más que bien, por lo que siempre se le crispaban todos los nervios cuando la veía hablando con alguien nuevo, con un *extraño*.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó B. mientras se quitaba el casco y fulminaba con la mirada a Felipe, aunque él ya no podía verlo.

—Es un primo lejano.

—¿Un primo? —alzó una ceja—, ¿cómo que un primo?

—Va a ayudar en la tienda.

—Ah, además está en la tienda y todo.

—Sí, ¿quieres que te lo presente?

—No hace falta —el sarcasmo en su voz era palpable, aún para Luna—, lo conoceré después.

Quizá sí lo conoció después porque, luego de poco menos de una semana, Felipe dejó de hablarla de una forma tan súbita y repentina que la tomó completamente por sorpresa. Creyó que había hecho mal, pero..., ¿qué era exactamente lo que había hecho mal?, no tenía enemigos declarados, no hablaba de nadie a sus espaldas. A no ser...

No, alejó esa idea de su mente tan rápido como apareció. ¿A no ser que qué?, a no ser que nada, nada tenía que ver su novio en todo esto, debía ser un malentendido, sí, era ésa la razón más lógica, de todas formas, para nadie es un secreto que los hombres son un poco raros, especialmente en esta edad. De nada servían las excusas que se inventaban, sólo importaba el hecho, y ese hecho era que su primo había dejado de hablar de repente. No lo buscó, que hiciera lo que quisiera, ella no se quedaría sin amigos.

B. no volvió a preguntarle por Felipe, ni siquiera lanzó uno de sus típicos comentarios que hacía cuando Luna tenía algún amigo nuevo. Se mecía en su sillón con una sonrisa de satisfacción cuyo foco era imposible de descifrar, incluso para ella. Era..., era una persona *peculiar*, distinta a las demás, quizá era eso lo que a ella más le atraía de él.

Puede ser que entre aquellas sonrisas, comentarios y actitudes *peculiares* hubiese alguna relación, puede ser que aquella situación se manifestara cuando Luna empezaba a pasar más tiempo con otros que con él, de todas formas, nada de eso importaba porque ella no captaba ninguna de las señales, no pensaba más allá de lo que su cordura le permitía. Siguió cometiendo el mismo error una vez, y otra vez, y otra vez. B. se vio obligado a ser más directo.

—Pues no me gusta que tengas amigos.

—¿Qué?, ¿estás loco?, no entiendo cómo se te ocurre prohibirme tener vida social.

—Me refiero a amigos hombres.

—¿Qué más da si son mujeres u hombres? Son amigos.

—Yo sé por qué te lo digo, es por tu bien. Yo también soy hombre y sé de lo que son capaces, los conozco: sólo buscan sexo, sólo buscan romper relaciones...

—¿Y a mí no me conoces?, ¿por quién me tomas?

—Luna...Acuérdate de lo de no dañarnos. Me hace daño que otros puedan pensar en ti como un objeto sexual, que no admiren tu espíritu ni tu belleza como yo lo hago. Que sean capaces de decir mentiras para separarnos, son todos serpientes buscando el pecado.

—¿Piensas que me creería esas mentiras? ¿Tan tonta me ves?

—No me gusta que hables así —se molestó, no estaba disfrutando para nada perder el control de la conversación, era algo nuevo, no estaba acostumbrado..., y tampoco estaba dispuesto a hacerlo.

—Y a mí no me gusta que pienses así de mí, como si no me conocieras, como si fuera una extraña para ti.

—Está bien, tienes razón, soy un *imbécil* al pensar eso.

—No eres un imbecil, pero tampoco estás siendo muy amable.

—Entonces soy un estúpido —forzó una sonrisa, la rabia se le escapaba a través de sus dientes—. Tú no te irías con otro.

—¿Ves? ¿tan difícil era confiar en mí?

—Y nadie se va a intentar salir contigo ¿quién lo haría?

—¿De qué hablas?

—Yo soy el único que te soporta todas las pataletas, el único que te valora por cómo eres. ¿Crees que alguien más lo hará, Luna?, ¿crees que alguien se va a fijar en ti? Eres muy afortunada de tenerme.

—No me gusta que me trates de ese modo.

—¿Cómo te estoy tratando?, sólo estoy diciendo la verdad.

—Estás humillándome.

—No me digas que no te habías dado cuenta, Luna. Eres muy desagradecida conmigo.

—Nunca he sido desagradecida contigo, por favor, así que deja de hablarme así.

—¿Así cómo? Ven —acercó su mano lentamente hasta la mejilla y se la acarició, uno de sus dedos fue a parar en el borde de los labios de Luna—, ¿qué no ves lo mucho que te quiero?, ¿acaso no lo ves?

—Lo veo —cerró los ojos, estaba a punto de romper a llorar.

—Yo veo en ti algo que nadie más ve, alguien que nadie nunca podrá ver.

—¿De qué hablas?

—Sabes que todos tenemos un tipo de belleza interna, algo más abstracto y poderoso de lo que hay afuera. El mundo es superficial, Luna, todos son superficiales, tú lo sabes, ¿verdad?, sólo mira a tus amigos, mira a tus vecinos, mira a tu alrededor. Todo se basa en apariencias, en simetrías... —hizo una breve pausa, dejó escapar un suspiro y luego siguió hablando— Yo no soy así, Luna.

—Yo sé que no eres así.

—Veo en ti todo aquello que nadie más ve, todo aquello que nadie más verá. Eres una persona encantadora y maravillosa, alguien digno de admirar. ¿Qué pasaría si yo no estuviera?, ¿si yo no hubiera aparecido en tu vida? —ella no respondió, por lo que él continuó— Estarías sola, Luna. Tan sola como siempre, tan sola como antes. Estabas rodeada de amigos y familiares, pero sé que estabas sola, porque la soledad va más allá de la presencia o ausencia física, mi vida, es algo más..., más profundo que eso. ¿Sabes de lo que hablo?

—Sí —confesó y dejó que las lágrimas rodaran por las mejillas previamente empapadas.

—Pues no parece, esas actitudes no son propias de ti, eso de..., de tantos *amigos*, tantas cosas que han pasado...

—Pero son sólo amigos, cariño...

—Claro que son sólo amigos, así es como empiezan, así es como trabajan esos *buitres*. Se ganan tu amistad, se ganan tu confianza y luego hacen todo lo posible para socavar tu relación, para destrozarte por dentro y luego, descaradamente...

—Pero...

—Es mejor evitar problemas.

—Creo que... —se llevó la mano a la nuca—, creo que tienes razón.

—Desde luego que la tengo. ¿Seguirás hablando con los *buitres*?

Ella negó suavemente con la cabeza, aún sin mirarlo a los ojos.

—Quiero oírte decirlo, ¿seguirás hablando con ellos?

—No.

—No, ¿qué?

—Dejaré de hablar con ellos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Esa es mi chica —le dio un largo abrazo y le llenó la nuca de besos, aquel gesto tuvo el mismo efecto de siempre, ella por poco se derrite en sus brazos—, te has ganado algo rico para comer...

—Pero...

—Pero nada, te lo mereces.

—La diabetes, no puedo, ya he roto la dieta varias veces.

—Sabes que casi todo eso es mentira, ¿verdad?, es el negocio de la insulina. Se inventan enfermedades o las exageran, y te tienen allí, con un aparatito de esos en el bolsillo y una dotación infinita y permanente de insulina que, si no sale de tu bolsillo, sale de los bolsillos del Estado que todos mantenemos con nuestros impuestos. La estafa de las farmacéuticas es la más grande que hay, no dejes que esos gilipollas te aparten de los pequeños placeres cotidianos. Iremos a por una enorme pizza, tú eliges el postre.

CAPÍTULO 7

AMAR A LAS ROSAS



Podría decirse que Luna seguía siendo feliz, amaba a B. tanto como su alma se lo permitía, tanto como era físicamente posible amar a alguien sin que el corazón explotara de tantas emociones contenidas. De todas formas, empezó a odiar lo que veía en el espejo, empezó a odiar su figura, su sobrepeso, su cabello caoba siempre revuelto, sus ojos de un verde que cada vez se apagaba más y más.

Su novio tenía razón, nadie la querría por ser como era, sólo se fijarían en apariencias y ella de apariencias no podía vivir, no porque no quisiera, sino porque no le sobraban los encantos y, si la querían, solo sería de momento y por una sola semana, quizá una sola noche o un solo rato. Ella sabía que por dentro tenía todo un jardín, con flores más brillantes, hermosas y coloridas que las de la floristería de su familia; tenía buenos sentimientos, tenía emociones sinceras, amor del bueno, todo lo positivo que podría encontrarse en una persona, pero eso no bastaba, eso *nunca* bastaba. Dicen que el amor entra por los ojos, y la apariencia física es el primer filtro en todos los seres humanos que poseen el don para ver. Era común que nunca superase ese primer filtro, por lo que nadie le daría la oportunidad de demostrar lo que realmente valía.

Él la quería y ella lo sabía, y, más que saberlo, lo *agradecía*. Aquellas suaves discusiones y momentos tensos no eran más que pequeños roces de la relación, una fricción presente en todas las parejas del mundo actual y del pasado, algo intrínseco a los

noviazgos, como simples dramas de un matrimonio. Era imposible amar las rosas sin pincharse los dedos con ellas.

La alegría se mantuvo a pesar de los altibajos, al menos hasta que B. empezó a tener problemas en..., ¿en qué?, seguramente en el trabajo, no podía haber otra explicación, su taller de motocicletas tenía cada vez menos clientes. Estaba cada vez más incómodo, sus ojos se veían cada vez más oscuros, y no eran sólo sus ojos, parecía ser su interior el que se oscurecía, el que se eclipsaba, el que extinguía todo rastro de luz y de vida, dejando apenas una cáscara de carne y hueso tan miserable como ella misma. Luna lo supo, sería ciega para no ver lo que le pasaba a su ser más querido, y sería inhumano no querer ayudarlo.

—Cuéntame qué te pasa —preguntó ella durante una cena, sus manos abandonaron los cubiertos y buscaron a las de él de una forma cariñosa. —Llevas mucho tiempo apagado.

—No me pasa nada.

—Quiero ayudarte.

Él soltó una pequeña risa que no parecía ser nada romántica, tierna o conmovida, esta risa parecía ser una burla hacia ella. Quizá estaba preguntándose qué puñetas podría hacer ella para ayudarlo con problemas del mundo real, porque ella sólo estaba para hacer las labores de la casa y sus estúpidos ramos de flores, seguramente era lo único para lo que servía.

—No me mires así; quiero ayudarte, mi vida.

B. soltó un gruñido camuflado en un suspiro forzado, se puso de pie y caminó lentamente hasta el salón. Luna siguió sus pasos.

—Deja de pensar que tienes la solución para todo, porque no es así.

—No pretendo solucionar todo, pero quiero ayudar en lo que más pueda.

—Luna, por favor, ahora no estoy de humor para tus charlitas existenciales, no te harán más interesante, ya te conozco más que bien...

—¡No me subestimes! Soy más comprensiva y empática de lo que crees.

—Luna, déjame en paz.

—Ven, mi vida, dame un abrazo. Lo solucionaremos juntos.

—No te daré nada, vuelve a la mesa y déjame en paz, voy a bajar a fumarme un cigarro.

—¿Y la cena?

—Tírala. No me apetece.

—Eres cruel.

—Soy lo que soy, ya te dije que me dejes en paz, no quiero repetirlo otra vez.

—Pero...

—¡Que me dejes en paz, coño! —masculló él y Luna dio dos pasos atrás, las lágrimas siguieron fluyendo.

—¡Qué no te dejes en paz, joder! ¡Tú no mandas! Deja de ser tan imbécil —gritó, los ojos de su novio se abrieron como platos, era la primera vez en mucho tiempo en que ella le hablaba con esos modos.

—¿Qué me has dicho? —se erizó como un gato mientras se ponía de pie, de repente parecía haber doblado su estatura natural para adoptar la forma de una figura aterradora.

—Cariño...

—No me llames así —cortó en un tono muy seco—, repíteme lo que me dijiste hace un segundo.

—Cálmate

—¡Repítelo de una vez!

Luna empezó a temblar, ahora las lágrimas se movían como trocitos de gelatina sobre sus mejillas. Intentó articular una palabra, un gesto, alguna cosa, pero estaba paralizada, estaba alelada, se sentía como un ciervo que, de repente, se había petrificado frente a los horrorosos faros de un coche a toda velocidad.

—Me refería a que... —empezó a decir finalmente, pero no pudo terminar la oración. El poderoso puño de su novio hundió en la suavidad de su cara en cuestión de instantes de segundo. A ella todo se le oscureció. El muay thai servía de poco cuando te golpeaban el corazón.

CAPÍTULO 8

BELLEZA Y MIEDO



— *¿Y* a ti qué te ha pasado? —preguntó Eva cuando su amiga se quitó por un segundo las gafas de sol para limpiar el lente—, creí que tenías resaca...

—En parte tengo resaca —mintió y sonrió torpemente—. ¿Has visto las escaleras del edificio de tu hermano? Son la manifestación arquitectónica de un ataque terrorista.

—¿Te caíste por las escaleras? ¿En pleno siglo XXI?

—Tengo que aceptar que había bebido unas cuantas copitas de vino, eso fue todo.

—¿Unas cuantas copitas?

—Bueno, quizá fueron más que unas cuantas. Me sentí mal, quería pedir un taxi para ir a mi casa...

—¿Mi hermano no te ofreció su cama, como siempre?

—Sí, lo hizo, pero sabes que no hay cama como la de uno, y yo necesitaba descansar sobre mi colchón. Salí al descansillo de la escalera y me tropecé, terminé estrellándome contra el barandal de hierro. Qué suerte que tu hermano estaba allí, de lo contrario habría salido rodando por las escaleras y sería otra persona la que contaría esta historia.

—Dios, ¿ya te vio el médico?

—Es sólo un golpe, no necesito a ningún médico para que me diga lo que ya sé.

—¿Y si tienes un hematoma cerebral o algo?

—Creo que ya me habría dado cuenta de eso.

—Uno nunca sabe, una vez supe de alguien que se dio un golpe fuerte en la cabeza y no se murió hasta una semana después.

Luna no se preocupó demasiado, la historia se la habían creído sus amigos, la historia se la habían creído sus padres, aunque era Víctor el que la miraba con esos ojos de detective y no dejaba de preguntarse sobre la veracidad de las palabras de su hermana.

—Sólo un golpe, sin cortadas ni nada por el estilo.

—Fue con un barandal, Víctor, ya te lo dije mil veces.

—Sí, por eso mismo te lo digo. Esos edificios viejos tienen barandales destartados, deberías tener pequeños cortes en toda la herida, además, no sería sólo en tu ojo, trazaría una línea horizontal en toda tu cara.

—El barandal no era rectangular, era cilíndrico, y deja el tema de una vez por todas, que ya es cuento viejo.

—Será cuento viejo cuando así lo decida.

—¿Y tú quién te crees?, ¿la policía de los barandales?

—Soy tu hermano mayor, Luna. Podrás engañar a nuestros padres, pero conmigo no será tan fácil, te conozco mejor que nadie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Cuánto habías bebido esa noche?

—¿Qué?

—Entendiste la pregunta perfectamente.

—Estaba ebria, eso lo dice todo, eso explica todo.

—¿Al menos recuerdas lo que pasó?

—¡Claro que recuerdo lo que pasó, lo recuerdo muy bien!

—Entonces no estabas tan borracha.

—Víctor, deja de molestarme con eso y supéralo. Déjame concentrarme con las rosas que no quiero entregarle al cliente un ramo espinado.

—Luna...

—¿Acaso no me repites todo el tiempo que mis problemas son solo míos?

—Pero ¿qué dices?

—¡Ya déjame en paz! —dejó de cortar las espinas, agarró su mochila y salió de la floristería. El moratón del ojo empezaba a palparle con cada vez más fuerza, sentía la cara caliente, casi hirviendo, y también hervía por dentro, pero hervía de la ira, de la

frustración, de tantas emociones que se encontraban, colisionaban y se fusionaban en una sola masa amorfa y pesada que le cortaba la respiración y le atormentaba el pensar.

Caminó sin rumbo y sin dirección, sin coordenadas ni norte alguno, salo caminaba, y caminaba, y caminaba. Había estado ignorando los mensajes de B. desde aquel *desafortunado incidente* que habían tenido días atrás. Había vuelto a casa con la excusa de que extrañaba a su familia, y sí, la extrañaba, pero el principal motivo no había sido ése.

Una nueva notificación apareció en la pantalla de su móvil, ni siquiera se molestó en revisarla, no quería escuchar disculpas baratas ni excusas imposibles. Llegó hasta un parque que parecía haber sido olvidado en el tiempo, allí pasó el rato, secándose las lágrimas cada vez que aparecían, tratando de poner sus sentimientos en orden. Pero ya nada tenía orden.

Por mucho que detestara aceptarlo, no podía negar que B. tenía razón en algunas cosas, que nadie iba a quererla tal como ella era, que nadie iba a darle la oportunidad de hacer brillar su interior y de iluminarle el alma a alguien más. Estaba sola y estaba destinada a seguir sola, era de ese tipo de cosas que son lo que son y no aceptan cambio alguno. Tenía que aceptarlo, pero..., ¿cuánto tiempo tardaría en poder asimilarlo?, ¿cuántas noches tendría que pasar a la espera de algo parecido a un príncipe de cuento?, ¿al menos a la espera de alguien que se fijara en ella? Pasarían cometas, asteroides y eclipses antes de darse cuenta de que estaba destinada para... ¿para qué? Quizá para otras cosas.

Algunas lágrimas se escaparon de ser absorbidas por la manga de su abrigo, por lo que se deslizaron descaradamente por sus mejillas hasta aterrizar en las comisuras de sus labios, ella las saboreó. Recordaría ese sabor para toda la vida. Recordó cuando B. le dijo que el amor dolía, tenía que doler, y le dio la razón, como muchas otras veces: dolía.

CAPÍTULO 9

JAZMINES EN EL PELO



*H*abían pasado varios días más hasta que B. tuvo la osadía de buscarla cuando ella salía de la tienda, se había quedado boquiabierto mientras intentaba apartar la mirada, ignorarlo y seguir de largo, pero ya era muy tarde para eso, él ya la había visto. Llevaba en su mano un ramo de flores, en donde cada pétalo parecía tener una disposición perfecta y una coloración apropiada para derretirle el corazón, eran jazmines: sus flores favoritas.

—Tenemos que hablar —dijo él mientras se le acercaba, ella dio dos pasos atrás.

—No hay nada de qué hablar.

—¿Por qué me tratas así? —la agarró del brazo, varios volvieron la mirada hacia ellos y él se vio obligado a liberarla.

—Espero que esa pregunta sea una broma —se quitó los lentes y señaló el moretón que ya había empezado a descomponerse en un color verdoso y amarillento, aún demasiado impresentable como para andar por el mundo sin gafas de sol.

—Precisamente de eso quiero que hablemos —agachó la cabeza, ahora ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos.

—Ya está todo dicho.

—Luna, por favor, no seas así. Déjame hablar, deja que hablemos. Dame una oportunidad para decirte cuánto lo siento, ya sé que no tengo excusa y comprendo que no me quieras ver, pero..., Luna, por favor, sólo escúchame por diez minutos y nunca más volverás a saber de mí.

—No tengo que escucharte para eso.

—¿Qué vas a hacer?, ¿ignorar me por toda la eternidad?

—En algún momento te cansarás y me dejarás en paz.

—Nunca lo haré, eres la mujer de mi vida y te mereces una disculpa.

Luna calló por unos segundos, dudó, y esa duda se veía a través de sus pestañas, a través de sus ojos medio abiertos.

—Al menos..., al menos acepta las flores, ¿sí?, son solo jazmines. Jazmines y hablar cinco minutos.

Luna soltó un leve gruñido.

—Está bien, un momento y te desaparecerás de mi vida para siempre.

Quizá pensó que era lo más civilizado por hacer, pero tenía el leve presentimiento de que luego se arrepentiría. Recibió las flores con cortesía, teniendo la inesperada sensación de que sí que había sido un *accidente*, algo que había pasado por alguna razón estúpida e inexplicable. Un accidente cualquiera, un accidente corriente, algo parecido a tropezarse con una pila de ropa y caer al suelo, o de cortarse un dedo con un papel, o de caerse en la bicicleta por una súbita pérdida de equilibrio. Un accidente.

Un accidente.

Y se lo terminó creyendo, terminó sucumbiendo ante el encanto de las flores, ante el encanto de lo que había sido todo aquello que la había hecho sentir viva, aquel chico guapísimo e interesante, aquella vida loca y excitante, aquellas noches de pasión y aquellas mañanas de ternura. B. le colocó varios jazmines en el pelo y le prometió que sería su princesa para siempre.

Los días en los que había estado alejada de él se había sentido completamente vacía por dentro, como un regalo sin juguete, una bolsa llena de aire, un globo desinflado, una granada sin carga, cualquier cosa carente de algún componente elemental que la prive por completo de su significado o razón de ser.

Las flores..., Dios, eran las flores, ¡eran las flores! La había atacado por su punto más débil, por su punto más *humano*. Aceptaron verse varias veces más, avanzaban con lentitud, con cautela, con tanta delicadeza y tímida torpeza como la primera vez,

como si estuvieran nuevamente en el balcón durante el cumpleaños de Eva. Luna volvió a caer en sus brazos.

El hecho de que hubieran vuelto anulaba, para los demás, toda sospecha de que él tuviese algo que ver en el extraño *incidente* de la caída de Luna y su eventual moretón. Pensaron que quizá habían peleado por alguna estupidez, alguna cosa de novios, problemas de pareja que tanto abundaban en el mundo y que de cierta forma se podrían considerar como situaciones sanas y necesarias en las relaciones sociales de este tipo.

Víctor no era tan estúpido, no señor, a él no se le engañaba con tanta facilidad, hacía falta un esfuerzo aún mayor del que ella todavía no era capaz. Su hermano *sabía* que no estaba siendo del todo sincera con él, sabía que había algo detrás, algo oculto, algo que seguramente le resultaría perturbador, en especial porque él no comprendía la situación, no quería hacerlo, ¡es que no podía comprenderla!, no podía saber lo que pasaba por su cabeza, no podía saber que el corazón tiene sus propios argumentos que por lo general hacen más ruido que las razones del cerebro. Luna comprendió que debía tener cuidado con su hermano, él los iba a vigilar muy de cerca.

Las cosas volvieron a lo de antes, el moretón siguió descomponiéndose en aquella horrorosa mancha verdosa con trazos amarillos que poco a poco fue retornando al color de la piel original. Cuando la marca desapareció, Luna Belmonte sintió que con ella habían desaparecido todos los problemas y los fantasmas de antes, el sol volvía a sonreír, las flores volvían a adornar el apartamento y las vidas de los dos jóvenes amantes. Quizá el golpe había sido algo *necesario*, por más polémico que sonara, porque B. había comprendido que estaba haciendo las cosas mal, que podía perderla si no tenía cuidado. Se encargó de hacerla feliz por mucho tiempo.

La rutina volvió a azotarlos con fuerza en algún momento de los momentos posteriores, era inevitable sentir que la monotonía volvía a envenenar el ambiente con una lentitud que no dejaba de ser ponzoñosa por un solo instante. Pasaron los días, las noches de estrellas fugaces, pasaron las constelaciones y los ciclos lunares, subían y bajaban las mareas en las costas de España, todo seguía

su ritmo, incluso aquella relación que no se marchitaba del todo a pesar de que la primavera había culminado.

Lo que sí había notado era que su novio pasaba más tiempo frente al móvil que de costumbre, realmente no era una sorpresa extraordinaria ni una noticia de última hora, todo el mundo solía hacerlo por aquellos tiempos que corrían, el auge del internet había causado cambios drásticos en los comportamientos y las relaciones humanas, incluso en las más básicas y antiguas como ésta. No era una simple navegación por las redes sociales, solía hacer muchas llamadas, revisaba varias veces la pantalla cuando saltaba alguna notificación, y parecían ser miles de notificaciones a lo largo del día. Leía el mensaje, se enfadaba, replicaba algo y luego esperaba a que el móvil vibrara para repetir el ejercicio una y otra vez, en un interminable círculo vicioso que podría volver loca hasta la más paciente de las ancianitas acostumbradas a resolver con impecable pulcritud todos los crucigramas, sopas de letras y acertijos de los periódicos y revistas.

Su trabajo era complicado. Importar motocicletas de otros países necesitaba muchos trámites, y más cuando B. se empeñaba en saltarse algunos de ellos para agilizar el proceso.

Pensó en aconsejarle, pero evitó pensar más sobre el tema. Él sabría.

CAPÍTULO 10

AUNQUE NO SEA CONMIGO



Se aguantó por mucho tiempo las ganas de preguntarle qué pasaba, qué sucedía, con quién hablaba tanto. No lo hacía por respeto, sí, por respeto, o..., ¿o era miedo lo que sentía?, bueno, nada de eso tenía importancia, miedo y respeto podían convivir perfectamente, podían andar de la mano si eso querían, no eran agua y aceite.

Fue más adelante cuando, en un descuido de su novio, se encontró con el móvil desbloqueado en la mesa de café. B. había salido a comprar algunas cosas, seguramente no tardaría mucho en volver, aunque sí tardaría lo necesario como para permitirle echar un no tan breve vistazo a las conversaciones recientes, si es que no había aprendido la táctica de estar borrando las huellas de sus posibles fechorías.

Se había repetido muchas veces que aquello no era lo correcto, que la confianza era clave, básica y hasta fundamental en una relación. Lo sabía, ¡claro que lo sabía!, pero no podía escapar a la dulce y embriagadora sensación de descubrir aquellos secretos que B. le había estado ocultando, aquellas sonrisas extrañas que tenía a sus espaldas y que seguramente compartía en complicidad con la persona al otro lado de la pantalla.

Sonrió, era una locura, una completa locura, y sabía que no estaba bien hecho. ¿Qué más da?, nadie se enteraría, no cambiaría nada, sería como una nueva aventura en su monótona vida. Se había alejado de todos y de todo, ahora sólo lo tenía a él, y debía encontrar algo que hacer en su ausencia. Agarró el móvil y empezó

a navegar a través de las aplicaciones. Abrió la boca y sintió como si su corazón se inmovilizara en una última contracción diastólica.

Una chica un poquito más joven que ella aparecía entre las primeras conversaciones abiertas, no se le hizo conocida, no estaba entre el círculo de amigos de ninguna de las dos, y, por el apellido, podía notar que no tenía ninguna relación evidente con la familia Morata. ¿Una amiga, quizá?, tenía que ser una amiga, no había ninguna otra explicación lógica, quizá una amiga de hace años..., y por la forma en la que hablaban parecía que eran muy buenos amigos...

Quizá eran más que eso. A Luna se le helaron los dedos cuando se encontró, sin previo aviso, con una escandalosa foto de un cuerpo femenino desnudo, una foto tomada a propósito por aquella chica, una foto cuya razón de ser estaba lejos del ideal artístico y bonito del cuerpo humano, y que ahora rayaba en algo más pornográfico que erótico. Más arriba estaban las fotos de un miembro erecto, un miembro que ella ya conocía a la perfección.

Perdió el aliento mientras subía y subía cada vez más en la conversación, yendo en reversa, armando el rompecabezas al revés como aquella película francesa que tanto le había gustado. Subió y subió y subió, subió un poco más, y más, y más. La conversación se extendía hasta tiempos lejanos, se detuvo cuando él y la chica apenas estaban conociéndose, apenas hablaban de intereses, de lo que les gustaba hacer, de las películas favoritas, de los libros favoritos, las canciones...

«Ah ¿sí?» había escrito ella, «¿y cuál es tu canción favorita?»

«*Aunque no sea conmigo*, un bolero».

«No lo conozco».

«Trata sobre dos enamorados que se distancian para no hacerse daño, aunque se sigan queriendo».

Luna dejó el celular a un lado para secarse las lágrimas con sus manos temblorosas, no quería leer más, ya no quería. Pero, pero no podía parar, el cuerpo se lo pedía, su cerebro se lo exigía, le ordenaba llegar hasta el fondo del asunto, y ese era un asunto que parecía no tener fondo. Leía la conversación con una sensación surrealista, distorsionada, algo como de pesadilla. Se miraba las manos a ver si los dedos empezaban a bailar hasta salir volando

como cohetes, pero sus falanges seguían firmemente dispuestas en su lugar. No estaba soñando.

Intentó asimilarlo, pero no pudo, no podía. ¿Qué estaba pasando?, ¿cómo podía suceder algo así?, después de tanto que había hecho por él, después de haberlo perdonado por el *accidente*, después de aprender a amarlo de nuevo, después de humillarse otra vez ante él, de mostrarle su cariño de regalarle su vida entera, y así era como él le pagaba, así era como él le devolvía el favor. Ella le había lanzado un beso y él le había devuelto un ladrillo volando por los aires.

Dejó el móvil en donde estaba, no quería leer más, ya había visto suficiente, ya había visto lo que tenía que ver, ya sabía lo que *debía* saber. Ahora dependía de ella qué hacer a continuación. Él la estaba engañando, de eso ya no quedaba ni la menor duda, era evidente, demasiado evidente, era como si él lo hubiera hecho a propósito, como si quisiera que ella se enterara.

Intentó actuar natural mientras se derrumbaba por dentro, mientras intentaba inútilmente desatar los cien mil nudos que se enredaban cada vez más en su cabeza. ¿Volvería a estar sola?, sí, desde luego, aquello era imperdonable. Estaría sola, sola, SOLA. Sola como antes, sola como siempre, totalmente aislada, totalmente apartada de las relaciones afectivas que no parecían ser lo suyo, no había sido bendecida con aquellos dones. Estaría sola..., ¿acaso era eso lo que quería?

Él actuaba con total naturalidad, con total descaro, seguía clavando su mirada en la pantalla, seguía sonriendo, seguía chateando a escondidas mientras ella se derretía de la rabia y la impotencia, mientras su sangre se fermentaba dentro de las venas como si se tratase de un cadáver, y quizá eso era, estaba muerta en vida y moría un poco más con cada hora que pasaba, con cada día que pasaba, con cada semana que pasaba y que decidía postergar la confrontación porque..., ¿por qué?, no lo sabía, pero no tenía la valentía suficiente para enfrentarlo. La valentía, ¡la maldita valentía!, como si acaso ella fuera culpable de algo, como si acaso fuese ella la que mereciera el castigo.

CAPÍTULO 11

SI ESTOY LOCA ES ASUNTO MÍO



Sentía que ya estaba enloqueciendo cuando finalmente pudo reunir la valentía necesaria para hacerle frente a una situación que merecía ser confrontada desde siglos atrás. Esperó uno de esos días en el que él estaba de buen humor para poder agarrarlo con la guardia baja, se sentaron en el sillón bajo el estúpido e ingenuo pretexto de ver una película por televisión. Ni siquiera habían discutido que obra iban a ver cuando ella decidió soltar su lengua y, sin que le temblara la voz, contarle que ya lo sabía todo.

—Estás loca —se había defendido él.

Sí, estoy loca, pensó ella, loca por seguir aquí después de tanto.

—No tienes que mentir, lo leí todo...

La expresión de B. pasó de la perplejidad a una especie de rabia malformada, como un animal acorralado a quien sólo le queda usar la agresividad como método de defensa.

—¡Estás loca, joder! —gritó mientras se incorporaba—, ¡estás mal de la cabeza!, ve al psicólogo, estás mal, estás mal.

—¡Ya basta! —lloró ella—, ¡deja de echarme la culpa!

Los gritos y alaridos llovieron desde lado y lado de la sala, desde boca y boca, desde labios y labios. Insultos, ironías, palabras hirientes, circunloquios, de todo había en aquella acalorada discusión que ya debía tener a varios vecinos cotillas pegando la oreja a la pared.

Al final B. no tuvo de otra más que aceptar la verdad, aceptar lo que había hecho, admitirlo, admitir el error..., el *error*. Sí, había un

error, era obvio, él también lo sabía, pero se las había arreglado para buscar echarle toda la culpa a ella.

—¿Crees que lo hice por gusto, que lo hice porque sí? —se indignó él.

—¿Qué?

—Tú me obligaste a hacerlo, fuiste tú, ¡fuiste tú!

—¿De qué coño hablas?, ¿y así tienes la osadía de decir que la loca soy yo?

—¿En serio estás tan ciega, Luna?, ¿acaso no lo ves? Si se supone que te amo, que te *amaba* con todo mi corazón...

—Y aun así me traicionaste...

—Ése es el punto, que lo hice porque tú me obligaste. Me *forzaste* a buscar en otras personas el cariño que tú no me dabas, me forzaste en buscar en otras camas el calor que a nuestras sábanas le faltaba. No me mires así, sabrías de qué hablo si hubieras hecho un buen trabajo como mi *mujer*, pero no lo hiciste, estuviste semanas ausente sin cogerme el teléfono.

—Ni siquiera estamos casados. ¿No he sido buena *mujer*? No fui a la universidad por ti, dejé a mi familia por ti, perdí amigos por ti. ¡No soy tu *mujer*, soy tu juguete!

—¡Por eso mismo no tengo que darte explicaciones! No estamos casados, no. Y seguramente, nunca lo estaremos, me has demostrado que cometí un error regresando contigo, necesito a una persona madura, a una mujer *de verdad*, a alguien que satisfaga mis necesidades que no son más que las necesidades básicas de cualquier ser humano.

Luna no podía aguantar más toda esa basura, toda esa discusión sin sentido, absurda, patética. Se iba a marchar, sí, eso era lo que debía hacer, esa era la forma más sana de terminar con todo. Apenas se dirigía hacia la alcoba para agarrar sus cosas cuando él la tomó del brazo.

—Tú no te irás de aquí sin haber aclarado las cosas primero.

—No hay nada que aclarar —intentó inútilmente liberarse—, ¡suéltame!

—No seas cobarde, hablemos de esto.

—No soy cobarde, aún me queda dignidad para ver qué clase de persona eres tú.

—Sí, te queda dignidad, ¡mucho dignidad!, eres una egoísta, me haces hacer esto solo para después echármelo en cara. Ese era tu plan, ¿verdad?, esto era justo lo que querías. ¿Estás satisfecha?, ¿estás satisfecha de arruinar la relación que con tanto esfuerzo habíamos construido? Me lo pusiste en bandeja.

—¿Qué?

B. no era ningún imbécil ni ningún pobre diablo, era una persona astuta, una persona con mucho mundo en la cabeza, una persona con habilidades extraordinarias a la hora de hablar y convencer. Realmente se estaba haciendo la víctima y ella lo sabía, claro que lo sabía, pero es que..., es que sonaba tan real, sonaba tan *convinciente* como si realmente él se creyera las palabras que sus labios escupían.

Era peligroso, muy peligroso, tenía ese *no-sé-qué* que se metía en la cabeza de la gente y hacía lo que se le antojara con las neuronas, o quizá eso sólo le pasaba a ella. Lo logró, lo había conseguido, había conseguido quebrarla. Luna había abierto una pequeña ventana en su cabeza, un infame «¿Y si...?» había sido suficiente para que B. se introdujera como un virus tropical, para que infectara toda la red neuronal, para que aquel pequeño cuestionamiento fuese el inicio de una gran duda que crecería en su cerebro y le aplastaría todos los lóbulos contra el cráneo.

Pasó lo que temía, entre tantas palabras, tantas súplicas y tantas discusiones disfrazadas de juicio medieval ella terminó cediendo, terminó creyéndole poco a poco, hasta que poco a poco la tuvo nuevamente entre sus garras. Al principio ella no lo quiso admitir, intentó disimular el injustificado sentimiento de culpa, pero él era muy bueno leyendo a las personas y sabía lo que realmente pasaba por la cabeza de su novia. Esa noche durmió con una enorme sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro.

A la mañana siguiente, B. Morata trató a Luna Belmonte con total normalidad, como si nada hubiese pasado, como si sólo hubiese sido un mal sueño. Ella, por su parte, sintió un gran alivio de haber escapado de las confrontaciones, de que estas no se hubiesen extendido hacia el otro día, hacia la otra semana, hacia el resto de su vida. Aquella implacable alegría era, para ella, una señal de que la tormenta había pasado. De todas formas, era evidente que se

sentía extraña, se sentía..., se sentía *usada*, se sentía engañada, sabía que algo muy malo estaba pasando y que ella no se estaba enterando del todo. Ella misma se encargó de ahogar esa confusión detrás de una sonrisa fingida que cada vez se volvió más genuina, hasta el punto de que sonría de verdad. Todo estaba bien.

CAPÍTULO 12

BIENVENIDOS A MI INFIERNO



Siguió viviendo, siguió sonriendo, siguió alejándose de la gente que le importaba para beber de las dulces palabras de B., que cada vez eran menos dulces, especialmente porque se acercaba el invierno y, debido a alguna anomalía atmosférica, las lluvias empezaban a azotar con fuerza toda la ciudad. Durante los días en los que llovía y en los que la luz del sol se acortaba, a B. le aparecía alguna clase de nueva *oscuridad* en sus ojos, algo..., algo tan extraño y tan perverso que no merecía ni palabras ni confrontaciones. Al principio eran sólo cervezas, y de las cervezas llegaron los vinos, y de los vinos llegaron los whiskeys, y luego el aguardiente, y luego el vodka, y así fue pasando por tantos y tantos licores que el olor a alcohol pasaba a ser una parte del aroma natural de la casa, y las lluvias impedían que pudiese abrir las ventanas o los balcones para que entrara un poquito de aire fresco, o para que saliera el aire inmundado que la ahogaba todo el tiempo.

Las colillas humeantes se acumulaban sobre el enorme cenicero que ya no daba abasto por más que ella lo vaciara durante el día, sentía apenas un inmenso alivio cuando salía de casa para ir a la floristería, donde no hablaba con nadie y les rogaba a los santos para que detuvieran el tiempo, no quería volver a casa. Sus antiguos amigos la miraban, no con lástima, sino con burla. Se burlaban de que su ropa siempre oliese a cigarr, que las ojeras colgaran de sus ojos como bolsas de basura.

Entre más se adentraba la oscuridad invernal, crecía también la oscuridad en los ojos de su novio, estaba cada vez más retraído, más..., más *extraño*, se sentía como si estuviera volviendo al pasado, como si se repitieran exactamente los mismos acontecimientos y comportamientos que habían servido de prelude para aquel brutal golpe. Por eso no quería volver a casa, pero siempre lo hacía. Hasta que dejó de salir.

Los mensajes de texto y las llamadas perdidas se acumulaban en las profundidades de los circuitos de su móvil, de vez en cuando le enviaba un mensaje a su familia para decirles que todo estaba bien, que era *feliz*, que eran tiempos en los que ella necesitaba alejarse un poquito de todo, pero que no había de qué preocuparse. La floristería podría apañárselas sin su presencia.

Con las lluvias de la primavera todo pareció empeorar, casi no hablaban, se limitaba a aguantar la respiración y a hacerse la dormida cuando él llegaba borracho y tropezando con sus propios pies. Entre la densidad del humo y las fuertes mareas de su temperamento empezaron los insultos y los desprecios, y éstos no tardaron en escalar a pequeños empujones que fácilmente se podían confundir con accidentes, pero que por su frecuencia e intensidad se revelaba que era algo completamente deliberado. Y ella no decía nada, ella no *hacía* nada. Tenía la esperanza de que las cosas cambiaran, no quería odiarlo, ¡no podía odiarlo! Quería..., quería *ayudarlo*, quería intentar que las cosas cambiaran, que las cosas mejoraran, de verdad *creía* que había una forma de salir de todo esto por el mejor camino, con los mejores términos, con un final feliz para ambos.

De todas formas, ese final no llegaba, de hecho, tenía la sensación de que aquello era sólo el principio, los golpes accidentales ya no podían llamarse de esa forma cuando no parpadeaba para darle una bofetada cuando ella por accidente se metía en su camino cuando estaba borracho. Cuando llegaba en medio de la noche, borracho, con la ira aflorando por cada uno de los poros que tenía su piel, con la viscosa oscuridad acariciando la pared interna de su globo ocular como si estuviera atrapada en una lámpara de lava, pero que no necesitaba salir para causar estragos en el mundo exterior.

—Es ilegal eso que él hace, lo sabes, ¿verdad? —preguntó Eva en una comida familiar, escondidas en la cocina.

—Deja ya ese tema, por favor.

—Luna, ¿crees que soy estúpida?, ¿crees que no te conozco?, ¿hasta cuándo vas a seguir fingiendo que te caes por las escaleras?, ¿hasta cuándo vas a seguir defendiéndolo?

—Eva, es tu hermano.

—Ya sé que es mi hermano, Dios, sí que lo sé, pero eso no impide que lo aborrezca, y esto que te hace es más que suficiente para que ya no lo respete.

—Eva —la tomó del brazo, abrió el ojo derecho como un plato, y el ojo izquierdo tanto como el moretón se lo permitía—, no te metas en esto, ¿sí?, lo vas a hacer peor. No es tu problema.

—Claro que es mi problema, estoy en medio de toda esta mierda y no soporto verte así.

—El amor tiene que doler para ser verdadero.

—Y no soy la única, Víctor también lo sabe, está furioso, ¿desde cuándo no hablas con tu hermano? Está deseando darle una paliza.

—No puedo creer que digas esas cosas.

—Y yo no puedo creer que estés tan ciega. Esto no va a parar, nunca va a parar y sé que en el fondo tú también lo sabes. Recapacita, joder...

—No te metas en esto —le enseñó sus dientes, pero sólo resaltó aquel al que le faltaba un pedazo por aquella última paliza.

Luna se adelantó a servir el primer plato, aunque en el fondo sabía muy bien que quería retrasarlo, quería andar lento, quería mover un pie a la vez, un pie cada cinco segundos, o cada dos minutos, o cada tres horas. No quería volver con B., alejarse de la seguridad de Eva con ojos por cámaras y un amor que intervendría ante el más mísero caso de violencia. En casa nadie iba a ayudarla.

Luna y Eva empezaron a distanciarse por primera vez desde que se había formado la amistad, parecía ser algo intrínseco a la situación y a la conducta aparentemente autodestructiva de Luna. Se sumergió en su nuevo mundo y empezó a dejar atrás el que ya tenía. B. nunca volvió a dejarla trabajar con su familia.

—Eres como una bellísima rosa, y las bellas rosas se quedan en casa para no estropearse con el sol.

Sabía que su novio dejaría atrás a todas esas actitudes tóxicas, que empezaría a notar todos los errores que había cometido y empezaría a valorarla como realmente se lo merecía. Él, por su parte, parecía que cada día se ponía más guapo, más musculoso, más masculino y llamativo. El miedo y el deseo sexual se mezclaban en el cuerpo de Luna en una especie de combinación extraña y excitante, como quien mete la mano a un hueco sin saber si del otro lado encontrará un tesoro o el nido de una serpiente.

Fue Eva la que llegó a arruinarlo todo, había aparecido de la nada y hacía todo un escándalo en la sala, llevaba el pelo alborotado, sacudía sus manos, señalaba a su hermano con las afiladas uñas de sus dedos en una expresión completamente desquiciada, aunque fuese la única que estaba completamente cuerda en aquella habitación.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritaba a su hermano—, ¿crees que puedes hacer lo que te dé la gana con la gente?, ¿crees que puedes hacerle lo que quieras a las chicas? ¡respóndeme, imbécil!

Su hermano no le respondía, se quedaba de pie con una sonrisa burlona y desafiante, con su macizo cuerpo completamente inmóvil como si fuese un adorno más de la casa. Ni siquiera suspiraba cuando ella le daba un empujón o algún puñetazo en el pecho, algo que sólo le dolía a ella, pues era fácil imaginarse que era como darle un puñetazo a la pared.

—¿Crees que no sé lo que pasó con Rosa?, ¿crees que no sé quién era Amalia?

Algo de vida se vio en los ojos de B., parecía intentar disimular la sorpresa que le había causado escuchar esos nombres en la boca de su propia hermana.

—Ah, sabes de lo que hablo, ¿no? —dijo ella—, sí, sé quiénes son. También sé de Alba, de Paola, de Natalia.

—Tú no sabes nada.

—¡Lo sé todo!

—No, no sabes una mierda, de saberlo no estarías mezclando unos nombres con otros —le guiñó el ojo, como si el maltrato tuviese alguna clase de jerarquía en sus relaciones pasadas.

—¡Hijo de puta! —volvió a estallar ella y luego miró a su amiga, quien estaba congelada en un rincón. Le extendió la mano— Nos

vamos, Luna; te llevaré a casa.

B. soltó una fuerte carcajada.

—A ti no te saldrá tan fácil —continuó ella—, esto no se va a quedar así, haré que hablen, haré que te denuncien por ser un perro sucio —se giró hacia Luna—. Ven conmigo, por favor.

B. también la miró, eran..., eran miradas tan *distintas*, una reflejaba angustia y la otra una especie de oscuridad inefable. No era justo que la pusieran en esa situación.

—No iré —dijo finalmente, cediendo ante la imponente mirada de su novio.

—¿Qué?

—Ya la oíste —cortó él—, de aquí no se va, de aquí no se quiere ir.

—Pues de aquí no me voy sin ella.

—De aquí te irás, pero te irás sola. No eres bienvenida en esta casa.

Y así sería, Eva Morata no volvería a poner un pie en aquel edificio. Esa noche B. compensó a Luna con una delirante noche de pasión que, momentáneamente, ahogó todas sus angustias entre el candente sudor. Próximamente sería ella quien se ahogase en sus propias lágrimas, la fugaz felicidad y el evanescente placer no duraron ni la mitad de lo que ella esperaba. El infierno comenzaba otra vez.

CAPÍTULO 13
DE AQUÍ NO SALES



¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿esperar a que los cigarrillos y el alcohol terminasen consumiéndola?, la única decoración de la casa era un diploma en la pared, su graduado escolar, y, contrario a lo que ella había estado esperando durante toda su vida académica, ir a la universidad, el diploma la había condenado a estar encerrada en aquel apartamento del que ya no podía salir. Limpiaba cada mañana el desastre que B. había formado la noche anterior, noches en las cuales olvidaba por completo la función del cenicero y aventaba descaradamente las colillas por toda la casa.

Estaba cansada de que las otras vecinas la vieran con cara de lástima, como diciendo «Pobrecita, no se da cuenta del infierno en el que vivir», y ellas no sabían, no podían saber que ella ya se había dado cuenta, que ella ya sabía lo que estaba viviendo, que no decía nada porque temía lo que fuese a pasarle si abría la boca, si se quejaba...

Y se quejó.

Lo hizo cuando, después de una leve discusión verbal que amenazaba con tornarse física, intentó salir a tomar algo de aire y B. la detuvo.

—De aquí no te puedes ir —se interpuso entre ella y la puerta.

—¿Qué?

—Ya te lo dije, no te puedes ir. Estás conmigo, ¿no?, estás conmigo y nos vamos a casar.

—Dios santo, ¿acaso has perdido la cabeza? ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tú eres quien la ha perdido, estás enferma, enferma de tantos..., de tantos celos, de tantas patrañas, de tantas mentiras.

—Tengo mis razones, ya me engañaste una vez.

—¿Otra vez con lo mismo?

—¡Sí, otra vez!, ¿acaso crees que eso es tan fácil de olvidar?

—Deberías ser consciente de que todo fue tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Sí, por portarte tan rara, por no ser la *Luna* de siempre, de la que yo me enamoré. Me forzaste a buscar en otros brazos el cariño que tú no me dabas. ¿Cómo podría ser yo culpable de esto?

—No puedo creer que estés otra vez con lo mismo.

—¿Otra vez?

—Eres un maldito manipulador.

—Ahora es culpa mía otra vez, todo es mi culpa, ¡todo es mi puta culpa, verdad! —sus ojos se inundaron de esa oscuridad que varias veces se había asomado durante sus episodios agresivos, todos los instintos de Luna la forzaron a intentar relajarlo.

—Está bien —suspiró ella, temerosa—, como tú digas. Sólo..., sólo quiero pensar, ¿sí?

—Puedes pensar aquí.

—Necesito aire para pensar.

—En el balcón hay espacio.

—Joder, no es suficiente, necesito ir a un parque, necesito relajarme, relajarme de verdad.

—Aquí tienes todo lo que necesitas para pensar, para relajarte, para hacer lo que sea que quieras hacer. No hay necesidad de salir.

—Por favor, sólo quiero..., sólo quiero salir un rato.

—No soy estúpido, Luna. Saldrás y no volverás, conozco esa mirada que tienes, como la de un gato acorralado. Te irás con el primero que aparezca y me..., me denunciarás, me pondrás una puta denuncia por lo que sea que te inventes en la comisaría.

—¿De qué hablas?

—Todas..., todas sois así —abrió y cerró las manos, como si necesitase hacerlo para expandir y contraer sus pulmones, para respirar, para no..., para no hacer lo que tenía en mente—, unas putas mentirosas, sí, ¡eso es lo que sois!, unas putas y guarras mentirosas.

Luna calló, no había ninguna frase que pudiese agregar la situación, ningún comentario tranquilizador, a él no le iban a bastar las palabras, no le iban a bastar las razones ni los abrazos. Tenía que ser más inteligente que eso.

—Perdóname —cedió ella y se acercó hacia él, intentando disimular el profundo horror que le producía cada paso que acortaba la distancia entre ambos—. No..., no quería incomodarte, sé que te preocupas por mí...

—Serías tonta si no lo supieras.

—Exacto, pero no soy tonta, ¿verdad, cariño?

—Eso mismo te pregunto yo.

—No lo soy —afirmó, y no lo era, el hecho de que se mintiera a sí misma era prueba suficiente de su inteligencia, debía seguirle el juego. Se acercó un poco más y lo abrazó, en ese abrazo se le estremecieron los huesos y le lloraron los ojos, tenía miedo, tenía muchísimo miedo.

—Ésa es mi chica —murmuró él mientras le besaba el cuello, se lo lamía, sus manos bajaban hasta sus glúteos y empezaban a desvestirla.

Ésa es su chica, se dijo ella y se lo creyó. Esa noche tuvieron relaciones, él transformó toda esa *energía oscura* en una energía sexual propia de aquellos tiempos en los que no necesitaban excusa para acostarse. No podemos negar que Luna lo disfrutó un poco, que deliró, que sintió placer por encima del desprecio que ahora le tenía a su amante. Llegó a pensar que podría darle otra oportunidad, que podría...

...que podría *ser su chica*.

—Hace tiempo no lo gozaba tanto —dijo él, recuperándose de sus jadeos—, ¿te gustó?

—Me encantó —susurró ella y no mentía.

—Qué bueno oír eso —se acercó un poco más a su oído—. Si llegas a escapar, le arranco la cabeza a Víctor y te la entrego en una bolsa de basura.

La amenaza podría ser poco más que palabrerías sueltas de un borracho enojado, pero ella ya había vivido y padecido lo suficiente para entender que detrás de aquella frase se enfrascaba una verdad muy cruda. Desconocía a B. por completo y no sabía hasta dónde

sería capaz de llegar para lograr su cometido. Al fin tenía lo que siempre había querido, la tenía a ella. Luna ya no temía por su propia seguridad, sino también por la de toda su familia. Con el paso de los días y el regreso de las lluvias las actitudes se habían vuelto cada vez más hoscas, convirtiendo situaciones cotidianas en hostiles.

—Deja eso —ordenó él mientras le arrebatava el cuchillo de las manos y empezaba a rebanar furiosamente los tomates. El enorme y afilado cuchillo hacía juego con sus manos poderosas y sus nudillos firmes como rocas. Eran el uno para el otro.

—Yo también puedo hacerlo.

—Sí, pero lo haces mal.

—No lo hago mal, sólo lo hago diferente. Mi madre me enseñó.

—Pues entonces tu madre no sabe nada.

—Mi madre lleva cocinando toda su vida. No me gusta que hables así de ella.

—Y a mí no me gusta que me sigas hablando cuando sabes que yo tengo la razón.

Luna suspiró, ya se estaba cansando.

—¿Sigues aquí? —dejó de cortar y la miró—, ¿qué no tienes nada mejor que hacer?

—Ya terminé de limpiar la casa, no hay nada por hacer, salvo la cena.

—¡Piérdete, que no te quiero ver!

—¡Que no me hables así! —rompió ella—, ¿qué está pasando contigo?

—¿Acaso me has gritado? —sus puños se aferraron al cuchillo, un escalofrío recorrió la espalda de Luna.

—No te grite..., sólo que...

—¿Sólo que qué?

—Por favor...

—Dime —se acercó, ella retrocedió—, ¿sólo que qué?, no seas cobarde, dímelo.

—Nada, olvídale.

—No, que no lo olvido, ¡que no lo olvido, joder! —gritó—, ¿sólo que qué?

—Que nada, ¡déjame en paz!

—Ah, eso es lo que quieres, ¿verdad? —siguió acercándose a ella, Luna pudo ver su reflejo en la hoja del cuchillo—, ¿quieres que te deje en paz?, ¿quieres descansar?, pues yo te puedo enviar a un lugar en el que vas a descansar de toda esta mierda.

—¿Qué estás haciendo?, no te acerques más, por favor —suplicó—, no te acerques con eso.

B. blandió el cuchillo y lo estrelló contra la pared, ella había alcanzado a sentir el viento rozando su cara. Había fallado a propósito, quería asustarla..., o al menos eso creía ella, eso *quería* creer ella.

CAPÍTULO 14

ESCAPAR



*Y*a era tarde para buscar ayuda, ya era tarde para intentar hacer algo al respecto. Los episodios violentos de B. llegaban por temporadas, por mareas que subían y bajaban en periodos cíclicos a lo largo del año, teniendo las olas más grandes en los días oscuros, nublados y lluviosos, y teniendo las aguas más mansas y calmas durante el verano, los días cálidos y los soleados. La *oscuridad* tenía sus ciclos perfectamente alineados con los de la sección meteorológica del noticiero. Fue así como Luna Belmonte supo que podría sobrevivir, que podía manejarlo, que podía *vivir* de ese modo tan extraño con él, que era alguien a quien ella amaba, pero también alguien al que le temía con toda su alma. No quería hacerle daño, pero ella tampoco quería sufrir daño alguno.

Él poco a poco volvió a *confiar* en ella, sabía que la tenía en sus manos, que la tenía sumisa y callada, justo como él quería. Para evitar sospechas de los familiares, B. le permitía ir a visitar a su familia a veces, recordándole con minuciosa severidad lo que pasaría si se le ocurría abrir la boca alguna vez sobre su relación. Ella no abrió la boca, por más que su hermano la presionara, por más que su madre le suplicara, por más que su padre se lo ordenara, ella nunca abrió la boca. Sentía que ellos la odiaban en ese mismo momento, pero lo hacía por ellos, lo hacía para *protegerlos*. B. los podría matar si se lo propusiera.

La situación cambió una tarde de verano en la que Luna volvía al apartamento luego de una larga y dolorosa jornada con sus padres,

quienes ya no confiaban en ella ni en sus palabras. Estaba sentada con las piernas cruzadas, acariciándose suavemente los brazos, en donde se escondían los moretones que su rebecca ocultaba para que nadie los viera, pues serían difíciles de explicar como producto de un accidente. A su lado alguien había olvidado un periódico, podía no ser más que un desperdicio, podía haber estado aquí por quién sabe cuánto tiempo, seguramente ni siquiera era el periódico de hoy, los bordes se veían algo desgastados, el papel no se veía limpio, a lo mejor había pasado por varias manos y varios ojos antes de venir a parar en aquella línea del metro de Madrid. Sin embargo, algo llamó su atención, era la fotografía a blanco y negro de una señora que sonreía, al lado de otra fotografía en la que se apreciaba un ataúd cubierto de flores que, a pesar de estar en una escala de grises, Luna podía adivinar de qué color era cada pétalo en la vida real.

Tomó el periódico con las dos manos y se quedó sin aliento mientras leía aquella noticia que anunciaba la muerte de una señora a manos de su esposo, quien la había ahorcado con sus propias manos después de una acalorada discusión. ¿Cómo de acalorada tenía que ser cualquier discusión para culminar de esa manera? Siguió leyendo, la periodista que había redactado la nota había hecho un buen trabajo de investigación, era obvio que estaba bien documentada. Hablaba también de la cifra de feminicidios en España, el silencio de la sociedad y la lentitud de las autoridades. Ayer había sido una señora, pero la semana pasada había sido una chica que, después de discutir con su novio, éste la había molido a golpes hasta dejarla en silla de ruedas.

No era algo nuevo, era un patrón que se repetía una y otra vez, que parecía pasar desapercibido ante las narices de todo el mundo, que incluso podía estar pasando en el barrio, en la calle y hasta en el mismo edificio..., en su misma casa.

Los ojos se le abrieron como platos cuando un nuevo brillo iluminó sus pupilas, haciendo que el verde del iris fuera aún más verde, una selva tropical se abría en sus propios luceros y no estaba dispuesta a dejar que la luz se apagara. Dejó el periódico a un lado, apretó los puños y luego supo lo que debía hacer. La única opción era escapar de las garras de B.

CAPÍTULO 15

HASTA NUNCA



Fue una cadena larga y anónima de favores cuya búsqueda comenzó en internet lo que le permitió contactar con Sofía, una señora extranjera que había estado viviendo en España por varias décadas, tanto así que el acento no difería en nada con el de cualquier otro madrileño común. Las brevísimas reuniones siempre eran en un café ubicado en un callejón comercial del centro, tan atestado de turistas y locales que pasaría desapercibida, aunque se pintara el pelo de color zanahoria.

—No me interesa saber qué es lo que hizo —decía Sofía mientras la atendía desde el mostrador y le servía un café para disimular—, conmigo mantendrá todo en secreto, pero espero que sepa que todo tiene un precio.

—Sí, por lo del precio no se preocupe. ¿Cuándo me podría ir?

—Me dijo que es mayor de edad, ¿verdad?

—Sí. Tengo veintitrés.

—Bien, eso hará las cosas más fáciles para las dos. ¿Y el dinero?

—Ya le dije que por eso no se preocupe, le voy a pagar hasta el último céntimo.

—Quiero el 50% por adelantado, y el resto me lo puede pagar cuando ya esté en su destino —le sirvió el café y la miró a los ojos—. Necesito que me cuente un par de cosas primero.

—Creí que no le interesaba saber sobre mí ni sobre mis motivos para irme.

—No me interesa, pero es importante conocer ciertos detalles para tomar las precauciones necesarias, ya sabe que el negocio es complicado y se puede complicar aún más por falta de comunicación.

—¿Qué quiere saber?

—¿Está huyendo de las autoridades?

—No..., digo, no aún. Me buscarán después, cuando me reporten como desaparecida.

—¿Como desaparecida?

—Sí, nadie..., nadie sabe adónde voy. Sólo usted.

—Entonces, si no es de las autoridades...

—Es de alguien, estoy huyendo de alguien.

—¿Debe dinero?

—No. No he cometido delitos hasta el momento, de eso puede estar segura.

—Entiendo —se aclaró la garganta—. Una cosa más, ¿está viviendo con la persona de la que va a escapar?

—¿De verdad tengo que responder a esa pregunta?

—Es por su bien, así le podré brindar una ayuda *personalizada*.

—Sí, vivo con esa persona.

—Hizo bien al contarme, ahora tómese su café, salga de aquí y vuelva en ocho días.

—¿Ocho días?

—Sí, a la misma hora. Estaré esperándola con nuevos avances y le daré las instrucciones que debe seguir.

Luna Belmonte salió del callejón con el corazón en la mano y las lágrimas goteando desde el mentón. ¿Ocho días?, ¿ocho putos días?, era demasiado, quién sabe si podría soportar una semana más, quién sabe si podría *sobrevivir* a una semana más. B. podría llegar borracho en cualquier noche de esa semana, con el alcohol nublándole los sentidos, los puños blandiéndose en el aire, los pies listos para lanzar patadas, los codos listos para romper huesos. No podía..., ¡no podía!, pero al final sí pudo, aguantó los ocho días en los que no se produjeron mayores novedades, los aguantó con la cabeza gacha y con las manos temblorosas de tanto rezarles a todos los dioses por un poquito de misericordia. Alguno de ellos la habrá oído, porque B. no le lanzó más que insultos en esa semana.

—Latinoamérica —anunció la Sofía mientras preparaba el nuevo café—; no tendrá problemas con el idioma, no será nada fácil de encontrar.

—Está lejos —meditó.

—No me diga que esperaba irse a Francia o a Portugal, ¿de verdad quiere escapar?, ¿o sólo quiere retardar su búsqueda?

—¡No, no!, no quiero que me encuentren.

—Entonces Latinoamérica es, de lejos, la mejor opción para usted.

—Está bien.

—El viaje no será directo. Tomará un tren a Francia, de Francia irá hasta Argelia, de Argelia irá a Marruecos, en Casablanca tomará el vuelo que la llevará al otro lado del atlántico. Como se imaginará, no es algo barato de hacer, y debe empezar a planear qué hará al llegar, en qué trabajará, cómo sobrevivirá. Se lo digo como mujer, allí las cosas son más difíciles a veces las ganas de escapar hacen que nos olvidemos de este tipo de detalles que nos causarán un millón de contratiempos si nos agarran con la guardia baja.

—Sí, entiendo.

—Usted me dijo que quiere escapar de la persona con la que vive, por lo que ese escape debe ser impecable.

—¿Impecable?

—Sí, ahora escúcheme con atención.

—La escucho.

—Dos veces a la semana, y los días los elegirá usted, vendrá con una prenda de ropa o un objeto importante que desee llevar. Habilitaré un casillero sólo para sus cosas. En la tarifa está incluida la compra de una maleta y ropa de su talla, aunque no de su estilo. El día de su partida tendrá que ser un día como cualquier otro, saldrá a la calle sólo con su bolso y lo que quepa en él, no puede alertar a los vecinos, no puede alertar a cualquiera que la esté vigilando. Será un día normal, irá de compras a un supermercado o a un centro comercial. Vendrá al café después de haber dado una vuelta larga por la ciudad, esto será para despistar a las cámaras de seguridad cuando reporten su desaparición y la policía empiece a buscarla.

—¿Y luego?

—Llegará al café, se cambiará de ropa, tomará sus maletas y saldrá por la puerta del otro lado, es decir, con la entrada principal de este edificio. Allí tomará un taxi que la llevará hasta la estación de tren. No piense que irá en AVE, será un tren discreto.

—¿Y después?

—Después, ya verá.

No podía dormir, incluso en las noches en las que se sentía completamente segura y a salvo, daba vueltas en la cama intentando imaginar una idea, una solución, una vía de escape. ¿De dónde iba a sacar todo ese dinero? No lo sabía, era imposible saberlo..., o..., o quizá sí sabía, sí sabía, pero no quería que la idea se apareciera ante su cabeza, era descabellada, era despiadada. No podía robarle a su familia, no podía tomar los frutos de tantos años de trabajo. Su padre no había querido meter el dinero a un banco para que no lo robaran, y ahora sería su propia hija la que destruiría la confianza, los lazos y todo lo que ellos habían hecho por ella, incluso después de quedar atrapada en la red de su novio.

Se levantó en mitad de la noche y fue hasta el baño, en donde se miró al espejo y supo que debía tomar una decisión lo antes posible. Podía traicionar la confianza de sus padres, tomar el dinero y largarse para no volver jamás, quizá hasta dejándolos en la ruina si la economía volvía a tambalearse otra vez. La otra opción..., ¿había acaso otra opción?, sí, sí que la había. Podía no hacer nada, quedarse quieta, quedarse callada y esperar a que su nombre apareciera en los obituarios, a que hicieran una noticia suya en el periódico y luego su nombre fuese olvidado en menos de dos semanas, eclipsado por la muerte de alguna otra chica como ella. Podía imaginarse a los inspectores llamando a la puerta de sus padres.

—*Buenos días, señor y señora. Necesitamos que nos acompañen a la comisaría...*

—*¿Pasa algo?* —se adelantaría su madre, llevándose una mano al pecho.

—*Necesitamos que identifiquen un cuerpo.*

—*¿Un cuerpo?* —diría su padre, acompañando a su mujer en la súbita angustia que palideció las pieles.

—*Sí, creemos que podría ser el de Luna Belmonte.*

¿Exageraba?, no, era muy probable que eso pasara. O..., o quizá otro escenario se abriría, uno en el que B. llegase borracho y listo para encender su cuerpo a puñetazos, sólo que esta vez no mediría la fuerza de su violencia y terminaría con un cadáver en la sala. La envolvería en mantas, usaría alguna de las furgonetas del trabajo para meterla allí y la sacaría de la ciudad, sólo para terminar enterrándola en algún descampado en el que nadie iría a buscarla en mucho tiempo.

—*Se ha ido, esa perra se ha largado con otro* —le diría él a las autoridades, poniendo atención en cada oración, cada palabra cada sílaba y cada letra que saliera de su boca para no levantar sospecha alguna, para sonar genuino, para sonar como una auténtica víctima de los vicios de la zorra de su novia.

—*¡Miente, ese hijo de puta miente y le hizo algo a mi hermana!* —gritaría su hermano ante los medios de comunicación. Unos le creerían, otros lo tildarían de loco.

La insistencia de su hermano llamaría la atención de alguna inspectora, quizá alguna de las que ha seguido de cerca la racha de feminicidios y, de tantas frustraciones por muertes ya ocurridas, se obsesionaría por descubrir la verdad de este caso, especialmente si tuviera alguna especie de certeza sobre la clase de hombre que era B.

Un equipo de investigación aparecería en el edificio con una orden de allanamiento, revisarían todo, cada rincón, cada cabello caído, cada rastro de ciudad, y finalmente encontrarían manchas de sangre que, luego de intensos análisis, sabrían que era la sangre que alguna vez había corrido por las venas de Luna Belmonte.

La prensa se incendiaría, todos hablarían del caso, y, para cuando descubrieran los restos de Luna en aquel descampado en medio de la nada, B. ya estaría en alguna otra ciudad o algún otro país empezando una nueva vida, buscando a su próxima amante... Buscando a su próxima víctima.

¿Acaso era eso lo que ella quería?, ¿acaso sería lo mejor para su familia?, la respuesta era un enorme y rotundo NO. Las dudas se disiparon, los remordimientos podrían esperar un poco más, por ahora estaba pensando con una claridad tan profunda e inmaculada como nunca antes. Cogería el dinero.

B. podría ser algo descuidado, pero no era un imbécil del todo, entendería que algo iba mal si el armario de Luna de repente se vaciara, incluso si faltaban las prendas más bonitas e imprescindibles. No se llevaría más que algo de ropa interior, el glucómetro, el pasaporte y los documentos importantes que siempre estaban en su cartera.

No escribió cartas de despedida ni de agradecimientos, no se reunió con sus viejos amigos o sus familiares, no podía levantar sospecha alguna. No podía echar a perder todos sus planes, y sabía que era cuestión de tiempo antes de que su padre fuese a sacar algo de dinero de la caja fuerte y la encontrara completamente vacía.

—Estás inmundada —le dijo B. mientras se alistaba para ir a trabajar, le dedicó una mirada de desprecio antes de darle un rudo beso en los labios y salir por la puerta, arrastrando todas sus miserias con él.

—Tú también estás inmundo, hijo de puta —murmuró ella en una voz muy baja, no iba a correr el riesgo de que él la oyera, incluso si ya escuchaba sus pesados pasos bajando por las escaleras del edificio.

Se sentó en la sillita del balcón y compartió la mirada perdida con varias de las ancianitas balcones de su calle, esperó a que el sol trazara medio surco en el cielo antes de perder la calma casi del todo. Regresó al interior del apartamento y estuvo dando vueltas en la sala por un buen rato, tratando de respirar con calma, inhalar, exhalar, e inhalar y exhalar otra vez. No se arrepintió, no lo dudó ni un segundo. Tomó su bolso y salió a la calle.

Sentía que todos la miraban, que las cámaras de seguridad le seguían el paso, que B. aparecería a la vuelta de cualquier esquina para preguntarle a dónde carajos creía que iba. Luchó contra sus propios instintos para poder caminar de una forma más o menos natural, aunque estaba a pocos nervios de echar a correr.

Hizo lo que Sofía le había dicho que hiciera, dio varias vueltas por aquí y por allá, visitó centros comerciales, plazuelas, parques. Cualquiera diría que caminaba sin rumbo, aunque cada uno de sus pasos estaba meticulosamente calculado con mucha anterioridad.

Apagó su móvil y lo arrojó a un contenedor de una estación del metro y luego fue hasta el café.

—Lo peor ya pronto pasará —le decía Sofía mientras ponía el cartel de «Cerrado» en la puerta de cristal del café, sabía que Luna estaba muerta de miedo, nerviosa, a punto de desmayarse o de echarse para atrás—, siéntese, le prepararé un té para que se relaje.

—Pero...

—Pero nada, aún hay tiempo, llegó más temprano de lo que yo esperaba.

Entre sonoros sorbos se bebió el té de manzanilla que Sofía le había preparado. Quizá eso también estaba dentro de la altísima tarifa que había pagado y que, en caso de que las cosas salieran mal, la dejarían en la ruina a ella y a su familia. Luego de terminar el té, Sofía la condujo hasta el baño del establecimiento comercial y le entregó una bolsa con la ropa que debía ponerse. Desde luego no era su estilo.

—Esto también es importante —puntualizó Sofía al entregarle una máquina de peluquería.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Creo que ya sabe para qué sirve una cosa de éstas.

—No...

—Luna, usted sabe que la ciudad está llena de cámaras de seguridad. La vieron a usted con ese vestidito amarillo y su bonito pelo caoba. No basta con cambiarse de ropa, la reconocerán por el cabello, así que tiene que cortarlo, que de todas formas vuelve a crecer.

No quiso entrar en discusiones, no era nadie para debatirle las decisiones a Sofía, que quién sabe a cuántas personas habría ayudado a escapar del país, por lo que ya debía conocer todo el proceso al derecho y al revés. No le quedaba de otra, debía hacerle caso.

Entre el chirrido de la máquina se libraba una brutal y desgarradora carrera, sus mechones y sus lágrimas competían entre ellos para ver quién llegaba primero a las baldosas del suelo. Fue una tortura eterna hasta que levantó la cabeza y la sintió mucho

más ligera. No quiso mirarse al espejo, dejaría la tortura para después.

Se quitó el vestido amarillo y se metió en los vaqueros oscuros, cambió sus bonitas sandalias por unas botas marrones y cubrió su cabeza rapada con la capucha de su sudadera negra.

—Buen viaje —murmuró Sofía cuando la acompañó hasta la entrada principal del edificio, en donde un taxi esperaba impaciente por su pasajera.

—Hasta nunca.

CAPÍTULO 16

EMPEZAR DE CERO



Ella siempre le había gustado viajar, incluso cuando no tenía más que aire en los bolsillos y pasaba las tardes calurosas entre sueños y ensueños sobre cómo sería su vida en el futuro. Nada de eso se había cumplido, nada de eso se iba a cumplir.

La ciudad se veía triste y gris, y no era por el torrencial aguacero de primavera ni por aquel anochecer que había decidido omitir los colores vibrantes del atardecer. Secó sus lágrimas con una mano mientras que con la otra volvió a desempañar la ventanilla del tren. Los árboles pasaban como rápidas sombras borrosas al otro lado del cristal, y tras ellos se deslizaban los tejados marrones de las casas de los conjuntos residenciales propios de un barrio caro.

La calefacción no era suficiente para ahuyentar a los fríos árticos y antárticos que le taladraban los huesos, le dolía la espalda por estar tanto tiempo sentada. En su sostén llevaba el dinero y los objetos importantes, y de su bolsillo sobresalía el bulto del glucómetro que siempre cargaba. Por primera vez les echó un vistazo a los otros pasajeros del vagón, muchos estaban dormidos, otros hablaban por el celular para avisarles a sus familias que ya estaban llegando a la ciudad. Su mirada se encontró con la de una anciana y la apartó de inmediato. No llevaba mucho equipaje, sabía que así se ahorraría mucho dinero al poder viajar sólo con equipaje de mano en aerolíneas de bajo costo, trenes, buses y hasta un ferry. Con todo lo que entraba en la tarifa era suficiente para comprarse nuevas prendas y amortiguar el vacío textil de su ropero.

No había forma de que la encontraran, no la había. Sofía era una chica inteligente y Luna también, ella lo sabía, no habían comprado pasajes en vuelos directos, no señor, había llegado a Francia y, de allí, se había movilizado en tantos medios de transporte como le había sido humanamente posible. No la habían seguido, de eso también estaba completamente segura. Una leve sonrisa se escapó de sus labios y los hoyuelos desviaron el curso de las lágrimas en sus mejillas; por fin estaba a salvo.

Nadie la esperaba en la estación, utilizó un teléfono público para llamar al número que le habían indicado, luego tomó el metro y, después de pasar media hora perdida entre líneas y conexiones, pudo dar con la dirección del edificio en el que viviría de ahora en adelante. Era cierto que por fuera se veía más bonito que por dentro, pero era más de lo que podía pedir, había sido un buen trato, era el apartamento más barato de la zona.

—Espero que se acostumbre rápido al clima —dijo el casero mientras subían juntos en el ascensor, era un breve viaje de siete pisos que no daba mucho tiempo para conversaciones apropiadas. Aquel era un hombre de aspecto curioso, con una barba negra de otra cultura y unos ojos del color del petróleo.

—¿Siempre es así? —preguntó ella, sacudiéndose la ropa empapada por el apresurado trote desde la estación del metro hasta la entrada del edificio.

—Lo es por esta época, porque está empezando la primavera. En unos meses la oíré quejándose del calor.

—Los otros días no había llovido tanto.

—¿Estaba aquí, en San Alfonso?

—No, pero estaba en este país.

—Estamos al borde de un valle, señorita, en plena cordillera. Las nubes chocan con las montañas cuando el viento sopla para este lado, por eso es que llueve tanto.

Las puertas del ascensor se abrieron, ellos avanzaron por un pasillo alfombrado con paredes de un color verde horroroso. Su puerta era la del fondo.

—¿De qué parte de España es? —quiso saber el hombre.

—¿Cómo sabe que soy de España?, no recuerdo habérselo dicho.

—Su acento la delata.

Luna tragó saliva, había pensado y repensado mil maneras de ocultar quién era, y todo se desvanecía por el estúpido acento que no se quitaría ni con un fuerte golpe en la cabeza.

—De Galicia —mintió—, ¿ha estado allí alguna vez?

—No, mi sueldo no me da para cruzar el charco. He visto películas, y también tengo internet en el celular —se llevó la mano al bolsillo y sacó una llave desnuda y sin llavero, tan triste como la chica que de ahora en adelante la llevaría en su bolso.

El apartamento no estaba tan mal, el suelo era de madera clara con una alfombra gris que cubría la pequeña sala, a su derecha estaba el corto pasillo que conducía a una cocina estrecha, y a su derecha estaba un dormitorio cuyos ventanales ocupaban desde el techo hasta el suelo, enseñando una majestuosa vista del edificio que había al otro lado de la calle.

—Completamente amueblado —decía el casero mientras le daba el primer y único recorrido por su nueva casa—, todo está colocado tal y como en la lista que le envié por correo electrónico la semana pasada. Hay agua caliente en la ducha, pero tiene que esperar unos diez segundos para que realmente se caliente. Como puede ver, todo está en perfectísimo estado, y así espero recibirlo cuando usted decida irse.

—Así será.

—Los pagos son mensuales, entre el primero y el octavo día.

—Lo leí en el contrato.

—Bien, bien, entonces supongo que ya no me necesita —guardó silencio por unos segundos, pero ella no dijo nada, así que continuó hablando—, llámeme si tiene alguna duda, pero no lo haga de noche, ya sabe, horario de oficina.

El hombre se fue y ella se quedó sola otra vez..., completamente sola, sola, sola. Así había estado durante las últimas semanas en su melancólico escape, estando cada vez más aislada. Cada vez más sola, pensó y se secó otra lágrima furtiva. Nada de eso importaba, por fin estaba a salvo.

Se miró al espejo, las pecas aterrizaban sobre su piel pálida como chocolate en polvo sobre helado de vainilla. Extrañaba la antigua longitud de su cabello, se sentía raro no tenerlo haciéndole

cosquillas en el cuello a cada rato. Los ojos de esmeralda se perdían detrás de unas cejas un poco descuidadas por el viaje, y de unas ojeras más grandes que ella misma. Ahora podría descansar.

Había mentido en todo excepto en su nombre, y es que sabía que mentir era una de las cosas que mejor se le daba, aunque no le gustara hacerlo con quienes no lo merecían. Había aprendido a mentirle a B. como una especie de mecanismo de protección, de *supervivencia*. Ahora parecía que lo llevaba en la sangre, y había comprendido que las cosas eran más fáciles cuando decidía ocultar algunos datos o, por el contrario, retorcer un poco la verdad.

Un ejemplo perfecto era el de su currículum, había parecido tan segura de sí misma en las entrevistas virtuales que sus empleadores no habían dudado ni un segundo en sus palabras. La habían contratado como secretaria para una firma importante de abogados. Nadie sospecharía, era especialmente buena con las cuentas. No tenía un curso en secretariado como decía su CV, y aquella escuela privada que había puesto como referencia había sido cerrada hace años por un escándalo de corrupción, por lo que no había forma de verificar los datos.

Se extrañaron, eso sí, de su cortísima edad, incluso cuando todos los demás también eran jóvenes. Ella tenía poco menos de veinticuatro, mientras que sus compañeros (que también entraban en la categoría de *jóvenes*) ya iban más allá de los treinta, y eso que muchos creían que Luna tenía la misma edad que ellos. Pasaba más tiempo en el espejo, maquillándose como una adulta de verdad, vistiéndose como una adulta de verdad, aparentando ser alguien que en realidad no existía. Su verdadero ser se había quedado en Madrid.

Llevaba el cabello corto, tan corto como el de un hombre, peinado al lado como los actores de telenovelas, y ni eso era suficiente para deshacer el encanto femenino que brotaba por cada uno de sus poros. No fue fácil volver a sonreír, creía que aquella era otra de las cosas que se había dejado en casa, creía que su vida era tan gris como el cielo de aquella ciudad. Estaba muy lejos de todo lo que conocía, de sus amigos, de su familia, de sus vecinos. Dormía sola, y en aquella soledad no hacía nada más que abrazar

la ausencia de un segundo bulto durmiente en el colchón. Pero estaba a salvo.

El color lo recuperó poco a poco, cuando se cansó de llorar en silencio, cuando sintió que no quedaban más lágrimas por derramar, o quizá sí quedaban, quedaban océanos enteros, pero sus ojos ya estaban cansados de la misma rutina.

Reunió fuerzas de donde no las tenía para poder empezar a socializar un poco más, pues comprendía que debía iniciar una nueva vida desde cero, y las conexiones humanas eran lo primero que debía empezar a forjarse. Magda, la vecina de la puerta de la derecha, era una señora de edad avanzada y cabello rojo teñido, la invitaba casi todos los sábados a almorzar, pues también vivía sola y apreciaba la compañía. Era cierto que había algunos parecidos tanto físicos como de conducta entre Magda y la madre de Luna, y eso quizá fue lo que logró que se adaptaran tan rápido y que, de vez en cuando y por puro accidente, la llamara mamá. Magda nunca dijo nada al respecto, debía tener sus razones.

Su segunda amistad fue Mateo, un joven carismático, de ojos cobrizos y con media melena recogida en la parte de atrás de su cabeza, como si fuera un samurái. Era uno de esos casos de amistad a primera oída, Luna tenía problemas con una de las máquinas expendedoras del vestíbulo, intentaba inútilmente sacar aquella lata de Pepsi que se había atascado en el resorte.

—Un golpe es suficiente —dijo aquel sujeto con camisa de flores, se acercó y le dio un manotazo a un costado de la bestia mecánica. La lata se liberó, él se agachó para recogerla y se la entregó.

—Gracias —respondió ella sin mirarlo a los ojos, como si tuviera miedo de convertirse en una estatua de cobre.

—Eres nueva —era una afirmación más que una pregunta, el tipo debía haber estado viviendo allí por un buen tiempo.

—Menos nueva cada día —se aclaró la garganta—, voy un poco tarde...

—Claro —le dio espacio y no dejó de mirarla hasta que se perdió al salir por la puerta de cristal.

Volvió a verlo casi tres días después, cuando ella utilizaba sus maravillosas habilidades culinarias para preparar la típica receta de

patatas rellenas, cortesía de su difunta abuela que se había encargado de enseñar a todos sus descendientes a cocinar. Siempre era la que cocinaba en su casa, por lo que no sabía medir raciones individuales y siempre cocinaba de más, de todas formas, la comida nunca se perdía, tomaba un plato y le llevaba algo a doña Magda en agradecimiento por lo buena que había sido con ella.

Alguien llamó a la puerta, por un segundo se paralizó, se le congelaron las piernas, se le derritieron las articulaciones. ¿Y si era B.?, ¿y si la había seguido hasta aquí y ahora por fin la había encontrado? Tuvo que soltar el plato, aguantar la respiración y luego dejar descansar a sus pulmones. No era posible, no era B....

CAPÍTULO 17

VOLVER A CONFIAR



Y no lo era, era el vecino que le daba golpes a la máquina expendedora.
—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, alzando una ceja.

—También vivo en este piso, hasta mi puerta llega el olor de lo que estás cocinando y quería saber qué era.

—Patatas rellenas de berenjenas.

—¿Berenjenas?

—Sí, berenjenas.

Y todo empezó con las patatas, ella lo invitó a pasar y él quedó sorprendido por lo bien que cocinaba. Era un chico de actitud extravagante, o al menos extravagante para ella, quien venía de una cultura diferente de la que sólo compartían el idioma. Mateo era una buena persona, no tardó en darse cuenta de ello. Al principio pensó que él intentaba coquetear con ella, que era lo que los hombres siempre andaban haciendo cuando una chica nueva se mudaba al edificio, o eso es lo que había dicho siempre B., pero luego se dio cuenta de que no buscaba más que una amistad.

El tercer amigo aparecería semanas más tarde, en el trabajo. Luna ya había renunciado a su máscara sumisa y callada, y había retornado a su personalidad habladora y extrovertida que siempre la había caracterizado. Intentaba destacarse en sus labores, corregía sus errores con tanta rapidez que nadie se enteraba de que era una imberbe y que, en muchas cosas, ella aún no tenía ni idea. Daniel Bensada era otro muchacho del barrio. Tenía el cabello rubio rapado

casi al cero, ojos demasiado azules para ser de aquella zona, y una nariz levemente desviada a la izquierda por una pelea de la adolescencia.

Ambos trabajaban juntos en la oficina, y las personalidades habían encajado como si se tratase de un velcro gigante. Entre tazas de café, tramos y horas frente al teclado se forjó una amistad prácticamente irrompible. Los amigos se convirtieron en su familia, pues la otra había dejado de existir. Era lo mejor para todos.

Daniel y Mateo congeniaron de inmediato, ambos eran fanáticos del mismo equipo de fútbol y no tardaron en reunirse para ver partidos clásicos y admirar los campeonatos actuales. Luna disfrutaba de aquel deporte y le sentaba bien la compañía.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le gritaba Daniel a la pantalla del televisor mientras el narrador hablaba tan rápido que hasta parecía que se le fueran a desatornillar las cuerdas vocales.

—Luna, ven a ver el partido con nosotros.

—Ni loca, ya lo veo desde aquí —respondía ella desde el comedor, estallando en carcajadas cuando empezaban a comportarse como gorilas. Gorilas que la protegían.

Estoy a salvo.

Los días transcurrieron sin mucha prisa, hasta que llegó el momento en el que las predicciones del casero se habían cumplido, las nubes tormentosas habían desaparecido y, en su lugar, le daban paso a un abrasador sol que parecía arrasar con todo lo que se le ponía enfrente. Para ese entonces ya había descubierto por qué su apartamento era más barato que el resto de los apartamentos del edificio e, incluso, del barrio. Las tuberías no estaban del todo funcionales, dejaban filtrar el agua que a veces era limpia y, otras veces, emanaba un hedor asqueroso. Había visto a una cucaracha pasar volando por el salón y había tenido que llamar a gritos a Mateo para que finiquitara al inmundo artrópodo.

Adaptarse a la vida en Colombia no fue tan difícil como al principio, se sentía libre, se deslizaba a través de las luces nocturnas y los aires ciudadanos mientras exploraba su nueva vida, mientras la disfrutaba, mientras reconocía que lo más justo y sensato que había hecho en su vida fue escapar de Madrid sin decirle a nadie su destino. De nada servía un adiós, era prolongar lo

inevitable, era atraer llantos y lamentos prematuros, era destrozar los corazones antes de tiempo. Nunca habría venido si le hubiese contado a alguien sobre sus planes. No tenía redes sociales, había desaparecido por completo de internet de una forma impoluta, sin dejar huella alguna, sin dejar *rastros* alguno que B. pudiera seguir hasta finalmente encontrarla.

Daniel Bensada vivía solo en la ciudad, aunque nunca se cansaba de hablar sobre lo maravillosas que eran las montañas de la cordillera, y alardeaba que tenía un hermano que vivía en una preciosa cabaña oculta entre ellas. No pasaron de ser más que alardeos hasta que, un día, los invitó a pasar el fin de semana en aquel recóndito lugar.

—¿Y llegaremos en helicóptero? —bromeó Luna sin que su cara se contaminara de expresión alguna, a veces era imposible deducir cuándo bromeaba y cuándo decía la verdad.

—No, mejor aún —agregó Mateo—, en un puto globo aerostático.

—¿Quieren ir o no?

—Sí, pero respóndeme primero.

—Usaré la camioneta de mi primo —dijo y luego miró a Luna—, así a la florecita no se le caerán los pétalos.

—No soy una flor delicada, tengo espinas —respondió ella antes de darle un fuerte codazo a Mateo.

—¡Y qué espinas!

Sabía que su apartamento iba a estar inhabitable si lo descuidaba por un par de días, podía imaginarse los charcos putrefactos que llegaban desde la cocina y empapaban la alfombra de la sala, podía imaginar las chispas siendo vomitadas del panel de fusibles, las cucarachas ocupando cada superficie disponible y volando a través de cada habitación. *¡Hostiaputajoder!*, gritaría ella mientras sacaba un lanzallamas de su bolso y se encargaba de quemar el edificio hasta los cimientos. Por suerte, Magda prometió pasarse cada día.

Buscó y rebuscó en su armario sin encontrar nada que le sirviera para pasar aquellos días en la montaña, aunque eso no era lo suficientemente relevante como para ser considerado un imprevisto

moderado, no tenía talento alguno combinando su ropa, y en las montañas no habría nadie para juzgarla.

Fue bueno abandonar la ciudad por primera vez en mucho tiempo, reemplazar los altísimos rascacielos por las puntiagudas montañas pobladas de selvas frondosas de color verde oscuro, nada parecido a lo que tenía en casa. Su *otra* casa. El viaje se hizo interminable para todos menos para ella, quien ya había tenido la experiencia de viajar por casi una semana sin descansar, casi sin rumbo, tomando rutas aleatorias, dejando el sueño, las duchas y el aseo personal como actividades de segunda, nada de prioridad.

Llegaron al atardecer a aquella cabaña agazapada entre la vegetación, construida enteramente en madera marrón que se tornaba verdosa por el musgo que crecía sobre ellas. Algunos podrían decir que parecía olvidada en el tiempo, pero Luna sabía que era exactamente lo opuesto, que la naturaleza se negaba a tragársela y, en su lugar, *coexistía* con ella. Algo que ya no se veía en el mundo moderno.

Un enorme perro blanco salió de un costado de la cabaña y corrió hacia el carro, ladrando. Luna soltó un grito antes de capturarlo nuevamente al llevarse las manos a la boca, todos voltearon a mirarla.

—Es Hichem —dijo Daniel, tranquilizándola—, el perro de mi hermano.

—¡Nos va a comer!

—Luna, está saludándonos —agregó Mateo—, ¿qué no ves que está moviendo la cola?

—¿Y?

—¿No sabes qué significa cuando mueven la cola?

—Yo qué voy a saber —sonrió levemente, un poco más tranquila—, si a mí me regalaron el graduado escolar.

—Ya nos habíamos dado cuenta —rio Daniel mientras abría la puerta del carro y le devolvía el saludo al perro, quien, a fin de cuentas, sí estaba muy contento por la visita.

Otro que también se veía contento era aquel hombre alto y fornido que bajaba los escalones de acceso a la cabaña. Luna casi queda boquiabierta al verlo, tenía los mismos ojos de su hermano, aunque éstos miraban de una forma mucho más alegre. Las cejas

pobladas hacían juego con su cabello alborotado, los mechones de cabello rubio le caían casi sobre las orejas y él los organizaba en su sitio con un solo movimiento de su mano. La piel aceitunada se encargaba de enmarcar sus ojos azules y sus labios increíblemente carnosos. Envolvió a su hermano en un abrazo y, por un segundo (o dos), Luna sintió envidia de Mateo. Bajó de la camioneta sin preocuparse por el perro, quien ahora la olfateaba con curiosidad.

—Ellos son mis amigos, los chicos de los que te hablé —le dijo Daniel a su hermano mientras los miraba a ambos, Mateo tomó la delantera y lo saludó con un abrazo demasiado fraternal, como si se conocieran de toda la vida. Luego todos los ojos se posaron en los de Luna.

—Soy Roi —mencionó aquel hombre que parecía sacado de una esas revistas exclusivas que abundaban en las salas VIP de los aeropuertos—, mucho gusto.

—Luna Belmonte, el gusto es mío —le ofreció una sonrisa con todos sus dientes, incluso aquel diente de la pala superior al que le faltaba un trozo y del que tanto se había avergonzado en el pasado. Sería un fin de semana intenso. Jamás pensó que volvería a sentir mariposas en el estómago.

CAPÍTULO 18

NARRADO POR ROI



Cuando mi hermano me avisó de que vendría a visitarme con unos amigos me alegré al saber que disfrutaría de su compañía. Me gustaba vivir recluido en la montaña, era feliz en mi propio mundo, ajeno al ruido de la ciudad, al turbulento despertar de rostros desconocidos deambulando por las calles, de la música que escapaba de cada rincón en una algarabía sin fin y de la delincuencia, sobre todo huía de ella. Desde aquella ocasión en que Daniel acabó metido en un trifurca callejera me dije que aquel no era el lugar en el que quería vivir.

Para mí la vida era el sonido del viento al silbar entre las hojas de los árboles, el canto de los pájaros, el ruido de algunos insectos al pulular por el aire y la paz que otorgaba las montañas. No era el único que pensaba así, tal vez sí era de las pocas personas que decidían alejarse del tumulto para tener una existencia tranquila, pero la belleza y la calma que ofrecían aquellas montañas eran un bien deseado por muchos. Supe aprovechar las oportunidades que se me brindaron al conocer aquellos parajes mejor que nadie, y dedicar mi vida a hacer de guía.

No podía quejarme, la vida me había tratado bien, no todos tiene la suerte de dedicarse a lo que de verdad le apasiona y yo lo hacía. No quería nada más, no me interesaba pedir más, me sentía afortunado. De vez en cuando visitaba a mi hermano en la ciudad, eran contadas las ocasiones, lo hacía cuando sus llamadas se hacían insistentes o necesitaba hacer algún trámite. Eran visitas destinadas a acabarse con brevedad, porque la montaña solía

llamarme en cuanto se alzaba a lo lejos y mi visión se entrecruzaba con ella.

Esas tierras eran mi único anhelo, hasta que vi a Luna aparecer junto a mi hermano y su amigo Mateo. No fue un amor a primera vista, no era la única mujer bonita que se cruzaba en mi camino. Lo que sentí en aquel instante solo podría catalogarse como la curiosidad que se despierta en un hombre que lleva mucho tiempo acostumbrado a ver en las personas solo un medio de vida. No podría precisar cuándo esa curiosidad se convirtió en intriga y de la intriga a saber con certeza que la necesitaba en mi día a día. Al punto de olvidarme de mis convicciones, de mi paz mental, de mi reclusión voluntaria de la humanidad. Tal vez fueron sus ojos... Ella decía que eran radioactivos, no pude darle la razón en eso.

La radiación causaba daño y ella llevaba escrito en su iris una clase de dolor que no era provocado por su persona. Era más profundo, como un secreto que te carcome las entrañas, que te corroe por dentro y no eres capaz de dejarlo ir. Me hubiera gustado ser tan perspicaz como para intuir lo que escondía en aquellos ojos que se convirtieron en parte de mí desde que los vi, pero no lo fui.

Me centré en envolverme en el hermoso misterio que la rodeaba como un aura que a pesar de perder el brillo se niega a desaparecer. Había tanta luz cubierta bajo aquella tristeza que me empeciné en descubrirlo porque era curioso por naturaleza. Y Luna se había convertido para mí en una nueva gruta entre las montañas, en un pasadizo por descubrir que te asombra y te eriza la piel; profunda, hermosa y sin saber qué peligros te esperan en su interior.

Ella era un riesgo que estaba dispuesto a correr, esa nueva excursión sin saber con exactitud el lugar en el que desembocarían mis pasos y me sentía ansioso por caminar entre sus recodos escondidos. Sin percatarme de ello acabó por ser esa expedición esperada, la definitiva, la que haces un proyecto de vida y no tardé demasiado en descubrirlo. No era tan necio como para negarme a los sentimientos que fue despertando en mí.

Quise amarla y que me amara, tal vez con ese egoísmo por ser correspondido, ya que una parte interna en mí me gritaba al oído que había algo más, que Luna no estaba preparada, que debía descubrir la gruta de sus secretos, internarme hasta el fondo y nadar

en las cálidas aguas que escondía. Silenció aquella voz y continué, porque la necesitaba, porque ya era parte de mi vida y no quería perderla.

Me repetí mil veces que no había nada de malo en ello porque lo único que deseaba era una felicidad compartida, una vida en común, un futuro donde al despertar viera sus ojos vacíos de tristeza e inundados de ese amor que estaba dispuesto a darle. ¿No era el amor la cura para todas las heridas? Tal vez estaba errado, pero nada me impediría intentarlo. Habría tiempo de descubrirlo, toda una vida con suerte... «o un lapso limitado», susurró aquella voz interior que me empeñaba en silenciar.

Sin importar lo que nos deparara el futuro me encontré envuelto en aquella caminata por el sendero de la vida. De esa vida que deseaba compartir con ella.

CAPÍTULO 19

ME MUERO POR TENER ALGO CONTIGO



Como pasa siempre que uno conoce a alguien deslumbrante, Luna se había llenado la cabeza de posibles defectos ocultos que debía tener aquel hombre que parecía bajado desde alguna nube, de ésas que el casero decía que chocaban con la cordillera. Debía ser tan perfecto como siniestro, seguro que guardaba algo oscuro detrás de sus ojos celestes. Tan iguales a los de B. y tan distintos a la vez.

Al principio no hablaron más allá del saludo cordial, no había necesidad de hablar más, de eso ella estaba completamente segura, para qué iban a hablar si naturalmente el tipo sabía lo guapo que era y debía tener el ego por las nubes, posiblemente ni siquiera se había fijado en ella como una mujer, debía ser un adorno más, como Mateo..., o..., o quizá era al revés, quizá hasta Mateo tendría más posibilidades de caerle bien, quizá le gustaban los hombres...

—Cállate de una vez por todas —le ordenó ella a su cerebro mientras se aseguraba de que nadie la había escuchado. De nada servía pensar y rumiar lo que no tenía razón de ser. Tuvo que aclarar la mente, comprender la situación. Estaba de vacaciones en las montañas con sus *nuevos* mejores amigos, había allí un hombre apuesto que era nada menos que el hermano de Daniel, sí..., sí...

Nada más.

La sorpresa se la llevó cuando inevitablemente empezaron a hablar con poco más, cuando le preguntó sobre cómo había dormido la noche anterior, o cuando se interesó sobre su acento europeo, cuando quiso saber más, y más, y un poquito más. Luna

intentaba maniobrar sus hormonas e impulsos mientras balanceaba su cordura en movimientos pendulares, asegurándose de no ir demasiado hacia allá, ni demasiado hacia acá, buscando las palabras claras, precisas y concretas, prohibiéndose hablar de más, como siempre lo hacía.

—Qué lindos ojos tienes, Luna —mencionó él mientras ambos estaban sentados en el sillón de la terraza, ella tenía la mirada clavada en las nubes horizontales del fondo, él la miraba desde el otro lado del sillón.

—Son radiactivos —le respondió al sacar sus gafas de sol, pues las nubes estaban a punto de moverse hacia un lado y no quería que el sol le lastimara la vista—, así que cuidado.

—La radiación no es algo que realmente me asuste.

—No es inteligente no temerle a algo solo porque no se puede ver.

—De algo hay que morir, ¿no? —se alzó de hombros y le dedicó una sonrisa, esta sí tenía todos los dientes completos—. ¿Por qué te fuiste de España?

El frío le recorrió la espalda baja y subió hasta su cabeza a través de la columna vertebral, erizando todos los diminutos vellos a su paso. Recordó todo lo vivido en un simple segundo, y hasta los elogios de Roi le parecieron los mismos que una vez le había dicho B.

—Por trabajo —dijo y se aclaró la garganta—, por eso estoy aquí.

—Creí que allá estaban mejor que acá.

—La crisis nunca terminó, sólo se..., amortiguó, se opacó un poco, pero ahí sigue.

—Las cosas en Colombia no están tan bien que digamos, la gente emigra hacia Europa, no al revés. Una vez leí que emigrar dentro de América era como cambiarse de camarote en el Titanic.

—Pues ésa es mi película favorita —volvió a sonreír, esta vez sintió cómo una nueva especie de electricidad empezaba a cargar el ambiente con rapidez, como si un nuevo campo magnético hubiese aparecido de la nada para envolver a ambas siluetas; ahora era una especie de juego sobre quién sacudía más el campo del otro.

La conversación se prolongó tanto como debía prolongarse, no se preocuparon por perder el tiempo hablando, incluso cuando las palabras se apagaban para darle paso a otras actividades de grupo, sentían que no habían terminado de hablar, seguramente ambos incluso habían soñado con la cara del otro, aunque no habían tenido la valentía de preguntarlo ni la osadía de admitirlo.

Quizá la cosa había quedado como un buen fin de semana, uno de pocos que había tenido ella en su vida, uno de éstos que le dejaban impresa una sonrisa en la cara que duraría varios días y que reaparecería de vez en cuando en forma de recuerdo. Roi era una persona interesante, mucho más interesante de lo que ella se había llegado a imaginar en un principio, siempre parecía tener algo en mente, algo oculto en sus labios que sólo necesitaba las señales correctas para poder liberarse y llegar hasta los oídos de Luna. Pero B. también parecía interesante al principio, y eso lo tenía muy presente.

Los siguientes días no los pasó en vela, pero soñó con él cada noche en una brumosa fantasía onírica que siempre se desvanecía cuando llegaba la mañana con su brillante resplandor, y cuando siempre aparecía la siniestra silueta de B. con aquel cuchillo que la arrancaban del sueño de un solo golpe y con mucha brusquedad. Había tenido una segunda oportunidad de ser feliz, debía aprovecharla, y ahora creía que lo era, ¡sí que lo creía!, a veces hasta se olvidaba de pensar en su vieja vida, pero ahora había algo nuevo que le robaba la calma, que le robaba el aliento de sus pulmones con un solo manotazo. La mente no era tan fácil de convencer, quizá si le ponía empeño...

Quería saber más sobre ese enigmático hombre que vivía en las montañas, pero no se sentía con la suficiente fuerza y confianza como para preguntarle a Daniel acerca de su hermano, no quería que sospechara nada, no quería que pensara cosas que no eran. Debía ser inteligente, y ya había demostrado que era una chica inteligente, por algo estaba en este país y no en el suyo.

Roi Bensada parecía ser todo un enigma, no tenía redes sociales a la vista, no veía nada relacionado a él cuando buscaba su nombre en Google. Se habían tomado unas cuantas fotografías con el móvil y ella no podía dejar de apreciarlas. Intentó distraerse con los

múltiples arreglos que debía hacerle al apartamento, con las deudas pendientes, con el trabajo acumulado, con todas esas cosas que le habían robado la calma poco antes de conocerlo, pero él era suficiente para eclipsar todo lo demás. Tan enigmático como B., ¿estaría cometiendo el mismo error de nuevo? ¿Acaso ese era su tipo de hombre?

Al poco tiempo se enteró de que Roi iría a visitar a Daniel unos días, y ella los aprovechó para, casual y cariñosamente, coincidir con las visitas. No fue descarada, se llevó a Mateo para que se entretuviera con Daniel mientras ella y Roi se encargaban de continuar con aquella conversación que se había pausado, más nunca acabado.

Hablaron de todo aquello que había quedado pendiente y añadieron nuevos tópicos a la charla, se perdieron en la calidez de sus propias voces mientras las mentes eran transportadas a través de una vertiginosa montaña rusa que siempre parecía que les iba a robar el aliento, pero que les dejaba algo de aire en los pulmones, lo suficiente para poder hablar un poco más..., sólo un *poquito* más. Como la conversación infinita con B., la que nunca debía acabar, pero acabó.

Al final el sol ya se había ido a dormir y ellos ni siquiera se habían dado cuenta, fue Mateo el que interrumpió la conversación para *sugerirle* a Luna que se fueran a casa, que ya estaba tarde, que Daniel ya estaba empezando a bostezar.

Luna lo dudó por unos segundos, no supo qué decir, lo más prudente era irse, pero...

—Podemos quedarnos charlando —aseguró Roi—, no pasa nada, no molestaremos a Daniel.

—¿Estás segura, Luna? —preguntó Mateo.

—Sí —mintió, estaba muy insegura, eran muchas emociones encontradas, pero..., pero sí, quería quedarse charlando con él, era lo que más deseaba en el mundo en aquel momento.

Salieron a caminar por la ciudad, por aquella urbe que nunca dormía y nunca moría, pasearon bajo las luces de neón que brillaban en las bombillas y repetían su acto en los reflejos de los charcos de las calles. Nunca dejaron de hablar, ni por un solo

minuto, la conversación no terminaba. A la primera salida le siguió la segunda, y luego la tercera, y la cuarta, y la quinta.

Sobra decir que eran un poco tímidos al principio, ¡sí que lo eran!, tímidos como dos niños pequeños que acaban de conocerse y eligen sus palabras con sumo cuidado para no molestar al otro. Ninguno quería pasar por imprudente, teniendo en cuenta que ambos venían de culturas diferentes y apenas estaban adaptándose a compartir con los demás, aunque cada vez sentían que tenían más cosas en común, era como si ya se conocieran de antes, como si se conocieran de toda la vida. Lo sabían, pero no lo decían en voz alta, se limitaban a suspirar profundo, a esperar que el otro también se diera cuenta de eso.

Roi decidió prolongar su estadía por más tiempo, un poquito más, otro poquito más. Seguramente le decía a Daniel que disfrutaba su tiempo en la ciudad, a pesar de que su hermano muy bien sabía que a él nunca le habían gustado las ciudades ni los pueblos cuyo número de habitantes superara los mil.

Daniel no era estúpido, sabía que algo sucedía entre su hermano y Luna, aunque nadie dijera nada y él tampoco se atrevía a preguntarlo. Vale aclarar que, al principio, sintió algo de celos por lo que sucedía, le costaba admitir que Luna era una chica muy hermosa y que a él le gustaría haber tomado la iniciativa tiempo atrás, de invitarla a un café y llevar la conversación un poquito más allá de la amistosa cordialidad de dos buenos amigos. Ya no había tiempo para eso, deseaba tener más suerte la próxima vez.

Lo siguiente sucedió demasiado rápido, era como si estuvieran destinados a encontrarse, como si sólo hubiera bastado un empujón para que todo se diera, para que los abrazos amistosos se transformaran en caricias, para que las palabras y suspiros se transformaran miradas. Poco a poco y paso a paso se acercaron más y más, tanto así que Roi Bensada pasaba más tiempo en la ciudad que en su cabaña en las montañas.

En cada encuentro Roi le regalaba una rosa, inicialmente ella había sentido algo de náuseas y hasta se ponía blanca cuando eso pasaba, culpaba a los mareos de su diabetes mal tratada, aunque bien sabía que lo que sentía no era producto de ningún desequilibrio entre los niveles de insulina y los de glucosa en sus venas.

Intentaba huir de cada beso y de cada acercamiento, porque así empezaba todo, y, ¿quién sabía cómo acabaría? Las flores le recordaban demasiado a su trágico pasado.

Asimilar los detalles fue muy difícil, incluso cuando era lo que más quería en el mundo, lo que más deseaba, lo que más anhelaba... Las flores le seguían pareciendo tétricas, espantosas, horrorosas, *peligrosas*. Los estambres y carpelos parecían espinas cargadas de veneno listas para inyectarle toxinas mortales en cuanto pinchara su piel con la punta de éstas. Logró disimularlo un tiempo después, a pesar de que el olor al dulce néctar le resultaba familiar al del vómito o al de una cañería averiada, pero..., pero Roi se veía tan *contento*, se veía tan lindo con aquella sonrisa coqueta y esos ojos llenos de luz...

De luz. No de oscuridad, como los de B.

No fue fácil superar la aparatosa fobia a los órganos sexuales de las plantas, a las coloridas hojas modificadas cuyo propósito era atraer polinizadores, pero que la humanidad las había aprendido a utilizar como detalles en la ornamentación y las relaciones románticas. De todas formas, era inevitable que aquello pasara: Luna dejó de temerles a las flores, pues siempre que se veían él le regalaba una. Había sido sin querer, no tenía la intención de encapricharse, no lo quería, ¡no lo quería!, ¿o sí lo quería? La última vez había resultado con el trágico desenlace en el que ella se exiliaba de su propio país. ¿Estaba dispuesta a correr el mismo riesgo?, ¿a correr la misma suerte? No lo sabía, tampoco lo sabían las estrellas a las que cada noche les hizo la misma pregunta. Quizá no había respuesta posible.

Roi era diferente a B., su actitud cariñosa no cambiaba con el tiempo atmosférico, ni con los ciclos lunares, ni con nada de aquellas cosas que ponían *inestable* a su viejo novio, tan *inestable* que había decidido nombrarlo sólo por la inicial de su primer nombre por el temor que le producía decir el nombre completo.

Su nuevo *amigo* no era tonto, sabía que ella ocultaba algo, algo grande, algo importante, quizá hasta algo *oscuro*, pero nada de eso lo detuvo, nada de eso lo desmotivó al momento de seguir construyendo con ella aquella bonita *relación* amistosa que a la que deseaba llamar algo *más* que eso. Una de esas tardes en las que

trajo jazmines, no pudo contenerse y la besó. Y ella, por más que quiso huir, se dejó besar, se dejó querer. Aunque después llegara a casa y llorase hasta deshidratarse. El día siguiente fue ella quien se forzó a besarle a él, no quería que el miedo la privase de lo que podía ser una bella historia de amor.

Todo se formalizó el día que Roi sacó su guitarra y comenzó a cantarle un bolero de esos que tanto le gustaban...

—*No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo, y es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo...*

Las cosas siguieron en el mismo ritmo rápido de antes, tan rápido que ella temía de una eventual evanescencia, un momento en el que todo se acabara, en el que los ojos dejaran de guiñarse, las pieles dejaran de acariciarse, las manos dejaran de tocarse y los labios dejaran de besarse. Siempre había considerado al tiempo como su peor enemigo, le había declarado la guerra mucho tiempo atrás, y ahora parecía que no habría una tregua para ninguno de los dos bandos.

Luna Belmonte siguió besando a Roi Bensada, y lo haría con muchas ganas hasta que se le gastaran los labios. No permitiría que el paso del tiempo le quitara lo que tanto le había costado conseguir, el sentimiento que tanto le había dolido dejar y que tanto le había dolido recuperar. Quizá todo esto era parte de un nuevo renacimiento, de una nueva *inocencia* que no perdería su sorpresa con tanta facilidad.

Es bien cierto que durante aquellas épocas Luna no sintió tristeza alguna, que las angustias latentes no eran lo suficientemente poderosas como para opacar cualquiera de los mil sentimientos que Roi le provocaba cuando se besaban. Supo que había cambiado.

Las cosas se dieron sin prisas y sin pausas, sin mucho afán, sin muchos apuros; dejaron que las cosas fluyeran orgánicamente como el agua de un arroyo, que el destino decidiera lo que quería hacer con ellos, que el futuro se abriera ante ellos como una flor en primavera.

En cierto momento Luna dejó su trabajo, dejó su casa y decidió irse a vivir con el montañero más apuesto y amable del mundo. Las

montañas forradas de verde le dieron una asombrosa y selvática bienvenida a la que sería su nueva vida, y no fue necesario una señal divina para que se diera cuenta que ésta sería mejor que todas las anteriores vidas que había tenido. No había lujos, claro que no, la cabaña era tal como la recordaba, quizá con un poco más de verde en las tejas y algunas nuevas plantas asomándose por la canaleta, pero en esencia se había mantenido congelada como en una fotografía.

Subieron las maletas hasta la entrada y descubrieron aquel acogedor interior en el que se había conocido y en donde había empezado la historia de amor más bonita e intensa del mundo.

CAPÍTULO 20

NARRADO POR ROI



*P*asar tiempo con Luna y conocerla se convirtió en el centro de mi rutina por más que me esforcé en disimular ante Daniel. Al principio lo hacía porque no estaba seguro de qué tan profunda podría ser la amistad entre mi hermano y ella. No quería ser el causante de romper algo que apenas comenzara a forjarse. Conocía bien a Daniel y veía la forma en que la miraba, con el interés genuino de un hombre que se plantea si sería posible convertir la amistad en algo más. Sin embargo, Luna no lo miraba de la misma forma, y tal vez fue el ego masculino que a veces emergía sin previo aviso, pero algo me decía que si daba el paso podría ser bien recibido.

A pesar de no gustarme pasar tiempo en la ciudad me sorprendí a mí mismo viajando más veces de lo acostumbrado. Me presentaba en casa de Daniel con cualquier excusa y buscaba la forma de que Luna también fuera invitada. «No hay nada de malo en querer pasar tiempo junto a los amigos», me decía como si fuera a mí a quien debía convencer.

La sonrisa traviesa de mi hermano cada vez que me veía era suficiente prueba para hacerme ver que no estaba siendo convincente. Estaba agradecido por ganarme la vida de guía y no necesitar la actuación, saber fingir no estaba entre mis mayores virtudes.

«¿Otra vez por aquí, Roi?», era la frase preferida de Daniel tras la tercera visita y las que continuaron, hasta que la relación entre Luna y yo se fue forjando poco a poco. Solía responder siempre con

la misma excusa, «¿qué hay de malo? Me gusta pasar tiempo con mis amigos». Si hubiera sabido que no resultaba muy convincente quizá habría optado por ser más directo y decirle a mi hermano el verdadero motivo de mis asiduas visitas.

Fui intentando todo para acercarme a ella, para intentar llegar a la cámara secreta en la que ocultaba sus secretos, porque me intrigaba todo de ella, desde sus ojos tan poco comunes, hasta el misterio que encerraba en cada una de sus palabras. Había un enigma, uno complicado de descifrar, de unir las señales y yo no era muy diestro con las personas. Aunque quería serlo con ella y no me rendí, porque incluso su acento europeo me llamaba a querer saber más, a acercarme en cada conversación un poquito... solo un poquito más.

Comencé a llevarle flores a cada encuentro y a pesar de su sonrisa ella palidecía, siempre mencionaba que era debido a su enfermedad y la creí a pesar de que en cada intento que hacía por rozar su brazo, su hombro, su mano... Luna retrocedía como si un metal ardiente la estuviera amenazando. Había muchas pistas para descifrar el secreto, pero yo era solo un hombre enamorado, cegado por la magia de aquella extranjera que me mantenía atado a sus sonrisas, a sus miradas y a su compañía.

Continué insistiendo porque a pesar de sus intentos por evitar un primer beso había algo que me decía que Luna solo tenía miedo, y que ese miedo era cuestión de tiempo y paciencia para que pudiera borrarlo.

Quizá el día en que todo cambió y en el que Luna comenzó a florecer fue la tarde en que le llevé jazmines. No sé si fue la forma en que ella me miró, o si imaginé en sus ojos el mismo anhelo que yo sentía. La besé con cada parte de mí, entregándole todo en aquel beso porque así lo sentía. Quería que ella formara parte de mi vida y necesitaba demostrarlo más allá de las palabras. Por unos instantes llegué a pensar que me rechazaría, que recibiría un bofetón de su parte y todo acabaría. La sola idea casi me hizo apartarme y pedir disculpas, pero cuando sentí su cuerpo perderse entre mis brazos y entregarse al beso supe que todo estaría bien. Y lo estuvo.

La relación continuó en un tira y afloja de besos, caricias robadas cuando nadie miraba, susurros a escondidas y salidas con amigos. Yo quería más, necesitaba más, la necesitaba a ella. A aquella amistad hecha mucho más que eso solo hacía falta ponerle un nombre, y se lo dimos el día en que la sorprendí tocando la guitarra y cantándole un bolero. Sabía que a ella le gustaban y yo no dudé un segundo en usar cualquier arma que pusiera en mis manos para atraerla hacia mí. Con ese Bolero, Luna y yo formalizamos la relación, entre acordes de guitarra y palabras entonadas, ella abrió su corazón un poco más para unirlo a mío que ya se encontraba expuesto.

Fuimos felices, tan felices que el tiempo pasaba y yo solo quería verla más, estar más tiempo junto a ella, tenerla cada mañana y sobre todo en mis noches... La extrañaba tanto en las noches. Al año de estar juntos le pedí que viniera a vivir conmigo, y aceptó. Veía un futuro juntos, me veía a su lado. Lo que nunca vi fue que incluso en aquella mágica irrealidad que habíamos creado, el secreto que ocultaban sus ojos seguía latente y que tarde o temprano terminaría por salir a la luz.

CAPÍTULO 21

COMPLICIDAD



Fue difícil acostumbrarse a vivir sin estaciones, sentía como si el tiempo no pasara. Era raro, sí, pero le gustaba, le gustaba muchísimo. Le tenía miedo al tiempo, era uno de sus peores enemigos, y aquí sentía que lo había vencido de una vez por todas, que lo había congelado en un momento maravilloso. Ni siquiera se molestó en contar los meses ni las semanas, dejó que la vida pasara bajo el ritmo de las lunas y los soles, que el amor creciera cada día y no envejeciera, que las hojas cayeran de los árboles y fueran inmediatamente reemplazadas por unas más jóvenes y verdes.

La felicidad los envolvió y los protegió del avance de las agujas del reloj, ambos eran felices en aquella vida simple, no necesitaban lujos ni excentricidades para llenar el alma, pues sólo bastaba con la compañía del otro y la vista de las majestuosas montañas para sentirse eternamente jóvenes.

El sol les sonreía cada mañana y la luna los acariciaba cada noche, mientras que las sábanas se revolvían con una pasión propia de dos personas que se aman con toda el alma. Nunca se aburrieron de la rutina, nunca se acostumbraron a ella, se abrazaban con constancia y se besaban con frecuencia.

Los recuerdos fueron quedando en los registros fotográficos y en sus memorias, las largas caminatas por el bosque, las tardes de domingo en las que no salían de la cama, el frescor de la mañana con el viento de las montañas, el olor de la tierra empapada por las lluvias de mayo. Acumulaban los recuerdos como cartas de naipes y

construían castillos e imperios completos con ellas. Imperios que ni el más despiadado y poderoso de los huracanes hubiera podido destruir.

Cinco años pasaron casi sin notarse, sin dar aviso, sin hacer escándalo alguno. Luna Belmonte no tuvo la necesidad de contar las navidades ni las nocheviejas, ¡no hacía falta!, no necesitaba nada de eso en las montañas, no necesitaba nada de eso al lado de Roi Bensada. El amor parecía crecer aún más cada día, incluso cuando podría decirse que ya era físicamente imposible amarse más de lo que ellos lo hacían, pero ambos se encargaban de romper ese límite con cada beso que se daban. El cariño no se oxidó, no se fermentó, los besos no se volvieron asfixiantes, el amor no se volvió tóxico. La intuición de Luna no le había mentido cuando le prometió que esa sería la historia de amor más bonita del mundo; ella se encargaría de hacerla realidad.

Vivían en alguna especie de cuento de hadas, en una burbuja perfecta que no necesitaba ninguna influencia del exterior, como un paraíso agazapado al interior de una bola de cristal que sólo se puede admirar desde afuera. Los días eran muy brillantes, el sol bañaba cada superficie con un resplandor anaranjado que, a pesar de ser propio del arrebol del atardecer, se mantenía constante en cada momento del día, que se asentaba en cada rincón para llenar de brillo y vida hasta los objetos que originalmente eran inanimados.

Luna Belmonte siempre gozó de una excelentísima salud, nunca le pasaba más que un pequeño resfriado o un levísimo mareo, por lo que fue una relativa sorpresa cuando un repentino, absurdo y relativamente inédito malestar interrumpió entre ella y su tranquila rutina.

—Estoy algo indispuesta —respondió ella cuando Roi le preguntó qué le pasaba, era capaz de leer su estado incluso antes de que ella abriera la boca, era evidente que estaban conectados por una fuerza que iba más allá de todos los fenómenos naturales reportados por la ciencia.

—¿Indispuesta? —alzó una ceja mientras se acercaba a ella y la rodeaba en sus brazos, inmediatamente se sintió mucho mejor, aunque el malestar no desapareció del todo— ¿Será la diabetes?

—No, no, claro que no.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he medicado esta mañana.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Ha de ser alguna gripe, quizá un resfriado.

—O un malestar tropical y montañoso —sonrió él y ella lo besó en los labios, atrapando entre ambas bocas la última sílaba de lo que decía.

—Iré a hacerte un té verde, vas a ver cómo te sientes mejor. Tengo una receta que lo arregla todo.

—¿Todo?

—Sí, resuelve todos tus problemas.

—No creo que funcione mejor que tus besos.

—Habrá que intentar una combinación de todos los métodos disponibles.

Lo intentaron, pero los síntomas no se fueron con los días y tampoco cedieron su intensidad ante los remedios que amorosamente le preparaba Roi. Quizá el malestar se iba durante un día, pero regresaba esa noche o al día siguiente para recordarle que algo andaba mal con su cuerpo, que algo extraño estaba pasándole.

Y sí que le pasaba algo, lo notaba todo el tiempo, lo notaba en cada momento, aunque no dejaba que las sensaciones se interpusieran entre ella y su felicidad, sabía que ni un furiosísimo huracán sería suficiente para arrancarle todo lo que había conseguido, todo lo que había logrado, todo lo que el destino le había regalado.

Fue después cuando empezó a notar que no sólo sus sentidos se estaban volviendo locos, sino que también sus hormonas habían decidido unirse a la juerga, pues el cosquilleo en todo el cuerpo no disminuía, el hambre aumentaba y su menstruación la había abandonado cuando se suponía que debía aparecer.

Al principio no lo quiso creer, ni siquiera quería contemplar la posibilidad que amenazaba con pasearse por su mente, no..., no podía ser..., no *podía ser*. Pero sí que podía, y eso lo confirmó cuando dejó a un lado los remedios caseros y decidió acudir a la pequeña clínica del pueblo, en donde le confirmaron que había una nueva vida gestándose en su interior.

No sabía cómo tomarlo, ¡no sabía!, sentía que no estaba lista, que aún no era tiempo, aún no era el momento. Había sobrevivido todo este tiempo porque sólo tenía que encargarse de su propio pellejo, pero ahora..., ahora dos..., no lo conseguiría.

¿Qué?, ¿qué es lo que no conseguiría?, ¿estar a salvo, ser feliz?, ambas cosas se habían cumplido contra viento y marea, se habían cumplido gracias a la presencia de Roi, quien iba a ser, también, el padre de la criatura.

—Estoy a salvo —se repitió otra vez, el mantra siempre funcionaba—, ya estoy a salvo.

Y estaba a salvo, lo supo cuando le contó la noticia a Roi y, en lugar de asustarse o mostrar algún signo de duda en su mirada, se puso mucho más feliz de lo que siempre estaba. ¡Papá, papá, papá!, ¡Roi por fin iba a ser papá! Sintió una cálida sensación cuando él no dudó en compartir aquella gloria que significaba para él el hecho de ser parte.

Luna se hizo a la idea, sí, eso fue lo que hizo, supo que sería madre y lo aceptó con el mismo orgullo con el que Roi lo hacía. Miró hacia atrás, hacia sus recuerdos. Los días oscuros habían quedado atrás, eso lo sabía muy bien, pero sentía la inmensa necesidad de contarle a su novio por todo lo que había pasado.

Esa necesidad volvió a materializarse esa noche cuando, en la cama, Roi hizo lo que antes había preferido no hacer: le preguntó sobre su vida. Luna rompió a llorar, no iba a ocultarle nada, le contó todo, absolutamente todo.

Eran más de las tres de la mañana cuando, entre los ríos que fluían de sus ojos, las últimas palabras del desgarrador relato se despedían de sus labios. Su boca no se quedó vacía, pues Roi la llenó de unos besos que se encargaron de devolverle el alma y toda la energía que había desparramado en aquel desvelo.

—¿No extrañas a tu familia? —preguntó él.

—Los extraño cada día que pasa, no sabes cuánto lo hago. ¿Estás enfadado por haberte mentido todos estos años?

—Estabas sobreviviendo, mi amor.

Él la miró por unos segundos, meditaba, planeaba decir algo, pero parecía arrepentirse en el último momento, justo cuando las

palabras se preparaban para deslizarse por su lengua. Finalmente lo hizo.

—Iremos a Madrid. Se acabó vivir con miedo.

CAPÍTULO 22

NARRADO POR ROI



Un lugar apartado en las montañas junto a la compañía que deseas se puede convertir en un idílico sueño, aunque como todas las ensoñaciones llegan un momento que finalizan con un suave parpadeo, con la luz entrando por las rendijas que deja las cortinas, con un bostezo y con la paz que te otorga un buen descanso. Deseamos que nuestra vida sea un sueño que se hace realidad, vivir en esa ilusión continua, pero nos olvidamos que las pesadillas también forman parte de los sueños, y que no todos los despertares son igual de pacíficos. Los hay de esos que te dejan el corazón envuelto en frío y moribundo, o con una quemazón en pecho que te impide respirar, con las lágrimas abriéndose paso entre los párpados porque las imágenes que viste son tan desgarradoras que te sientes morir.

Para mi suerte la vida con Luna se había convertido en un sueño maravilloso, de los que no se quiere despertar y yo era muy afortunado, porque cuando el cansancio me vencía en la noche y el amanecer llegaba allí estaba ella, siempre a mi lado. Alegrándome con el calor que desprendía su cuerpo y amor que brotaba de su mirada.

Porque algo tan simple como un «quieres café» y un «si me acompañas» era una rutina a la que me gustó acostumbrarme. Con Luna era fácil, todo lo era porque era sencillo quererla y saberse correspondido. Ella gritaba sus sentimientos con el cuerpo, con la mirada, con sus palabras, con sus actos y cada día que pasaba su sonrisa se alargaba más. Cada vez eran más y más duraderas.

Pese a eso, para alguien que no la conociera tanto, obviaría el dolor que continuaba oculto bajo esa capa de alegría que en ocasiones se deformaba como a una máscara plastificada que tiras sobre el fuego. De la misma forma en que ese objeto se retorció podía ver en ella ese algo que parecía querer salir y regresaba a esconderse. Porque mi Luna vivía con un miedo que yo no comprendía porque se negaba a hacerme partícipe de ello.

A veces era tan cercana como su cabello al rozarme en las noches, y otras parecía tan lejana y ausente como el mismo astro que se coronaba en la noche y lleva su nombre. Eran tan pocos esos instantes en los que ella deambulaba en sus pensamientos y no dejaba entrar a nadie, que siempre me dije que había tiempo, que ya llegaría el momento en que decidiera hablar, pero los meses transcurrían y con ellos Luna comenzó a verse más feliz que nunca. Y los malos recuerdos desaparecieron de forma aparente y, al desvanecerse, me dediqué a ser feliz y a hacerla feliz. Porque ya no había nada de qué preocuparse, porque bajo aquel techo, en aquellos parajes, todo era tranquilidad. El amor en lugar de disminuir crecía y con ello la confianza, la mía en ella, la suya pensaba que también.

El tiempo que más rápido transcurre es en el que eres dichoso y nosotros lo éramos. Antes de que nos diéramos cuenta habían pasado cinco años y yo continuaba despertándome enamorado de la mujer que dormía en una cama que fue mía y se había convertido en nuestra. ¿Acaso podría ser más feliz? Podía. Cómo no serlo cuando te dicen que vas a ser padre junto a la persona con la que te ves envejeciendo.

Casi daba saltos por la casa, enloquecido de alegría mientras ella, por unos instantes, me miraba con miedo y a la vez directo, como si quisiera leer en cada una de mis reacciones los pensamientos que tenía. Temblaba y, aunque intentó disimular, la comisura de sus labios vibraba en un intento por sonreír. Hasta que todo cambió, hasta que encontró ese algo que buscaba en mis gestos o en mis ojos, y regresó a ser la misma Luna de siempre. La que yo conocía, la que yo amaba, pero las noticias nunca suelen llegar solas y ella guardaba un secreto que deseaba explotar con la

misma intensidad que un volcán emite sus fumarolas antes de la erupción.

Cinco años tardó en confiarme su historia, pero lo hizo y me sentí honrado porque sabía que era a la única persona a la que se la había contado desde que huyó. También creí erróneamente que al desahogarse desaparecía la tristeza en ella, pero cómo podía pedir eso cuando ni yo que no lo había vivido lograba contener las lágrimas al escucharla. ¿Qué clase de persona podría atreverse a dañarla de esa forma? ¿Cómo podía existir gente así?

Fue en ese momento en el que tomé una decisión, yo no podía regresar el tiempo y evitarle su pasado, tampoco parecía ser suficiente para reconstruir los pedazos de un corazón que eran polvo en el viento. Por más que supiera con certeza que con esas partículas que quedaban vivas y pululando en el aire ella me quería, por más que lo demostrara a diario, algo continuaba estando mal.

Luna me otorgó su confianza y yo debía ser digno de ella, demostrarle que no era en vano su sacrificio al exponerse, que podía contar conmigo. Ya no estaba sola y no lo estaría nunca. Me tenía a mí y también tenía una familia a la que abandonó por culpa del terror que alguien sin escrúpulos le había inculcado.

Las personas con miedo no razonan con claridad, no miden sus actos, no controlan sus acciones porque actúan por el impulso de salvarse o de salvar a otros. Aunque ese impulso por sobrevivir la llevara a mis brazos y me hiciera afortunado, ella merecía regresar a sus raíces, ver a su familia, decirles que estaba a salvo y no solo decirlo, también sentirlo. Quería ser ese héroe que la ayudara a redescubrir la felicidad, a quererse, a no tener miedo nunca más, a renacer..., pero los héroes no siempre son los que quieren serlo y no tardé en descubrirlo.

Hay personas que necesitan salvarse solas porque tan solo ellos son capaces de encontrar el orden de las piezas que se rompieron en su interior. Luna era una de ellas, o tal vez todavía quedaban trozos por destruir antes de poder salvar los escombros. O quizá me engañaba al pensar que podía ser salvada.

CAPÍTULO 23

VOLVER CON LA FRENTE MARCHITA



Fue Roi quien tomó la decisión de costear todo el viaje, no vivían con lujos, pero él acumulaba una buena cifra de ahorros en su cuenta bancaria y sería suficiente para aquellos dos asientos directos a Madrid.

Ella se negó al principio, no quería..., no *podía*. Ella se había ido con la promesa de no volver jamás, de estar a salvo, podía perderlo todo en un solo impulso. Le había contado todo a Roi, sí, pero él no entendía completamente, no asimilaba la maldad, nunca lo haría, era necesario que viviera lo que ella había vivido para poder hacerse una idea más o menos cercana a lo que pasaba por su cabeza, con todas esas emociones encontradas, con tantos sentimientos juntos, con tantas preocupaciones y angustias condensadas en una masa viscosa y purulenta. ¿Y si B. seguía por allí?, ¿y si cumplía la promesa de matar a Víctor?

Estaba cometiendo un gravísimo error al destrozar todas y cada una de las promesas que se había hecho a sí misma al llegar a este país. Estaba regresando al viejo mundo, estaba regresando a la vieja vida que tanto la había hecho sufrir. Había muerto por dentro en aquellos fríos inviernos de su corazón, había llegado a este país y Roi se había encargado de que su interior volviera a florecer, ahora gozaba de una primavera tan perpetua como la sal del mar. Sentía que regresar a España representaba el inicio de un nuevo otoño, uno sin frutos, uno sin brisas, un otoño que fácilmente podría confundirse con un invierno sin nieve, o con un infierno sin fuego.

Con una sensación extraña y enajenada hizo sus maletas, se miró al espejo varias veces, había cambiado mucho, ahora sonreía, ahora sus mejillas tenían algo de color, ahora sus ojos irradiaban más luz que la que alguna vez había irradiado el mismísimo sol. De todas formas, en el fondo pensaba que esa no era ella, que era sólo un espejo, que si iluminaba tanto era porque reflejaba el brillo de Roi, porque se inspiraba en él para ser feliz. Porque era feliz gracias a él.

Sintió que el corazón se le detuvo cuando por la ventanilla divisó las planicies de colores cálidos y áridos propios de aquella región en la que había crecido y de la que, tiempo atrás, estaba segura de que no volvería a ver. Contrastaba con los paisajes húmedos e infinitamente verdes del país del que venía, por lo que las emociones brotaron por sus poros e inundaron cada centímetro cúbico del avión.

—Todo estará bien —dijo Roi mientras la tomaba de la mano y le daba un beso en la mejilla. Volvía, volvía, ¡volvía! Estaba regresando después de tanto, ¡tanto tiempo! No sabía con qué se iba a encontrar.

Roi había sido el que se contactó con su familia, el que le dijo que todo estaba bien, que *ella* estaba bien y que irían a visitarlos. Luna no había tenido las agallas para hacerlo, las agallas para enfrentar a su familia, para darles la cara. No quiso preguntarle a su novio por la respuesta que habían dado sus padres, si acaso sonaban tristes o emocionados, o furiosos, sí, quizá estaban furiosos.

—Se llevaron una gran sorpresa —había dicho él—, al principio creyeron que era una estafa o una broma de mal gusto, pero..., pero les conté *casi todo* y al final me creyeron. No fue algo muy cómodo de hablar, te lo digo otra vez: se llevaron una gran sorpresa.

El avión besó el suelo y al poco tiempo ambos caminaban por aquel enorme e imponente aeropuerto internacional de Barajas en donde miles de personas se iban y miles de personas llegaban. Se sentía como en un sueño, y su corazón dio un vuelco cuando vio a su madre y a su hermano esperándola afuera. Su padre no estaba allí; nunca estaría allí. Había fallecido por culpa de una depresión autodestructiva.

El encuentro fue más que emotivo, fue hasta un poco desgarrador, aquellas lágrimas y aquellos intensos llantos bien podían ser confundidos con un luto, porque parecían más de funeral que de reencuentro. Luna supo que la habían dado por muerta, quizá para ellos era como haber visto un fantasma. Quizá ya estaba muerta, pues sólo un muerto podía tomar la estúpida decisión de regresar al lugar del que años atrás había huido despavorida.

—Ese nombre no suena muy colombiano —murmuró Víctor, sin dejar de fulminar con la mirada a Roi, quien sorprendentemente se mantenía firme en su sitio, pues ya estaba esperando una situación como ésta. Estaban dispuestos alrededor de la mesa, las lágrimas a veces volvían a fluir, aunque el choque inicial ya había culminado.

—Tengo ascendencia estadounidense.

—Ah, entonces no eres latinoamericano del todo, eres mitad *yankee*.

—Sí, en parte.

—¿Y qué hay de su familia?

—Mis padres viven en su pueblo, mi hermano vive en la capital y yo vivo en la cordillera de los andes, con Luna.

—¿Solos?

—Por supuesto que vivimos solos —interfirió Luna y luego bebió vino para ahogar sus propias palabras, su hermano tenía una mirada asesina y rencorosa, quizá quería asegurarse de que ese tal Roi Bensada no fuera más que una versión más exótica e internacional del infame B. Morata.

—Es un sitio seguro —agregó Roi—, y tiene unas vistas preciosas. Llevamos una vida muy tranquila.

—No conozco tu concepto de tranquilidad, pero conozco el de Luna y paradójicamente me deja intranquilo.

Luna se aclaró la garganta, sentía la implacable necesidad de salvar la situación, aunque no veía cómo.

—¿El niño nacerá allá, en las montañas? —preguntó la madre mientras tomaba un cuchillo para cortar la carne de su plato.

—Claro que no, mamá. Nacerá en un hospital como de costumbre, con todos los cuidados que llegue a necesitar.

—¿Y quién se hará cargo de él?

—Nosotros —afirmó Roi.

—Pero..., ¿qué hay del trabajo?

—Allá también hay bajas de maternidad, incluso de paternidad. Nos haremos cargo de él.

—¿No tenéis más amigos o conocidos?, ¿alguien que viva cerca?, uno nunca sabe qué puede pasar, alguna emergencia o algo.

—No se preocupe, señora Belmonte, estaremos completamente fuera de peligro. Tengo un buen trabajo como guía en las montañas y buenos ahorros. No hay mucha gente viviendo en nuestra zona.

—Ah, ¿sí? —murmuró el hermano, Luna intentó sostenerle la mirada para darle a entender que estaba a punto de arruinar la cena.

—Sí —siguió Luna—, completamente fuera de peligro, y estamos a *salvo*.

—Como dije antes, es difícil entender la veracidad de lo que dices cuando las palabras vienen de tu boca.

—Víctor, por favor —dijo la madre—, sólo comamos, ¿sí?, las patatas con berenjenas las preparé con mucho amor, y hace mucho no las hacía...

—¿Desde hace cuánto no las preparabas, mamá? —quiso saber Luna.

—Desde..., desde que...

—Desde que tú te fuiste —completó Víctor, sin piedad alguna—, y no las preparamos en el funeral de nuestro padre porque no queríamos anexarlas con un mal recuerdo. Podría decirse que nunca hemos vuelto a ser felices.

—Pero..., pero ahora estás de vuelta —sonrió la madre, sus labios temblaban, era imposible describir el tipo de luz que emanaban sus ojos.

—Sí, mamá, estoy de vuelta —tomó la mano de Roi—, y me alegra mucho que puedas saber que fui feliz, y que soy feliz.

—Me alegra saber que habéis estado tan contentos, ojalá nosotros pudiéramos decir lo mismo. Los días no han sido más que grises.

—¿No han pensado en reabrir la floristería? —preguntó Roi, y fue el peor error que pudo cometer esa noche.

—Espero que sea un chiste —se molestó Víctor.

—Son..., son cosas del pasado —murmuró la madre, seguía en su infinito intento de arreglar la cena que cada vez empezaba a tornarse más amarga.

—Mamá, es una tradición.

—Luna —cortó el hermano—, la tradición familiar se acabó, así como se acabó también esta familia el día que te marchaste.

—¡Víctor! —lo regañó la madre—, por favor, no digas esas cosas. ¿Podemos tener una cena tranquila, por favor?

—Siento todo el dolor que os causé, de verdad...

—¿Lo sientes? —ladró su hermano, bajo la piel del cuello se marcaron las venas—, ¿de verdad lo sientes? Lo dudo, lo dudo muchísimo, hermanita. Es muy tarde para sentirlo, tuviste seis años, Luna, seis putos años para llamarnos, para enviarnos un mensaje, para enviarnos un jodido telegrama que no te costaría nada comparado con lo que nos ahorrarías a nosotros, ¡con lo que me ahorrarías a mí!

—Tú no sabes por qué lo hice —empezó a sollozar—, no puedes..., no puedes saberlo.

—Claro que lo sé, Luna, no soy estúpido.

—¡Pues yo tampoco soy estúpida, y esto no es sólo sobre ti!

—Te contaré algo, querido Roi —dijo Víctor, apoyándose sobre la mesa e inclinando su cuerpo hacia el novio de Luna—. No sé qué te habrá dicho Luna, pero ella es especialista en ocultar la verdad, en retorcerla, en...

—Conozco a Luna, no tiene ninguna necesidad de decirme nada, yo sé quién es y quién no es.

—Ah, sí, todos conocen a Luna, todos *creen* conocer a Luna. Ni siquiera la conocíamos nosotros, que vivimos bajo el mismo techo por casi dos décadas, por lo que tengo la completa certeza de que tú tampoco la vas a conocer en poco más de un lustro.

—¡Víctor, para ya! —chilló Luna, Roi la tomó del brazo.

—Luna se enrolló con el imbécil de Morata y dejó que él hiciera lo que quisiese con ella, se dejaba convencer con cada patética muestra de afecto, como si aquí en casa no la hubiéramos tratado con el respeto que realmente se merecía. Al final, la señorita se dio cuenta de que estaba con un pedazo de basura humana y decidió hacer algo al respecto, pero..., ¿sabes qué hizo?, ¿ir a la policía?,

no, no lo hizo, ¿pedirnos ayuda a nosotros?, no, tampoco. Prefirió deshacerse de su familia, perderse del mapa y desaparecer por completo.

—Nos vamos —le dijo Roi a Luna, quien apenas podía respirar por encima del propio llanto, la madre también lloraba, pero ella lo hacía en silencio. Seguramente estaba de acuerdo con todo lo que decía su hijo, pero no contaba con la valentía ni con el corazón suficiente como para decírselo a Luna en la cara—, todo eso ya lo sabía, Luna me lo contó todo.

—Ah, ahora permíteme contarte todo lo que ella nunca supo, ¿sí?, vuelve a sentarte, Roi, te prometo que la historia es muy entretenida, te juro que no te vas a aburrir.

—Víctor, detente, ya no más, por favor.

—Tú también siéntate, Luna, que esto tampoco lo sabes —se aclaró la garganta—. La primera noche del día en que Luna desapareció, *el imbécil* tuvo la osadía de presentarse en nuestra puerta, estaba como loco, gritaba, tuvimos que llamar a la policía y él se fue antes de que llegaran, desafortunadamente.

—Creo que..., creo que ya es suficiente —susurró la madre con un hilillo de voz, poniendo el tenedor en su plato y preparándose para recoger aquel manjar que nadie había podido acabar.

—Luna, vámonos —insistió Roi.

—Esperad, esperad, que aún no he contado nada. Dejamos de recibir noticias de Luna, pero no nos pareció extraño hasta una semana después de que se fuese. Qué curioso, ¿no?, ya era habitual que ella dejara de hablarnos por largos periodos de tiempo. En fin, quisimos hablar con ella y yo mismo fui hasta la casa del imbécil, toqué el timbre hasta que algún vecino llamó a la policía, y les conté lo que pasaba. Tres días, tres malditos días se tardaron en conseguir una orden de allanamiento. No encontraron nada en aquella casa, no había rastros del imbécil ni de mi hermana. Ahí fue cuando comenzó el infierno...

—¡Ya no más, por favor! —gritó Luna con todas sus fuerzas, Roi nunca la había visto tan alterada.

—Vámonos, mi vida —le dijo él mientras le ayudaba a ponerse de pie.

—¿Escaparás otra vez? —atacó Víctor.

—Ya es suficiente, déjala en paz —ordenó la madre.

Los dos jóvenes amantes agarraron sus cosas con mucha prisa, agradeciéndose a sí mismos por no haber desempacado antes de la cena. Pidieron un taxi hacia algún lugar aleatorio de la ciudad y luego caminaron sin rumbo arrastrando sus maletas, hasta que eligieron un hotel para quedarse. Esa noche no hablaron del tema, la herida estaba demasiado abierta y sensible como para pretender acercarse un poquito a ella.

Las conversaciones volvieron a entablarse unos cuantos días después, en los que, de muy mala gana, Víctor se disculpó por el *incidente* y les prometió que no habría más inconvenientes en el futuro. Regresaron a la casa de los padres de Luna e intentaron reconstruir la tela de araña que un huracán había destrozado seis años atrás.

Fueron juntos a visitar la tumba de su padre en el cementerio, parecía una pesadilla que no necesitaba de monstruos horrorosos ni espectros espantosos para quitarle el aliento al que las sueña. Caminaron los cuatro por aquel camposanto bajo la consoladora caricia del sol, aunque ni aquella caricia cósmica fue suficiente para evitar que las almas se rompieran. El aire escapó de los pulmones de Luna como si le hubiesen dado un puñetazo, cayó de rodillas al suelo cuando vio el nombre de su padre escrito en una lápida de mármol junto a la de los abuelos, con la fecha de nacimiento del siglo pasado y la fecha de partida de hace un par de años. Los suspiros se transformaron en leves gemidos, y esos gemidos se deformaron en un llanto desgarrador, y ese llanto se convirtió en una serie de gritos y alaridos que salían de su pecho sin nada que pudiera hacer para detenerlos. Lloró y lloró ante aquella tumba gris rodeada de flores, unas marchitas y otras más nuevas, pero flores que ya habían sido cortadas del tallo y que pronto estarían tan muertas como su padre.

Recordó todos los momentos hermosos que habían tenido, lo recordó con muchísimo cariño, lo extrañó por cada momento. Extrañó cuando la despertaba todos los días llevándole un zumo de naranja a la cama, lo había hecho desde que era una niña hasta el día en el que ella se había ido de casa para vivir con B. Recordó

todos los planes que tenían para el futuro, todo lo que se habían prometido, todo lo que habían soñado.

Él se había ido creyendo que ella había muerto, había partido con la certeza de que se encontraría a su niña en el cielo, pero no lo haría, al menos no por ahora, y pensar que su padre se había quedado solo en aquel otro mundo le rompía cada molécula de su alma, le hacía desear estar muerta, le hacía desear haber muerto años atrás. Al menos las cosas hubieran sido más fáciles.

Cuando creyó que había terminado, que de su pecho había salido hasta el último lamento, se volvió hacia su familia y los vio envueltos en lágrimas, ellos ya habían superado el duelo y ahora las heridas volvían a abrirse, a descoserse, a sangrar. Su madre se veía tan cansada, se veía tan *triste*... No podía imaginar cómo de difíciles habían sido los días siguientes a la muerte de su padre, cuando ellos creían que la habían perdido a ella y a él, cuando habían creído que estaban solos en el mundo. Ahora ella había vuelto, pero sentía que no era suficiente, nunca estarían completos si no estaba aquí su padre para sonreírles, para decirles que la tormenta no duraba eternamente, para asegurarles que siempre había algo de calma al final, por más fuerte que sea el huracán.

Corrió a abrazarlos, los tres se envolvieron en los brazos del otro, dejaron que las lágrimas se mezclaran, que los lamentos se combinaran en uno solo, que aquella *tristeza* saltara de cuerpo en cuerpo como debía haber sido desde el principio. Roi los miraba a unos cuantos metros de distancia, sus ojos también lloraban, pero no se atrevía a interrumpir un momento tan personal y desgarrador como ése. Quiso unirse al abrazo, pero no lo hizo.

CAPÍTULO 24

LA REALIDAD QUE MORDIÓ SIN AVISAR



Muchos de los amigos y viejos conocidos de Luna se habían ido de la ciudad, habían seguido su propio camino bajo la idea de que ella estaba muerta y enterrada en algún sitio desconocido, habían aprendido a vivir sin ella, la habían olvidado y habían seguido la carta de sus propios destinos. Fue toda una casualidad saber que Eva aún seguía en la ciudad, Víctor le había hecho el favor de ponerle en contacto con ella, y al parecer había hecho un muy buen trabajo a pesar de los malos recuerdos que reviviría el encuentro.

Eva Morata había ingresado a la universidad sólo para abandonarla un par de meses después, los trastornos depresivos iban y venían en grandes maremotos que sacudían cada una de las amarras que la mantenían atada al muelle de la cordura. Al final, nunca había podido terminar su carrera de lingüista, y dedicó sus días a ser recepcionista en una empresa local, y camarera en un bar durante los fines de semana.

Eva era una de aquellas personas a las que Luna *tenía* la obligación de contactar, la obligación de ofrecerles una disculpa acompañada de una muy buena excusa y de excelentísimas razones. Si había podido hacerlo con su familia, sabía que con su mejor amiga sería aún más fácil, o al menos eso creía.

Víctor le contó los horarios en las que podría encontrarla, las zonas que frecuentaba, y una tarde Luna se llenó de valor y fue a confrontar sus propios temores, a hablar con aquella chica que en otra vida fácilmente podría haber sido su amadísima hermana, pero

que en esta no había lazos de sangre ni suerte que las conectara. No importaba, no necesitaban de lazos ni de cualquier vínculo biológico, se querían como si fueran hermanas de verdad, y eso era todo lo que importaba. Fue hasta la calle en la que trabajaba y la esperó desde la distancia, tardó un poco en aparecer, pero al final lo hizo.

Allí estaba ella. Había cambiado, desde luego, pero sería una tonta si fuese incapaz de reconocer a la que alguna vez había sido su mejor amiga, su hermana no consanguínea, su confidente, la que había sufrido tanto como ella en aquel infierno en el que se había transformado Madrid hace varios años ante la implacable y despiadada presencia de B., que era capaz de marchitar las flores sólo con mirarlas, de agriar los pasteles sólo con olerlos, de intoxicar el agua sólo con beberla.

Su cabello era un poco más largo que antes, su piel de porcelana indicaba que no se había bronceado en un buen tiempo. Andaba por la calle sosteniendo una pesada carpeta de documentos entre su brazo y su pecho, parecía que era parte de su rutina, debía tener una enorme fuerza en los brazos, aunque sería imposible saber sin recibir un golpe de su parte.

Luna aguantó la respiración por unos segundos mientras reunía un poquito de valentía para poder acercarse por la espalda y saludarla. No podía dejar que se le escapara, no podía perder la oportunidad. Dejó escapar el aire secuestrado en sus pulmones y fue a por ella.

—Eva —dijo al tocarle la espalda, aquella chica se detuvo en seco y se quedó petrificada, como si hubiese visto a un fantasma, o escuchado a uno. Se dio la vuelta y dejó caer la carpeta, todos los folios se desparramaron en el suelo, dio dos pasos hacia atrás, Luna sintió que ella le temía.

—No...

—Eva, soy yo —intentó sonreír y abrir sus brazos para invitarla a un abrazo que no se darían.

—¿Qué...?, ¿qué estás haciendo aquí?

—Volví... —respondió, no sabía realmente qué decir—, volví a casa...

—¿Cómo...?, ¿cómo que volviste a casa?

—Estaba en Latinoamérica, es una historia larga, quizá quieras oírla mientras nos tomamos un café —se agachó y empezó a juntar los folios, Eva no se movió de su sitio.

—Creí que estabas muerta.

—¿Qué? —sonrió—, no, no...

—Luna, pensé que estabas muerta —el miedo y el desconcierto empezó a transformarse en rabia contenida desde hace mucho tiempo.

—No estaba muerta, yo...

—Sabes.... ¿sabes por lo que pasamos?, ¿sabes lo que nos hiciste? —apretó los puños, quizá era hora que Luna descubriera qué tan fuerte eran después de cargar aquellos documentos de un lado a otro por varios años.

—Eva...

—¿Sabes qué coño nos hiciste? ¡Nos jodiste la vida a todos!, ¡nos jodiste la puta vida a todos!

—Eva, por favor, nunca quise haceros daño a vosotros, déjame explicarte, por favor...

—¡Y una mierda! —gritó, todas las cabezas en la calle giraron hacia su dirección, todos los pares de ojos se enfocaron en aquellas dos chicas separadas por un reguero de folios que ya nadie quería recoger.

—Sólo quiero hablar, aclarar algunas cosas, contarte qué fue lo que pasó.

—No me importa qué coño fue lo que te pasó, no me importa un carajo, arruinaste mi vida.

—No es justo que me digas eso, no sabes por lo que yo he pasado.

—Te dije que no me importa por lo que hayas pasado, yo a ti no te he hecho nada y tú a mí me lo has hecho todo —empezó a recoger los papeles con rapidez, Luna quiso ayudarle, pero ella lanzó un manotazo al aire para que retrocediera, terminó de recoger los folios arrugados y se incorporó—. Ve a joderle la vida a alguien más, yo ya pasé de página, Luna, ya pasé este capítulo y es mi puto turno para ser feliz.

Boquiabierta, con el corazón destrozado y con la cara llena de lágrimas se quedó Luna mientras veía cómo su amiga se iba, y

quién sabe si se iba para siempre; tuvo que asegurarse que no fuera así.

La siguió buscando casi a diario y recibió, también a diario, aquel mismo rechazo de la primera vez. La entendía, claro que la entendía, Víctor le había contado por todo lo que ella había pasado, por el infierno, el escarnio, todas esas porquerías que habían florecido durante su súbita desaparición.

En cierta forma entendía que le había arruinado la vida a Eva, lo sabía y por eso estaba ahí, quería su perdón, no podría *continuar* con su vida si ella no se lo otorgaba, no podría conciliar el sueño nunca más, como no lo pudo hacer en aquellas noches previas a que Eva, finalmente y para poner fin a tan extenuante insistencia, decidió darle una oportunidad para que se explicara. Luna sintió que la amistad no estaba del todo muerta.

Luna no pretendía arreglarlo todo de la noche a la mañana, ella sabía que las cosas tomaban tiempo, que a los trozos rotos hay que tratarlos con cuidado, juntarlos con delicadeza, unirlos de nuevo con pulcritud y esperar con paciencia a que el pegamento hiciera su efecto. No sería fácil.

El paso del tiempo se había sentido con toda su fuerza en España, muchas cosas habían cambiado, y no era sólo la gente, era todo lo que la rodeaba. Era desgarrador ver la floristería cerrada, ver el deterioro de su hogar, ver cómo su hermano lo había perdido todo en su búsqueda y había terminado de vuelta en casa de sus padres. Solo y apenas sin amigos. Sentía que la *odiaban* por lo que había hecho, y en el fondo supo que se lo merecía, pero no se arrepentía de mucho, pues de no haberse ido podría haber acabado siendo otra cifra más en las estadísticas de asesinatos por violencia doméstica...

No obstante, aquella sensación nostálgica no parecía aliviarse, al contrario, parecía transformarse en otra cosa, *fermentarse* en un nuevo compuesto que no era capaz de identificar. Era un sentimiento de incomodidad, de impaciencia, pero era difícil reconocer el origen de esa comodidad o de esa impaciencia, por más inusual que pudiera parecer. Quizá..., sí, quizá estaba *abrumada*, se sentía muy abrumada por todo lo que había pasado

antes y lo que estaba pasando ahora, y esa sensación superaba la noción consoladora de que las cosas en el futuro serían mejores.

Los días eran más bonitos ahora, a pesar de que su padre yaciera en un mundo ajeno y que su familia estuviera completamente arruinada, pero seguían juntos aquellos que quedaban y tenían la plena certeza de que el futuro se construía con la ayuda de todos.

Se sintió libre y segura cuando su familia finalmente aceptó a Roi como uno de los suyos, cuando su hermano vio en él a un aliado, más que a una amenaza. Corrían tiempos bonitos, tiempos en los que siempre había querido vivir, se sentía amada, se sentía respetada, se sentía útil y valiosa. Sentía que, por fin, estaba haciendo las cosas bien, y sabía que no lo hacía sólo por ella ni por Roi, sino por la pequeña criatura que se gestaba en su interior, y que cada vez daba más y más señales de su presencia.

Sintió muchas cosas por aquella época, pero una de ellas la inquietaba hasta el punto de empezar a robarle la calma poco a poco. Recorría aquellas calles del centro con nostalgia, con *mucha* nostalgia. Había vivido ahí, ese había sido su hogar y estaba dispuesta a convertirlo en su hogar otra vez. Había extrañado las palomas, el bullicio, el centenar de turistas que iban de aquí para allá, los cafés, las librerías, los bulevares, los parques..., la gente. Sí, la gente...

¿Quiénes, sus amigos?, desde luego, ¿su padre?, por supuesto que sí..., ¿a quién más extrañaba?, ¿quién más estaba haciendo falta aquí?

—No, no, no —se dijo en voz baja y se dio suaves golpes en la cabeza mientras estaba en la ducha—. Ni loca, ni loca, ni loca.

Ni loca.

Desechó la idea de inmediato, ni siquiera alcanzó a que se formara completamente en su cerebro, la apartó como si la idea fuese una mosca y Luna tuviese en su mano un poderoso matamoscas que de todas formas aquel bicho esquivaría. Se marcharía la mosca, pero no para siempre.

CAPÍTULO 25

AQUELLOS LUGARES DONDE NOS QUISIMOS



La furiosa marea golpeaba con fuerza las rocas, azotaba sin piedad las columnas del muelle cubierto de corales incrustados en la madera, levantaba en el aire aquella bruma empapada que se arremolinaba bajo la luz de una luna casi llena. De allí, de esa atmósfera extraña, apareció una silueta grande y oscura que salía directamente del mar, con el agua goteando de los brazos y las piernas, las algas alfombrando la piel como si fuera parte de una nueva y extravagante línea de moda. Se acercaba a ella paso a paso, Luna quería retroceder, pero no podía, estaba congelada, estaba paralizada ante la presencia del intruso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en voz alta para que él pudiese oírla por encima de las rompientes olas.

El intruso no respondió, se acercó a ella hasta que estuvieron cara a cara, aunque no podían apreciarse sus facciones por encima de los desechos marinos que lo cubrían de pies a cabeza.

—¿Por qué tardaste tanto? —dijo una voz conocida, tan conocida que le heló el cóccix en cuanto las palabras entraron a sus oídos.

—¿Qué?

—¿Ya te olvidaste de mí, *cariño*?

La voz era ronca, era..., era la voz del mar, la voz salada del océano enfadado, la voz de la luna que bañaba cada superficie con su tono de plata. Ella acercó sus manos hacia el rostro del intruso y empezó a retirar las viscosas capas de alga que se enrollaban sobre el rostro..., el rostro.

A esos ojos los conocía, también a esos labios y a ese cabello ahora humedecido. Era B., aunque ahora no se veía como ningún monstruo, como..., como ningún intruso. Una gigantesca ola destrozó el muelle y arremetió contra ellos, se hundieron en la espuma del agua helada y ambos fueron arrastrados hacia lo profundo del mar.

No regresó al mundo real empapada en sudor ni gritando en medio de la noche, la transición fue mucho más rápida y liviana de lo que cualquiera podía llegar a imaginarse. En un segundo estaba ahogándose en el océano, y al otro abría los ojos y despertaba en su habitación. A su lado estaba Roi, quien dormía sin roncar y la rodeaba con los brazos. Su respiración rítmica y saludable le indicaba que todo estaba bien, que estaba en casa, que estaba a salvo.

No le comentó a nadie sobre el sueño, y a nadie le comentaría sobre los repetitivos sueños que vendrían después, no sólo teniendo como escenario aquel puerto nocturno, sino también las calles de Madrid, las calles del pueblo de sus primos, los pasillos de su colegio, el café de doña Sofía, la floristería de su familia y todo espacio que su cansada mente pudiese llegar a imaginarse. Su exnovio aparecía en cada uno de esos sueños, siempre lo mismo, y siempre le preguntaba sobre su tardanza. Ella no sabía qué responderle, quizá no había respuesta posible.

Viéndose totalmente ajena a la realidad, Luna resolvió que lo más conveniente era tomar la espina con sus dedos y sacársela de la piel de una vez por todas. No era una sorpresa, era obvio que tarde o temprano iba a terminar preguntándose por B., y que esa pregunta no podía ser sólo interna si acaso quería obtener una respuesta verídica.

Le preguntó a Eva varias veces y ella de inmediato desechó el tema de conversación, decía que él se había ido poco después de la desaparición, que por eso había sido el principal sospechoso de un posible asesinato cuyo caso se caería bajo su propio peso por falta de pruebas. No quiso decir nada más, y Luna no sabía si era por una auténtica ignorancia o por una cruda prudencia.

Era inútil insistir, Eva aún seguía tomándose muy en serio lo que había pasado, y no era para menos. ¿Por qué para ella tenía que

ser diferente?, tenía todo lo que siempre había querido, por fin era una mujer feliz, por fin estaba de vuelta en la ciudad que la había visto crecer, pero cada vez se sumergía más y más en aquella sensación desesperante que le sacaba el aire de los pulmones como si le hubiesen dado un fuerte puñetazo en el vientre.

Era tiempo de dejar los malos recuerdos atrás, lo sabía y quería hacerlo, pero también sentía una poderosa curiosidad que le escalaba por la espalda y le revolvía los sesos, quería saber..., *necesitaba* saber qué había pasado con B., y no porque le importara o estuviera preocupada por él, claro que no, *¡que se joda ese hijo de puta!*; era sólo curiosidad, una intrusiva y muy incómoda curiosidad, como quien decide contar cuántos segundos se tarda en parpadear y pierde el control de sus propios ojos. Ella no perdería el control de nada.

Quizá sí era más que eso, porque Luna Belmonte siguió sintiéndose extraña, y esa sensación ya era visible por los más cercanos, especialmente por Roi, quien ahora sufría los rechazos en la cama con más frecuencia de la normal.

—No te entiendo, de verdad no te entiendo —murmuró Roi mientras se daba la vuelta en la cama y prefería abrazar la almohada.

—No te pongas así, son solo las hormonas... —dijo y se quedó en blanco, no sabía cómo continuar lo que había empezado.

—¿Qué te pasa?

—He estado sintiéndome extraña, eso es lo que pasa.

—¿Y por qué no quieres hablar conmigo?, ¿por qué te pones así?, dime qué te pasa, déjame ayudarte, quiero verte sonreír otra vez.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—Porque no sé lo que me pasa, estoy confundida, y tú no me estás dejando dormir.

—Luna...

—Roi, hablemos mañana, ¿sí?

—Está bien, mi vida —cedió, no sin antes mandar su mano a la oscuridad hasta encontrarse con la de su novia. Ella la apartó. No dijeron más esa noche, ninguno de los dos pudo dormir.

Al otro día sí hablaron, pero las palabras fueron tan secas y lejanas que podría decirse que no había diferencia alguna entre haber charlado o haberse quedado callados. Parecía que Luna había decidido, deliberadamente y con alevosía, empezar a huir de las caricias de su amante. Fueron detalles pequeños, como regañarlo cuando ella lavaba los platos y él la abrazaba por detrás, o cuando él la tomaba de la mano y ella se liberaba luego de diez eternos segundos, o cuando se morían los besos en los labios porque no había bocas que los recibieran. Así, poco a poco, aquella bella flor empezaba a perder el brillo y el color, empezaba a perder fuerza, empezaba a perder vitalidad.

Roi supo que algo andaba mal, intentó buscar explicaciones, intentó buscar respuestas, intentó reparar lo que creía que estaba roto, aunque no sabía exactamente la causa ni el origen, y, sin arrancar la raíz, la maleza siempre hallaría la forma de seguir creciendo e invadiendo todo a su paso. La situación era lamentable, cada vez el plato parecía más roto, cada vez parecía más difícil de arreglar..., cada vez se veía más irreparable.

Intentó alejar el sentimiento varias veces, era..., era tan *extraño*. No odiaba a Roi, claro que no, lo amaba con toda su alma, era sólo que..., que estaba *cansada*, estaba abrumada por caminar por Madrid, eso era, era la vieja ciudad, era su vieja vida que no paraba de recordarle lo miserable que había sido seis años atrás.

Era una mujer completamente nueva, tenía a su lado a un hombre que la amaba y tenía en su vientre a una criatura que la amaría más que a cualquier otra cosa en el mundo. Tenía todo lo necesario para ser feliz, era *feliz*, pero aún seguía siendo azotada por los demonios de su pasado, por el demonio en el que ella se había convertido en aquellos días tan largos y aquellas noches tan oscuras.

Empezaba a sentirse miserable, se sentía culpable por todo lo que pasaba, se sentía culpable de no estar completamente feliz aun cuando lo tenía todo y no le faltaba nada. Se sentía *tóxica*, se sentía ponzoñosa, creía que contagiaría a los demás de su propia miseria, contagiaría a aquellos a quienes más amaba. Quizá fue por eso que, sin previo aviso, empezó a alejarse de los otros, empezó a huir con más recelo de los besos, las caricias y las muestras de afecto

de Roi, de las largas charlas con su madre, de los consejos de su hermano.

Los otros, aunque sorprendidos, decidieron respetar su espacio, respetar una actitud que seguramente creían y juraban que era pasajera, que era producto del cambio hormonal de su embarazo,

La situación siguió deteriorándose aún en contra de su voluntad, en contra de la voluntad de todos. No sabía qué pasaba con ella y no reunía la valentía suficiente para pedirle ayuda, quizá era el ego, quizá era el miedo al rechazo, quién sabe.

A las pocas semanas, justo cuando se había programado la partida de la pareja, Luna decidió que no viajaría. Decía que acababa de llegar a su casa, que había pasado muchos años por fuera y no estaba lista para despedirse de todo tan pronto. Él también quería quedarse, pero su tiempo de estadía en el país estaba a punto de expirar y no quería tener problemas con las autoridades de migración, por lo que decidió acatar las reglas e irse por un corto tiempo.

—Tres meses —le dijo Roi a Víctor mientras arrastraban las maletas por la entrada del aeropuerto—, sólo tres meses.

—Para ti es fácil decirlo, quién sabe qué pasará en esos tres meses y quizá decides prolongar la espera, o hacerla infinita.

—¿Crees que no quiero regresar?

—No soy tonto, Roi. Los problemas entre vosotros dos no han hecho más que aumentar en las últimas semanas, y quisiera darte alguna respuesta, algún pronóstico y lamento no poder hacerlo, mi hermana es difícil de leer y, después de tanto tiempo, descubrí que no la conozco en lo más mínimo, y quizá tú tampoco lo hacías.

—Supongo que uno nunca deja de conocer a las personas.

Víctor negó suavemente con la cabeza.

—Fue el imbécil —concluyó, esa última palabra salió de entre los dientes—, nunca dejó de arruinarnos la vida, ya ves, siento que estropeó algo dentro de Luna para el resto de su vida.

—Quizá venir a Madrid no fue buena idea después de todo.

—Lo fue, créeme que lo fue. Mi madre está más tranquila, Eva está más tranquila..., ¡hasta yo estoy más tranquilo ahora! No sé si has pasado por algo similar, pero hay una marcada diferencia entre la muerte de un ser querido y su desaparición. En la muerte..., en la

muerte sabes que murió y ya está, eso fue todo, se fue a descansar, pero ¿qué pasa en la desaparición?, no es lo mismo, tienes siempre la esperanza de que vuelva a aparecer, de que esté sano y salvo, de que al menos esté vivo. Los muertos ya no sufren más, pero de los desaparecidos puedes esperar cualquier cosa, no sabes si están pasando frío, si están pasando hambre, si están siendo víctimas de algún maltrato o abuso. No sabes nada, nunca sabrás nada. No seguirás con tu vida, seguirás esperándolos, esperando a que vuelvan a casa. Seguirán desaparecidos para ti, incluso cuando las autoridades te muestren documentos en los que afirmen que tu familiar está muerto, un muerto sin cadáver, un muerto sin tumba. Nunca mueren dentro de ti, siguen sufriendo cada día y cada noche, y cada día y cada noche sufres tú por ellos.

—Nunca he pasado por algo así, y espero nunca pasar por ello.

—Lamento que..., que esto haya pasado, sigue afectándonos mucho. Me alegra que estés con Luna, eres una buena influencia, eres todo lo que yo habría querido para ella, y estoy seguro de que mi padre hubiera estado encantado de conocerte.

—Para mí es un honor que me digas eso, muchas gracias, Víctor.

—Gracias por cuidar de Luna durante estos seis años, te prometo que cuidaré muy bien de ella en tu ausencia.

—Creo que esto merece más que un cordial apretón de manos —dejó la maleta en el suelo, extendió sus brazos y lo abrazó.

—Buen viaje, compañero. Seguro que Luna estará de mejor ánimo cuando regreses.

CAPÍTULO 26

SIEMPRE SE VUELVE AL PRIMER AMOR



A fuera hacía sol, los pájaros cantaban y su eco retumbaba por las paredes de aquella casa en la que no había nadie, excepto Luna Belmonte. Su madre había ido al médico a unos chequeos de rutina y su hermano estaba haciendo algunos papeleos para el nuevo proyecto de la floristería, ella se había quedado en casa para leer y pensar, porque pensar era lo que más hacía por aquellos días, pensaba más de lo que podía, más de lo que debería. Pensaba, pensaba, pensaba y pensaba siempre en la misma persona, en el mismo rostro, en los mismos labios. Y no eran los de Roi.

Un ruido la sacó de su ensueño, alguien estaba llamando a la puerta del pasillo. Luna abrió la puerta y todos sus sentidos se apagaron, su realidad se deformó como el metal que se funde en el horno, abandonó la lucidez para sumergirse en el río de la locura, y no era de la buena locura. Quiso gritar, abrió la boca para hacerlo, pero por ella no salió ni un solo sonido más que el silbido de una nueva respiración forzada.

—Hola —dijo aquella voz gruesa a la que tanto le temía, llevaba un ramo de flores amarillas en su mano—, ¿puedo pasar?

Luna Belmonte cerró la puerta de golpe, casi segura de que, al menos, le había destrozado la nariz al tipo que estaba al otro lado de la puerta. Él siguió insistiendo, ella no sabía qué hacer, estaba asustada, estaba arrinconada al otro lado de la puerta, llorando, rezando, clamando para que apareciera su hermano a salvarla, pero nadie se aparecía, lo único que escuchaba era el paciente e infinito

golpeteo de los poderosos nudillos de B. contra la débil madera de la puerta.

Sintió que habían pasado siglos hasta que por fin decidió enfrentarlo, abrió la puerta y le gritó que se largara, lo insultó, lo maldijo, le escupió las palabras que tanto quería arrojarle desde hace más de seis años, y él seguía allí, seguía..., seguía estático, atento, la miraba con detenimiento.

—Lo siento —dijo él, ella casi le da una cachetada, pero sus manos no atendieron a las órdenes del cerebro.

—Es mejor que te vayas —puntualizó ella, débil. Temblorosa.

—No me iré hasta que me escuches.

—Mi hermano llegará en cualquier momento y te sacará los ojos.

—Entonces vamos a algún lugar, por favor.

—Yo no iré a ningún sitio contigo.

—Luna, vamos a un café, ¿sí?, sólo quiero pedirte perdón.

—¡LARGO!

—Por favor —las lágrimas se asomaron, Luna se petrificó, sabía reconocer las lágrimas auténticas de aquellos ojos...

Aquellos ojos.

Su mirada era diferente a como la recordaba, ya no expresaba una especie de *oscuridad* aterradora y odiosa, no, ahora parecían ojos reales, ojos humanos, ojos conectados directamente al alma de la persona que los tenía, que hablaban sin necesidad de mover los labios, que abrazaban sin necesidad de usar los brazos.

Se ubicaron bajo una sombrilla para escapar del abrasador sol que tenía a todos los madrileños y turistas usando gafas oscuras, pantalones cortos y camisetas. Ordenaron café, pero ninguno de ellos tocó la taza, no podían parar de mirarse.

—Quiero pedirte perdón —dijo él.

—Sí, eso ya lo habías dicho —sentenció ella—, no había ninguna necesidad de volvernos a encontrar, no teníamos por qué hacerlo, lo sabes. Lo más sano que podemos hacer es dejar las cosas así y no volvernos a ver. Acuérdate de la canción.

—No —negó suavemente con la cabeza, apenas parpadeaba—, no puedo dejar las cosas así. Sé que obré mal, sé lo que hice...

—Mira —susurró, hablaba bajito porque sabía que su voz estaba a punto de quebrarse—, no tienes que esforzarte, sólo..., sólo sigue

con tu vida, ¿sí? Sigue con tu vida y yo seguiré con la mía...

—Luna...

—Es lo mejor para los dos...

—Lo hice porque te amo —interrumpió, ella se quedó en blanco—. Sé que lo sabes, estaba..., estaba enfermo, lo sé, estaba enfermo y por eso todo se *distorsionaba*...

—Escucha...

—Estaba enfermo y por eso hice lo que hice, tenía miedo de perderte...

—Y me perdiste...

—Sí, te perdí, pero todo fue por amor, necesitaba ayuda, necesitaba alejar a las voces.

¿Voces?, pensó Luna, ¿así es como él llama a la oscuridad?

—Lo hice porque te amaba —repitió—, ¡porque te amo!, eras lo único que me mantenía con vida, lo único que me impedía saltar por el balcón y ponerle fin a todo...

—No sigas —lloró ella, y él no siguió. Cambió las palabras por un beso al que ella no se resistió.

Se separaron casi al instante, pero no fue pronto, no fue lo *suficientemente* pronto para Luna. El daño ya estaba hecho, el plato ya estaba roto, ya no había marcha atrás, lo había hecho.

¿Qué estoy haciendo?, ¡Dios mío!

—Tienes que irte —murmuró, las lágrimas caían, estaba vulnerable, estaba completamente rota, resquebrajada, a merced de lo que él le impusiera.

No lo puedo permitir, no lo puedo permitir, ¡no lo puedo permitir!

—Luna, escúchame...

—Ya te escuché, ahora vete, por favor.

—Yo de aquí no me voy. Llevo esperándote seis años.

—Entonces me iré yo —se puso de pie y él la detuvo al tomarla del brazo. Esta vez no había agresividad en sus nudillos, no había agresividad en sus brazos, tampoco en sus ojos, pero ella no se podía liberar, y no era por la fuerza con la que él la agarraba, sabía que un solo manotazo era suficiente para que la soltase, sino porque muy en el fondo sabía que ella no *quería* liberarse, aunque las razones parecían difíciles de explicar...

Imposibles de explicar.

CAPÍTULO 27

POR TU FELICIDAD A COSTA DE LA MÍA



No había forma de justificarse, ¿acaso qué podría decir?, ¿diría que había decidido arruinarle la vida a todos otra vez?, ¿acaso diría que no estaba conforme con la muerte del padre, si no que ahora también quería matar de un infarto a la madre? No podía..., ¡no podía!, pero ahora no sabía bien qué era lo que *podía* hacer o no, o qué era lo que *quería*, porque “querer” y “poder” ya no tenían distinción alguna.

Era como si le hubiese caído un balde de agua fría que, de repente, la arrancó del sueño en el que se estaba ahogando. Había despertado, tal y como habían despertado esos mil y un sentimientos aturcidos que había tenido hacia B., sólo que ahora empezaban a abrir todos los ojos al mismo tiempo. Abrían también la boca, estaban hambrientos, hambrientos de B.

Haciéndole honor al pasado, Luna Belmonte se fue de su casa sin decirle a nadie, cargando apenas lo básico, lo necesario para no alejarse de su condición de ser humano, aunque, más que una humana, parecía una polilla hipnotizada que iba directamente a la fuente de luz que probablemente la mataría. Lo sabía y no le importaba, se había dado cuenta de que amaba a B. más de lo que alguna vez había amado a Roi, más de lo que alguna vez se había amado a sí misma.

Viajó ignorando las mil llamadas y mensajes que le llegaban, sabía que se hundía, se hundía y se hundía, pero..., ¡qué bien se sentía estar hundida! El apartamento de B. era diferente, más bonito que el que tenía antes. Era obvio que había cambiado, ya no había

colillas de cigarrillo aplastadas por todas partes, no había botellas vacías que conservaban sólo los suspiros alcohólicos del líquido que antes las llenaba, no estaban las facturas acumuladas en la mesa de café, ni el televisor en blanco por la señal cortada. A B. le estaba yendo bien, más que bien.

Se desvistieron antes de llegar al dormitorio y los cuerpos se encontraron mucho antes de tocar las sábanas. Las fuertes y poderosas manos de B. se cerraron sobre las suyas, su abdomen marcado se alzó sobre ella en un majestuoso movimiento que le produjo un orgasmo incluso antes de iniciar el coito.

El beso fue más que apasionado, fue salvaje, fue rudo, un aterrizaje forzoso de labios contra labios, las manos exploraban la geografía de los cuerpos, los alientos calientes se mezclaban en el aire y orquestaban su propia danza erótica que nada tenía que envidiarle a la de los cuerpos físicos que se revolvían entre las sábanas.

La excitación no terminó en la cúspide del momento de placer, siguieron embriagados por ella en las siguientes horas, y esas horas se transformaron en días. Para otros sería fácil afirmar que habían perdido el juicio, pero ellos sabían que, al contrario de lo que los demás creerían, habían alcanzado el estado que tanto extrañaban. Ahora se amaban con locura..., otra vez.

Luna no quería salir de casa, no *necesitaba* salir de casa. Se quedaba atendiendo las labores domésticas con más alegría que resignación, se sentía incluso más útil que cuando había empezado a trabajar por su propia cuenta en Latinoamérica.

Se dio cuenta de que extrañaba todo aquello, extrañaba esa piel, extrañaba pasar sus dedos por aquel cabello, extrañaba los besos apasionados que rozaban la agresividad. Roi no podía brindarle nada de esto, era demasiado dulce, era demasiado *perfecto*, demasiado..., demasiado *normal*.

B. era todo lo contrario, era como una especie de animal exótico con el que debía tener cuidado, pero todo ese cuidado y todas esas precauciones llevaban consigo la excitación del miedo a lo desconocido, el gozo del suspenso. La hacía sentir más viva que nunca.

Había temido volver a sentir lo mismo de antes, y así había ocurrido, había revivido a todas esas criaturas románticas y lujuriosas que alguna vez habían vivido bajo su piel y que, al contrario de lo que inicialmente había pensado, no estaban muertas, estaban *hibernando* y recién empezaban a despertar de su letargo.

Fueron felices, fueron incluso mucho, mucho, mucho más felices que antes, y ella se sintió más feliz que con Roi, a quien había dejado de extrañar hace rato y que de él sólo quedaba un vago recuerdo..., y una masa de células que se gestaba en su vientre.

Se aisló por completo del mundo exterior, no *soportaría* darle la cara a su familia ni a Eva, no quería ni imaginarse lo que podrían decir, lo que podrían pensar. Era mejor así, era mejor vivir en aquella burbuja perfecta en la que sólo había dos habitantes que se amaban con locura..., *con locura*.

Con tanta *locura* que ni siquiera captó las nuevas señales, a pesar de que no era para nada “nuevas” y que, de haber prestado atención, había detallado con tiempo el gigantesco *Déjà vu* que se repetía otra vez.

Fueron primero las miradas furtivas, algún comentario suelto y ambiguo, expresiones tan sutiles y solapadas que Luna ni siquiera pudo captar al principio, pero que se hicieron más que evidentes con el pasar de los días y el suspirar de las noches.

—Nunca comes nada de lo que te preparo —regañó él—, no sé ni para qué me molesto.

—Sigo siendo diabética, cariño. Es genético y lo llevaré hasta la tumba. Por eso es que debo cuidarme.

—¿Sigues con lo mismo?, creí que habías madurado, veo que me equivoqué.

Las palabras le dolían, no sólo por su contenido hostil, sino por la boca de las que salían. Ella lo amaba con mucha locura, ¿y él, también la amaba?, ella juraba que sí, o al menos eso creía, pero cada vez las dudas empezaban a florecer cada vez más en su mente, hasta que llegó el día que tenía toda una primavera en lugar del cerebro.

B. había cambiado, sí, había cambiado para bien, pero quizá no tanto como ella había creído en un principio. Temió arrepentirse de la decisión que había tomado, por lo que alejó ese sentimiento tan

pronto como aparecía en el jardín de su cabeza. Se convenció a sí misma de que todo iba bien, ¡más que bien!, que aquello no eran más que contratiempos, que detalles, que pequeñas asperezas que más adelante podía ir lijando hasta que todo fuese perfecto, incluso más perfecto de lo que ya era, suponiendo que aquello era posible.

CAPÍTULO 28

CARCELERO



El *segundo* primer golpe había ocurrido por algo estúpido, algo insignificante, algo totalmente desproporcionado para el *castigo* que había merecido. Era un día de lluvia, un *temible* día de lluvia y ella había sido un poco estúpida por no notarlo, por no prever el peligro, por no asociar nuevamente las condiciones atmosféricas con el comportamiento de su *novio*, incluso cuando esto era cuento viejo y ya había pasado antes. La situación había sido graciosa, sí, hay que admitirlo, ver a B. tan estresado por el clima y, luego de planchar con cuidado la camisa, la taza de café había vacilado en sus dedos antes de resbalarse y derramar el oscuro líquido sobre él.

La carcajada de Luna no duró más de tres segundos, apenas estaba empezando a expulsar el aire de sus pulmones cuando una bofetada la obligó a tragarse su propia risa con súbita brusquedad. El aturdimiento fue instantáneo, tardó unos segundos en comprender lo que había sucedido, en llevarse la mano a la boca y descubrir un hilillo de sangre fluyendo desde su labio inferior. B. aún tenía su mano extendida, como congelado, con aquellos ojos bonitos que, más que bonitos, ahora eran *negros*. Siempre lo serían.

Había notado muchas veces aquella especie de *oscuridad* que se ocultaba detrás de sus pupilas cuando tenía un mal día, la había visto desde antes de *escapar* de la relación seis años atrás. Volvía a aparecer ahora, y lo hacía con mayor frecuencia, lo hacía con mayor intensidad, lo hacía con mayor *oscuridad*.

Era..., era indescriptible, quizá era eso lo que lo ponía así, lo que lo ponía tan tosco, tan agresivo y grosero. Sintió pena por él y trató de preguntarse cómo se habría originado. B. había sido un ser humano como cualquier otro, ella sabía que no le hacían justicia muchas de las cosas que se habían estado hablando de él, sabía que en el fondo *podía* llegar a ser una buena persona, a pesar de los repetitivos ataques de agresividad que debían tener un origen, y en ese origen estaría el interruptor.

B., más que juicios de valor, necesitaba que lo ayudaran, necesitaba atención profesional para facilitarle la vida, para *asegurarle* una vida medianamente normal. Ella sería paciente, estaba dispuesta a esperar, estaba dispuesta a quedarse con él en cada paso del tratamiento, en cada etapa, en cada fase, en cada momento. Lo tomaría de la mano y juntos saldrían de esto.

Al final —pensaba—, será esto lo que nos una de por vida, debe ser la más grande prueba de amor que puedo ofrecerle a él.

Haría que la luz de sus ojos volviese a brillar, aniquilaría aquella oscuridad de una vez por todas y la enviaría de vuelta a esa fosa inmunda de la que había salido. Intentó ser más cariñosa con él, tenerle paciencia, aceptar alegremente las flores que él, con profundo arrepentimiento, le regalaba luego de cada *incidente*.

—¡Déjame! —gritó ella y le dio un empujón, él abrió los ojos como nunca antes lo había hecho, tanto como le era biológicamente posible, y en esos ojos bien abiertos se asomó la oscuridad, ahora palpitante, ahora hirviente, ahora realmente furiosa y realmente penumbrosa.

—¿Qué? —preguntó, como si acaso no le hubiese oído bien, como si acaso necesitara algún tipo de *confirmación* para podérselo creer. ¿De verdad ella se había osado a hablarle así?, ¿quién coño se creía?

—Que me dejes —repitió con más calma, pero ya era muy tarde para arrepentirse, había provocado al *monstruo negro* y ahora lo tendría que soportar. Soportar un nuevo *incidente*, desde ya podía oler el aroma de las flores de reconciliación.

Las últimas, —diría él—, éstas son las últimas, cariño, lo prometo.

Pero no serían las últimas, estaban lejos de ser las últimas y ella lo sabía, ella lo supo por mucho tiempo y había decidido ignorar el problema y esperar a que las cosas mágicamente se arreglaran, pero nunca se arreglaron, cada vez todo iba de mal en peor.

B. Morata soltó una fuerte carcajada que la hizo retroceder y tiritar, temerosa de lo que pudiera llegar a pasarle si se acercaba un centímetro más a su novio. Era tarde, era *demasiado tarde*, la oscuridad había tomado control sobre él, era evidente, los ojos se lo decían, veía cómo apretaba y relajaba los puños, cómo se aceleraba la respiración, cómo se fruncía las cejas, cómo se empujaban los dientes de arriba con los de abajo mientras la cara se le tornaba de color tomate.

—Mi vida —dijo ella, tratando de arreglarlo todo—, escúchame, tenemos que...

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo él en un tono sorprendentemente normal, era mala señal, indicaba que estaba guardando sus fuerzas antes de *explotar*.

—Tenemos que hablar —tragó saliva—, esto no puede seguir así...

—Así, ¿cómo?

—Así, justo así. Sigues portándote extraño, sigues tratándome mal, no quieres hablar conmigo, no...

—¿De qué se supone que voy a hablar contigo?

—Soy tu novia y también vivo aquí, no puede ser que nos tratemos como extraños, que cada día te conozca menos, que...

—Respóndeme, ¿de qué se supone que voy a hablar contigo?, ¿de economía?, ¿de política?, ¿de biología?, no sabes nada de esas cosas porque nunca hiciste nada por tu vida, lo único que has hecho es arruinarnos la existencia a todos, y lo sabes.

—¿Qué?

—Que eres una mierda de persona que huyó y volvió porque era incapaz de existir sin mí, ¿en realidad necesitas que te lo repita?

—¡No me hables así!

—¿Qué coño te pasa?, ¿quién te crees para hablarme en ese tono?, ¿ya se te olvidó quién es el que manda?

—A mí no me manda nadie.

—Ya sé, ya sé, es el padre de ese bebé, ¿no?, de ese pequeño bastardo.

—¡Suficiente! —gritó—. Me voy de aquí. Tócame otra vez y tendrás a la policía en casa.

—¿Crees que te irás así de fácil? —la agarró del cuello y la atrajo hacia él, las narices se rozaron, pero no era una escena para nada romántica, la mano se cernió sobre el cuello, él parecía estar dudando si debía estrangularla allí mismo o dejarla ir. Quizá habría una tercera opción.

—Dé..., déjame...

—Escúchame bien, Luna. Tú eres mía, lo sabes, ¿verdad? Tú me lo dijiste una vez, y no hay marcha atrás. Te dejé marchar una vez, no volveré a hacerlo, no cometeré el mismo error.

—No me dejaste marchar —dijo cuando él soltó su cuello—, yo me escapé.

—Y nunca lo volverás a hacer, de eso me aseguraré.

—¿Qué harás?, ¿cumplirás la promesa de matar a mi hermano?

—Mejor aún —la agarró del brazo y dejó sus fuertes dedos marcados en la piel—, te encontraré y te arrancaré yo mismo el feto que llevas dentro...

—¡Estás loco!, ¡estás completamente loco!, deberías estar encerrado. Me aseguraré de que te encierren.

—Eso no va a pasar —sonrió con maldad, era la *oscuridad* quien hablaba—. ¿Sabes por qué, pequeña Luna?, porque, antes de arrancarte al bastardo del vientre, iré a cortarle la garganta al padre, y luego iré a tu casa y le arrancaré los ojos a tu hermano y a tu madre...

—¡Suéltame! —luchó y él la agarró con más fuerza.

—Y luego iré a mi antigua casa y haré lo mismo con mi hermana y con mi madre. Por última estarás tú, te arrancaré al bastardo del vientre y lo verás morir —hizo una pistola con sus dedos y la apoyó sobre la frente de Luna—, luego vendrás tú.

¡*Cállate!*, quería decir ella, pero la boca no le respondía, estaba completamente aterrada, sabía que la *oscuridad* era capaz de todo eso y mucho más.

—Por último —continuó—, me colgaré de la lámpara de la sala, o me tiraré por el balcón, o me volaré los sesos aquí mismo y nunca

jamás me atraparán; estaré tan muerto como tú y como todos lo que te importan. Tendremos el mismo final, ¿no es hermoso?, estaremos juntos para siempre, así sea en la muerte.

Esta vez no sirvió. Esta vez la patada se la llevó él. El puñetazo le dejó un labio partido. El muay thai nunca había dejado de ser la vía de escape de Luna.

CAPÍTULO 29

EL JODIDO TELÉFONO



Víctor lo dudó al principio, no estaba completamente seguro de si era asunto suyo contarle semejante cosa al que alguna vez había sido su cuñado. Roi debía pensar que Luna seguía en su estado de *tristeza*, que a eso se debía la falta de comunicación entre ambos, pero Víctor ya no podía mentir más, no podía esperar a que Luna recapacitara por su propia cuenta y decidiera volver a casa, para así al menos poder ocultarle la verdad a Roi por unas semanas más. No, nada de eso iba a pasar, él *debía* intervenir, Eva se lo había dicho muchas veces.

—La va a matar —lloraba ella—, ese hijo de puta la va a matar. No sabes..., no sabes de lo que es capaz. Dejó a mi madre en silla de ruedas.

—La que sí sabe de lo que es capaz es Luna, y no entiendo cómo puede seguir así.

—No, tú no entiendes realmente lo que pasa, estoy completamente segura de que Luna no quiere estar con él.

—Se fue de casa por su propia cuenta, te lo recuerdo. Otra vez hizo lo mismo. Dudo que llegase a amar a Roi tanto como ella decía. No pasó ni una semana de su partida y ya estaba con el otro de nuevo.

—Sí, pero eso fue al principio. B. tiene un *superpoder* para engañar a la gente, para manipularla, para secuestrarle el alma. Ella..., ella debió caer en alguna de sus trampas, en alguna de sus *máscaras*. Créeme que, para este entonces, esa máscara ya se

debió haber caído, y ella ya se habrá dado cuenta del peligro en el que está.

—Entonces, ¿por qué no vuelve y ya?

—La debe estar amenazando con algo, con cualquier cosa. Ella está embarazada, recuérdalo bien.

—Claro que sé que está embarazada, y es mi sobrina la que está en su vientre. Le debe importar bien poco. ¡Joder! ¿Cómo pude creerla y pensar que había cambiado?

—Por tu sobrina, descuelga el jodido teléfono y llama a Roi. Tiene que venir a ayudarnos.

Y eso hizo, descolgó el *jodido teléfono* y, con la voz temblorosa, le contó a Roi todo lo que estaba pasando, se lo contó con todo lujo de detalles, se lo contó al derecho y al revés, se lo contó y se lo volvió hasta que le quedó completamente claro y sólo hubo silencio desde su lado de la línea.

—Estaré allá en cuanto pueda —dijo finalmente. Víctor sabía a lo que se refería, era buen entendedor y no necesitaba de muchas palabras para comprenderlo. Roi se había ido para renovar su estadía en España, pues su pasaporte sólo le permitía quedarse por noventa días, y debía pasar otros noventa días por fuera para poder regresar. A esos tres meses sólo le quedaban un par de semanas. Parecía poco tiempo, pero Víctor y Eva tenían la sensación de que sería demasiado tarde cuando los pies de Roi finalmente tocasen suelo europeo.

CAPÍTULO 30

EL VESTIDO AMARILLO



—*P*onte esto. Hazlo y olvidaré tu pérdida de control de la semana pasada —ordenó B. mientras, paradójicamente, ponía el vestido amarillo con el que una década atrás la sorprendió en el balcón sobre la colcha de la cama. Luna lo miró con una preocupación que no tenía necesidad de esconder o disimular, tampoco de fingir, pues era genuina y ya se había acostumbrado al sentimiento.

—¿Para qué? —preguntó son sonar desafiante, no iba a desobedecerlo, no iba a *cuestionar* las órdenes, simplemente quería un poco de información, nada más.

—Hoy es un día muy especial para los dos, un día que te prometí desde hace mucho tiempo, y que por fin se hará realidad.

¿Me va a matar de una vez? —se preguntó ella—, *si es así, que lo haga ahora mismo, estoy cansada de perder tiempo.*

Se llevó una mano al vientre, su bebé acababa de darle una suave patadita que sólo ella había podido sentir. No lo hacía sólo por ella misma, lo hacía por su hija, lo hacía para que al menos pudiera nacer, aunque quizá no le esperaba un bonito futuro afuera del útero.

Luna le hizo caso, se puso el vestido amarillo que ya no le hacía ni pizca de gracia, se pintó los labios como él le había indicado, se difuminó los moretones de los brazos y la cara, ahora parecía un poco más adulta de lo que en realidad era, pero unos años de más eran preferibles a tener que lucir sus miserias delante de todo el mundo, para que hablaran de ella, para que la juzgaran, para que

dijeran: *¿por qué no denuncia?, ¿por qué sigue con ese tipo?, ¿por qué no piensa en su bebé?* Claro que pensaba en su bebé, no había segundo alguno en el que aquella criatura no estuviera inmersa en sus decisiones y sus acciones.

Ese día pisó el exterior por primera vez en dos meses, se sentía..., se sentía tan *extraña*, se sentía como una forastera en su propia tierra, se sentía como cigarra saliendo de la tierra después de tantísimo tiempo oculta del resto del mundo.

La gente pasaba junto a ella, todos con el móvil en la mano y un café en la otra, algunos con gafas de sol, otros con audífonos en los oídos, pero todos absortos en su propio mundo, todos ajenos al *horror* por el que ella estaba pasando. Nadie podía ayudarla, nadie iba a ayudarla. ¿Debía gritar?, no, claro que no, ¿qué iba a gritar?

¡Auxilio, por favor ayúdenme!, ¡este hombre está loco!, diría ella y él, con una expresión completamente segura, le diría a la gente que su novia estaba pasando por un fuerte episodio psicótico, que de hecho la estaba llevando al hospital, que tuvieran un poco de paciencia, que tuvieran consideración con ellos y les ayudasen a detener algún taxi, porque él no tenía corazón para llamar directamente al psiquiátrico y tener que llevarla a la fuerza en una ambulancia, atada con una de esas camisas de fuerza con la que detenían la furia de la paranoia, para luego ser dopada con una de esas drogas que aíslan a los locos de su locura.

Dos agentes de policía pasaron en una motocicleta, B. la tomó fuertemente de la mano y simuló abrazarla, sólo para acercarse a su oído y susurrarle:

—Que ni se te ocurra hacer alguna gilipollez.

No hizo ninguna gilipollez, hizo lo que se supone que *tenía* que hacer, lo que se supone que cualquier esposa sumisa y perfecta haría: hacerle caso al marido. O *novio*, si vamos a los aspectos técnicos, aunque de eso ya no importaba, porque ese mismo día fueron al Registro Civil y, con una mano en el corazón y otra en la constitución, se juraron entre ellos amor eterno, respeto y paciencia. Nadie sospechó nada de ellos, nada de ese matrimonio inventado. Nada de nada, ahora llevaría un anillo en su dedo anular izquierdo, un anillo que la ataría para siempre a los tobillos de su verdugo.

Era un día nublado cuando alguien llamó a la puerta sin llamar primero al interfono. B. supuso que debía ser algún otro *jodido* vecino, algún cotilla preguntándose por lo que pasaba en aquel apartamento, por lo que dejó que sonara el timbre durante las primeras tres veces. A la cuarta ya había agotada su muy limitada paciencia y había corrido a ver quién coño era, dispuesto a hundirle los ojos dentro del cráneo con ayuda de los pulgares en caso de ser necesario. Abrió la puerta y se encontró con más gente que la que esperaba. Allí estaban Víctor, Roi, Eva y dos agentes de policía.

—¿Qué es esto? —preguntó él, realmente asombrado.

—Se acabó tu juego —dijo la hermana.

—Buenas tardes, señor Morata —dijo uno de los agentes en un tono *forzosamente* cordial mientras acercaba un documento para que él lo pudiera leer—, debo informarle que se ha formalizado una denuncia en su contra por el delito de violencia doméstica y secuestro.

B. soltó una carcajada que los desconcertó a todos, parecía como si realmente fuera un chiste y no una acusación seria. Él era imposible de leer, nadie podía saber si aquel era otro truco y en realidad estaba asustado hasta los huesos, o quizá realmente era una broma para él. Luna creyó lo segundo.

Los ojos de Roi se encontraron con los de Luna, las miradas decían cosas, decían *tantas* cosas... Lástima que Luna no estaba completamente segura de que Roi supiera lo que pasaba, que comprendiera la gravedad de la situación, que entendiera los gritos de auxilio que proferían sus ojos a pesar de que su expresión se mantenía estática, como fuera éste un brutal juego de póker que no parecía tener fin.

—Luna no es ninguna víctima —decía B. al terminar de leer rápidamente aquel documento, no paraba de sonreír—, ella está aquí por su propia voluntad.

—¡Hijo de puta! —gritó Víctor y tuvo que aguantarse las ganas de reventarle la cara a golpes.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —dijo el agente y ella se congeló. Todas sus células quedaron fijas en una petrificante contracción que no respondía a las órdenes del cerebro.

B. la miró, su mirada también era neutra, pero..., pero allí estaba, ¡allí estaba!, allí estaba la oscuridad, la miraba, la amenazaba en silencio. B. sonrió y ella estuvo a punto de romper a llorar.

—Est... —dijo su voz se apagó, uno de los agentes se llevó la mano a las esposas del cinturón en un movimiento disimulado, se preparaba para una posible confrontación con B.

La imagen pasó rápida en su cabeza, diría que no, que no estaba bien, que aquel tipo era un loco, que iba a matarla. El agente alistaría las esposas y le pediría a B. que se diera la vuelta, éste *simularía* hacerlo y, cuando el agente se acercara por la espalda, le daría un codazo en la cara que lo noquearía de inmediato. Agarraría la pistola con la agilidad de un gato y le clavaría dos tiros en la frente al otro agente, luego uno a su hermano, uno a Eva, otro a ella y luego él se tiraría de cabezas por el balcón. No podía permitirlo, no podía tener ese final.

—Estoy bien —dijo y quiso golpear su cabeza contra la pared hasta hacer un agujero hacia el apartamento contiguo. No puso soportar ver los ojos de Roi hundiéndose en la decepción. Quiso morir, pero debía morir sola, no podía llevárselos a todos por delante. No era como B.

—Luna —dijo Roi, estaba a punto de llorar, quizá ya estaba llorando y ella aún no se había dado cuenta, sólo quería..., solo quería que todo terminara, quería morirse, quería que un meteorito cayera en ese mismo instante sobre Madrid y los pulverizara a todos en apenas un suspiro, que se llevara todos los problemas, que se llevara todas las miserias.

—Ya la habéis oído—apuró B., un poco nervioso por lo que podría pasar si Luna llegaba a delatarlo—, ella está bien.

—Luna, por favor... —Roi tenía la voz quebrada, era evidente que sí lloraba, que sí se lamentaba, que de verdad pensaba que ella lo estaba dejando, que lo había *reemplazado* por aquel monstruo con el que ahora vivía—. Por favor no me hagas esto.

—Luna —dijo su hermano, tenía la misma cara de Roi, ambos estaban muriéndose por dentro, ambos estaban derrumbándose.

—Él la manipula —acusó Eva, mirando a uno de los agentes—, ya lo ha hecho antes, la tiene prisionera, la amenazó con hacernos

daño o con matarla.

—Señorita, por favor acompáñenos a la comisaría —dijo el agente, Luna miró a B., quien negó levemente con la cabeza. Ir a la comisaría era lo peor que podía pasarle en ese mismo instante.

—Ella no va a ningún lado —gruñó B., los agentes percibieron el peligro, pero no parecían dispuestos a confrontarlo ahora mismo.

—¿Por qué no?

—Mi vida, ¿quieres ir a la comisaría? —la apuñaló con los ojos.

—No, aquí estoy bien —dijo ella mecánicamente, destrozada, aún con ganas de morirse, con ganas de que todos se murieran, de que todo acabara.

—Lo ha dejado claro.

—Eso no es suficiente, ¿podemos entrar a su casa, señor Morata?

—¿Tiene alguna orden de registro?

—No, me temo que no.

—Ah, ahí está la respuesta.

—¿Acaso tiene algo que ocultar?

—No, no tengo que ocultar.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué no nos deja echar un vistazo?, ¿acaso nos tiene miedo?

—No, no os tengo miedo.

—¿Y no confía en nosotros?

—En la policía sí confío, en los que no confío son en esos tres idiotas que están con vosotros, los que quieren destruir mi relación, los que quieren acabar con mi matrimonio.

—Ellos no entrarán, no se preocupe.

—Y vosotros tampoco entraréis.

—¿No quiere cooperar?

—No hay nada por qué cooperar, no tenéis ninguna orden de registro, no tenéis nada contra mí.

—Señor Morata...

—¿Vais a arrestarme?, ¿llevo encima alguna orden de captura?

—No.

—Entonces largo de aquí, no sois bienvenidos, es una pena que los hombres del mismísimo cuerpo de policía se presten para estos escándalos de telenovela. ¿Acaso no veis que somos felices?, ¿no podéis aceptarlo?, ¿no podéis superarlo?

—¡Luna! —lloró Roi y extendió sus manos hacia ella—, Luna, por favor, ven conmigo, vamos a casa..., *por favor...*

—Luna, no nos hagas esto, por favor —suplicó Víctor—, no otra vez, no más, por favor, mamá no lo soportará, yo tampoco lo soportaré.

—Luna, te amo más que a nada en el mundo —continuó Roi—, te lo he dicho muchas veces, por favor, ven conmigo...

—Estoy bien —finalizó ella antes de entrar en la habitación y esconderse bajo las sábanas para llorar en paz, escuchó unas cuantas voces que seguían *negociando* en el pasillo de la entrada, luego la puerta se cerró. Se habían ido, quizá para siempre.

CAPÍTULO 31

NARRADO POR ROI



Y el héroe comenzó a estorbar. Tal vez porque nunca encontró su capa, ni sus poderes y al igual que de amor no se alimentaba un cuerpo tampoco se salvaba. Lo único que yo tenía para ayudarla era lo que sentía y para Luna no era suficiente. Porque ella ya cargaba demasiadas culpas sobre sus hombros, porque el recibimiento no fue como esperábamos, porque el pasado en aquel lugar se convertía en un insoportable presente.

Lo notamos a pesar de no hablarlo. Se notó en los besos o falta de ellos, en las caricias que parecían haberse quedado en algún lugar de aquellas montañas en la que fuimos felices. Luna se alejó, y no en cuerpo, pero sí en alma. Saber que su padre había fallecido mientras ella no estaba la destrozó, los reproches de Víctor también lo hicieron y yo no quería aceptar las palabras de su hermano. No podía creer cuando me decía que no la conocía, porque sí lo hacía. Cinco años compartiendo la vida a su lado daban para mucho.

Sabía cuándo estaba molesta solo con mirarla, cuando estaba ilusionada y cuando no quería mi compañía y prefería estar sola. Durante aquel viaje recibí mucho de esa necesidad de soledad.

Puede que no la conociera tanto, puede que aquel viaje no fuera buena idea... Lo cierto es que no lo fue. En Colombia éramos felices, no había miedo, no había preocupación, nos teníamos el uno al otro y agregar una nueva incógnita a aquella ecuación recién descubierta fue demasiado.

Para mí descubrir que tal vez no la conocía tanto.

Para ella darse cuenta que el pasado era difícil de superar.

Incluso con aquellos inconvenientes me habría quedado a su lado a la espera de que todo volviera a la normalidad, a que Luna regresara a ser la misma mujer que se arropaba en la cama entre mis brazos y dejara de ser esa nueva persona taciturna, seria y que me rehuía.

Cuando llegó el momento de regresar a Colombia ocurrió lo que más había temido, ella no quiso regresar a nuestra vida y lo entendí, o tal vez deseé que fueran ciertas sus palabras. Que realmente no quisiera separarse tan pronto de su familia recién reencontrada, aunque una parte de mí sabía que solo intentaba convencerme.

Volví a Colombia con la promesa de regresar por ella, por el hijo que crecía en su vientre y Luna lo aceptó.

Pensé que un tiempo separados nos vendría bien a los dos para adaptarnos a los nuevos cambios... De nuevo el intento de héroe de esta historia erró. Porque no llegué más que a ser un actor secundario en la película de su vida y yo siempre quise optar al papel principal.

Mi mente lo supo en cuanto el tiempo alejados comenzó a transcurrir y la comunicación era cada vez menor. En esas ocasiones en que conseguía localizarla y ella seguía ajena a todo, ajena a lo que sentía por mí.

Conseguir que el corazón y la mente trabajen en conjunto a veces es complicado, para mí lo fue, porque me resistí a creer que aquellos cinco años juntos solo habían contado para mí y todo estaba roto. Lo descubrí de la peor forma, cuando me dije mil veces que la familia de Luna no tenía motivos para mentirme y que ella estaba recuperando el tiempo perdido y resultó ser una gran mentira.

Si hubiera conseguido aplacar los sentimientos y pensar de forma racional, regresar a Madrid para verla casada con la misma persona que le arruinó la vida no me habría afectado tanto. Puede que no hubiera rogado como un niño herido en la puerta de aquella casa pidiéndole que regresara conmigo mientras ella me rechazaba.

Ese día creí las palabras de Víctor, yo no conocía a su hermana, no en su totalidad, y me aferré a eso para calmar el ego herido de

ser abandonado, para suavizar el dolor que me oprimía el pecho y me quemaba.

Me dije que aceptaría su decisión y no me rebajaría a continuar tras ella rogándole otra oportunidad. Había decidido que no quería estar a su lado, pero que llegado el momento lucharía por el bebé que crecía en su vientre porque eso sí no podía negármelo. Faltaba demasiado para ese momento y Madrid me dolía. Aquel lugar se había convertido en parte de un mal sueño.

Regresé con la frente en alto a Colombia y el corazón destrozado, con demasiadas preguntas en mi cabeza y muchas imágenes. Las mismas que se sucedían una tras otra en mi memoria para torturarme.

Luna con aquel hombre.

Luna casada con él.

Luna dándome la espalda y desapareciendo en la habitación.

Luna con la mirada aterrada...

Lástima que el lenguaje de sus ojos me pasó desapercibido entre la montaña rusa de sentimientos y solo lo descifré cuando ya era tarde.

Demasiado tarde para dar marcha atrás en el tiempo.

CAPÍTULO 32

AHOGAR LAS PENAS



—Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti —dijo él mientras le entregaba un hermosamente repulsivo ramo de flores amarillas, ella las tomó con resignación, quería que fueran rosas para poder desgarrarse la piel con las espinas, pero eran de las estúpidas e inofensivas flores que sólo representaban un peligro real para los alérgicos y asmáticos. Quizá también representaban algún tipo de peligro real para ella, pues ya se había acostumbrado a asociarlas con palizas previas. Era como la golosina que daba el doctor luego de la inyección. Suspiró, al menos esta vez la paliza no había sido física, aunque tenía el corazón hecho pedazos.

Fueron a un restaurante bonito, uno al que él seguramente la habría llevado años atrás durante el periodo de *conquista* de la relación, que más que una conquista había sido una intrusiva invasión a su corazón. Luna se prometió que no la vería llorar esa noche y prefirió ahogar sus miserias en el vino, al menos hasta que él tomó la botella y la alejó de ella.

—Creo que ya es suficiente para ti, señorita.

—Creí que estábamos celebrando —dijo y fingió una sonrisa que aparentó ser sincera, la tenue embriaguez le había ayudado en eso —, ¿no?

—Podemos celebrar de otras maneras, en casa —le guiñó un ojo, ella quiso arrancarle ese globo ocular con sus propios dedos.

—¿Y qué tal si empezamos de otra vez?

—¿Por qué tanto afán?, recuerda que no puedes beber alcohol si estás en embarazo. No puedes emborrachar al bastardo, seguramente es ilegal.

—¿Qué más da? —sonrió. Sí, ¿qué más daba?, en un arranque de ira podía fácilmente matarlos a ambos, ya no habría más Luna y ya no habría más *bastardo*. Siguió bebiendo, quizá así la muerte no sería tan dolorosa, Átropos podía llegar a cortar su hilo en cualquier momento.

—Anda ya, creo que ahora sí es suficiente —dijo él finalmente, cuando la velada estaba por acabarse. Varios comensales miraban con disgusto desde las otras mesas, cuchicheaban entre ellos, juzgaban a la mujer embarazada que bebía como si su panza fuera de tejido adiposo y no de tejido embrionario.

Regresaron a casa y, por el estado en el que se encontraba Luna, él no pudo celebrar de *otras maneras* esa noche. Ella cayó dormida casi al instante, no soñó con la noche brumosa en aquel débil puerto de madera ante la implacable furia del mar, el sueño fue algo más cálido, al menos al principio.

Su hija ya había nacido, era una preciosísima niña de cuatro años con los ojos nucleares de su madre y el cabello rubio de su padre, llevaba un vestido de flores amarillas mientras saltaba entre los pastizales de una casa en la montaña. Se veía feliz, sonreía con cada uno de sus dientes, como pasaba sus manos por las espigas de la hierba que se sacudía con el viento. Al fondo estaba la pequeña y encantadora cabaña de un solo piso, fueron hasta ella y sintieron el agradable y delicioso aroma de patatas rellenas y pasteles recién hechos. Llegaron a casa y B. los recibió con los brazos abiertos y los ojos brillantes.

Había sobre la mesa un exquisito banquete esperando a ser devorado, se sentaron en sus respectivas sillas y empezaron a comer. Luna empezó con las costillas, luego pasó por las patatas rellenas de berenjenas, y luego por las aceitunas y las setas rellenas. Luego del vino y de los platos fuertes, remataron con panecillos con mermelada y otros pequeños postres para los que siempre había un sitio libre en el estómago por más lleno que este estuviera.

El día había sido aparentemente agradable, nadie había visto venir esa brutal tormenta que se acercaba sin piedad alguna. En un momento estaba haciendo un bonito día, y un segundo después los rayos astillaban los árboles más aislados de los pastizales. Fue uno de esos estruendos el que causó que la pequeña niña se asustara y dejase caer el vaso con jugo de naranja. El cristal se rompió en el suelo y un pequeño tsunami amarillo empapó la moqueta. De repente, el sol se murió, las sombras se alargaron, se expandieron, crecieron y lo consumieron todo, sólo se distinguían los rostros.

La cara de B. se transformó, la *oscuridad* brotaba desde cada poro de su cuerpo, lo envolvía, lo *controlaba*..., o..., o quizá ya no lo controlaba, ya no había necesidad de controlarlo. B. había muerto y la oscuridad había estado usando su cuerpo como si fuera un cascarón vacío a la espera de algún cangrejo ermitaño para ocuparlo.

Él se puso de pie y toda la comida se descompuso, los panes se llenaron de moho y el vino se transformó en vinagre. Luna no se movió, no podía hacerlo, no lo tenía *permitido*. Se quedó obedientemente en su sitio mientras él apretaba su puño, se acercaba a la pequeña niña y le daba un fuertísimo golpe en la cara.

Luna Belmonte abrió los ojos, estaba en su cama, comprendió de inmediato que había sido sólo un sueño. *Sólo un sueño*. No, no era sólo un sueño, la pesadilla no había acabado, tenía al *monstruo* abrazándola por la espalda. Esperó a que su respiración y su pulso se reestablecieran al ritmo normal antes de intentar liberarse de él, poco a poco, paso a paso, siendo delicada y sutil en cada uno de sus movimientos. El hombre roncaba y esos ronquidos podían ser indicios de que se encontraba en las etapas más profundas del sueño, pero no quería correr más riesgos.

Lentamente se puso de pie, aguantó la respiración y luego salió de la habitación andando en puntillas. La puerta de las escaleras estaba cerrada con todos los cerros que él le había incrustado. No había escape, lo sabía. La puerta del balcón del comedor se abrió con mucha facilidad, a ésa no le ponían cerrojos ni pasadores, era la única puerta al exterior, aunque representaba una aterradora caída de muchos metros que acabaría con cualquier suicida y con todas y cada una de las siete vidas de cualquier gato.

Empezó a llorar, la única salida parecía ser la muerte. Si no moría hoy, él la mataría luego, las *mataría* a las dos, a la madre y a la criatura que aún no había podido apreciar el sabor del aire. Quizá..., quizá quedaba una salida más, una infame, pero tal vez necesaria.

El *monstruo* debía morir.

CAPÍTULO 33

NO ES UN CRIMEN SOÑAR



Una Belmonte parecía completamente decidida a lograr su objetivo, aunque aún tenía un poco de lucidez y cordura que le rogaban un poquito de prudencia. B. Morara debía morir, debía ser arrastrado hasta el infierno del que venía, ésa era la única forma en la que la dejaría en paz para siempre.

La cosa podría acabar muy fácil enterrándole un cuchillo en la garganta, lo sabía, él nunca lo habría visto venir, nunca lo habría sospechado. Él creía que la tenía justo en la palma de su mano, la tenía aterrada y sumisa, justo como él la quería, completamente deshumanizada, completamente despojada de emociones y carácter. Podía ser durante la próxima cena, él se acercaría por detrás en uno de sus raros momentos de asqueroso romance, ella se daría la vuelta y hundiría la hoja metálica en la carne del cuello.

¡Qué fácil —pensó—, demasiado fácil para ser verdad. Al menos él no puede invadir mis deseos, ¿verdad?, aún no es un crimen soñar.

No, no era un crimen soñar, lo que sí era un crimen era el homicidio, eso cambiaría su vida para siempre. En el peor de los casos sería hallada culpable de homicidio en primer grado y la enviarían a pudrirse a la cárcel, le quitarían a su hija en cuanto naciera y estaría destinada a vivir otro infierno parecido a aquel del que había escapado. En el mejor de los casos, aludirían a algún *momento de conmoción* y la enviarían a alguna institución de salud mental (un eufemismo para decir manicomio), nacería la bebé y de todas formas se la quitarían, y, a diferencia de la cárcel, allí pasaría

sus días entre pastillas y mareos vibrantes, mientras la sociedad se asegurada que ella no fuese a tener ninguna otra *conmoción* en el futuro.

—Debo ser inteligente —dijo en voz baja y no pudo soltar una carcajada. ¿Inteligencia?, ése era un don que ella no poseía, sino no habría sido tan estúpida de volver a lo mismo de antes. Ya sabía lo que la gente decía: *la primera vez es tu culpa, la segunda vez es la mía*.

No era inteligente, era estúpida, era idiota, era todos los adjetivos que le quisieran poner, sí, era eso y mucho más, pero aquí ya no había espacio para los remordimientos ni para el pasado, que eso ya no importaba de nada, ahora lo único que importaba era el presente, y de ese presente dependía el futuro.

Quería matarlo, quería matar todas y cada una de sus células, quería que la sangre abandonase las venas, quería que sus pulmones exhalaran un último aliento, que sus ojos dieran un último destello, que su piel se blanqueara, que la temperatura descendiera, que vinieran las moscas a hacer lo que siempre hacen cuando hay un muerto sin atender.

Quería eso, ¡sí que lo quería!, pero debía ser más *astuta* que eso. Matarlo solucionaría uno de los problemas, quizá el más grande de todos, pero crearía otros casi igual de aterradores. Necesitaba hablar con alguien, lo necesitaba urgentemente, pero había cortado todo el contacto con sus amigos y familiares, y dudaba que ellos quisieran volver a saber de ella después de lo que había hecho.

En el estudio estaba el pesado y viejo ordenador de mesa, en donde uno de los cables salía de la torre y se hundía en la pared. Era un cable de internet, había pasado años enteros sin ver uno de éstos. Estudió minuciosamente la rutina de su *amante* por el tiempo que le pareció prudente. El ordenador estaba sin contraseña, supuso que a él no le preocupaba en absoluto que ella lo usara. ¿Qué podía hacer?, ¿pedir ayuda? No, terrible idea, no había ninguna ayuda por pedir, ya nadie iba a ayudarla y tendría que arreglárselas sola.

Quizá no era nada inteligente, pero Luna Belmonte no era una completa estúpida, no del todo, pues sabía que podía pedir alguna

clase de *consejo* o *guía* en los foros femeninos que había empezado a visitar cuando logró dar con Sofía.

Tomó todas las precauciones que suponía que debía tomar, se aseguró de borrar todas sus huellas y camuflarlas en búsquedas superfluas e inocuas, cosas de las que B. nunca sospecharía, a no ser que volviera a casa con uno de sus cada vez más frecuentes periodos paranoicos que poco a poco empezaban a transformarse en psicóticos.

Se enteró de lo que ya sabía, no era la única que pasaba por algo similar, la única *estúpida* que había caído otra vez en el mismo agujero. Cliquéó y navegó tanto como el tiempo se lo permitió, tomaba notas mentales para no dejar rastro de lo que planeaba hacer. Quizá matarlo era un poco exagerado, él tendría lo que quería, él no *pagaría* por lo que había hecho y desaparecería en el abismo de la muerte, como si nunca hubiera existido. No, no lo podía permitir, él *merecía* un castigo, uno de verdad, uno de esos que sólo se pagan en la tierra, pues más allá de la muerte no hay certeza de nada.

Ella debía escapar y, cuando estuviera completamente segura, debía acudir a las autoridades y contarles por todo lo que había pasado, debía hablar con alguien a cargo, ojalá con una mujer que muestre un poquito más de empatía que la que normalmente tienen los hombres por defecto.

Pensaba que sólo había dos salidas del infierno, una era la larga caída desde el balcón y la cruel bienvenida del asfalto, y, la otra, era salir por la puerta con la ropa manchada de la sangre de B. Morata. Apenas ahora divisaba una tercera opción, una en la que salía por la puerta sin las manos ensangrentadas, pero con el bulto aturdido de B. tumbado en el suelo. Debía drogarlo para conseguir escapar.

CAPÍTULO 34

DUÉRMETE YA



La puerta siempre tenía echados todos los pesados y segurísimos pestillos que B. le había puesto. Él muy bien sabía que no eran necesarios, las amenazas que le había hecho eran suficientes para mantenerla encerrada, mantenerla a raya, mantenerla completamente alejada de la idea de una posible y eventual fuga.

Quizá no le convenía que la gente viera a Luna rondando por ahí, con tantos moretones, con tantos raspones, con tantas heridas que aún no habían curado. Él sabía lo que dirían, sabía que la gente empezaría a suponer cosas, empezarían los cotilleos de balcones y pasillos, luego tendría los ojos de todo el mundo enfocándose en lo que pasaba detrás de la puerta izquierda del sexto piso. Mejor así, mejor tenerla encerrada, que hiciera lo que hacían las mujeres de verdad, las esposas de verdad, como en los viejos tiempos que realmente no eran tan viejos.

Luna debía ser inteligente, debía *simular* ser sumisa, pero el tiempo estaba en su contra, y ese tiempo se traducía en semanas de gestación. Cuando el bebé naciera, todo cambiaría, perdería el control de la situación, podría pasar cualquier cosa. Debía salvarse a sí misma y debía salvar a su hija.

Cuidó cada gesto, cada palabra y cada movimiento para no hacerlo enojar y, cuando se enojaba sin razón alguna, aceptaba que era su culpa y le pedía perdón. Las heridas poco a poco se cerraron y, las que no lo hacían, las camufló con enormes capas de

maquillaje que se encargaron de recrear lo que ella había sido antes del desastre.

No se quejó cuando él le pedía que hiciera algo, e incluso tampoco se quejó cuando, borracho, la buscaba entre las sábanas para hacer lo que se suponía que era su obligación como esposa. Jugó el mejor papel de su vida, tomando las providencias necesarias para no terminar creyéndoselo ella misma.

B. siempre estaba de buen humor durante los días soleados, hasta le permitía ir a la tienda a comprar cigarrillos y una botella grande de Coca-Cola. En los días nublados cambiaba la Coca-Cola por licor barato y los cigarrillos por analgésicos para la resaca del día siguiente. Durante los días lluviosos ni siquiera la dejaba salir de la casa, le gritaba, daba órdenes confusas, mantenía enfadado todo el tiempo y gruñendo para sí mismo. Ella ya conocía cada uno de los ciclos y desniveles de la montaña rusa en la que se había convertido su estado de ánimo, por lo que sabía cómo actuar y qué decir en cada una de ellas.

Estaba tan acostumbrada que a veces ni siquiera le molestaba interpretar su papel, y, de vez en cuando, tenía la sensación de que, más que un papel necesario para su supervivencia era su nuevo estilo de vida y que casi no le molestaba. Llegó hasta el punto de creer que había domado a la bestia, que podía tener una vida completamente *normal* si se adaptaba del todo a B., a sus cambios de humor, a sus mañas, a sus vicios y a todo lo que componía aquel complejo y enredado rompecabezas que conformaba el cerebro del hombre más guapo del mundo, pero el más peligroso también.

A veces no podía negar que todo eso la hacía sentir viva, que aquella relación era excitante a pesar de lo tóxica, y es que había descubierto que en el peligro estaba el placer, en el riesgo estaba el gozo.

Esos pensamientos, aunque intrusivos, no duraban mucho en su cabeza, no tenían protagonismo alguno, ella los espantaba tan pronto como aparecían. La vista se le había nublado dos veces, y en la segunda había sido su culpa. No habría una tercera, no dejaría que los ojos se le cerraran, especialmente porque ya los tenía bien abiertos.

En una de las cortas salidas que él le permitía durante los días soleados, fue hasta una farmacia para reponer los analgésicos que faltaban en el botiquín después de las engorrosas resacas que la tormenta del fin de semana pasado había dejado como recuerdo junto con los cigarrillos aplastados y las botellas vacías. No había planeado hacerlo ese día, pero un impulso inexplicable le obligó a añadir a su compra, en una factura separada, un paquete de somníferos de los fuertes. Se sorprendió de que no le pidieran alguna prescripción médica, seguramente había sido un error por el que más adelante reñirían a la dependienta, o quizá se trataba del somnífero más fuerte que se podía conseguir sin prescripción. Sea como fuere, era ésa su única arma, su única vía de escape, y debía ser inteligente.

Su prominente barriga se balanceaba con cada paso que daba, la criatura había estado calmada los últimos días y ella sabía que era ésa la típica calma que reinaba antes de la furia de la tormenta, por lo que también entendía que el tiempo se le agotaba y que debía actuar con rapidez.

Se guardó el frasco al interior de su ropa de embarazada e intentó disimular la nueva protuberancia llevándose el bolso a la parte delantera. B. tenía buena vista, pero no sospecharía de un actuar extraño si el día era soleado, y aquel día el sol brillaba con fuerza en todo lo alto de un fondo azul.

Llegó a casa y él ya se había ido a trabajar, guardó el frasco en la rendija del aire acondicionado del baño y les rezó a todos los dioses para que B. nunca se enterara, pues sabía que ese sería el fin para ella y sus seres queridos. No había ido a los controles del ginecólogo desde hacía meses, pero suponía que el bebé estaba apenas a unas dos semanas de distancia, si es que no se le ocurría la *magnífica* idea de aparecer antes de tiempo.

Hizo lo que se suponía que debía hacer, siguió limpiando, siguió cocinando, siguió asistiendo a su marido en todo lo que él le solicitaba, y esa sonrisa de satisfacción en la apuesta cara de B. no podía ser de otra cosa más que la de la felicidad de haber *adiestrado* a Luna Belmonte. Sí, mejor así, mejor que se lo creyera.

Era la única forma de seguir viva.

El día de su escape no fue elegido al azar, no, ¡claro que no!, ella había comprobado cientos de veces el pronóstico del clima para toda la semana; necesitaba uno en el que la probabilidad de lluvia fuera la más baja del mes, en el que el abrasador sol achicharrara todo bicho viviente que osara salir al aire libre. Esos eran los días que B. disfrutaba, eran sus favoritos, los días en los que la oscuridad desaparecía de sus ojos y le hacía el amor con más pasión que lujuria. El día perfecto para escapar.

Luna Belmonte se despertó antes de que él lo hiciera primero, fue hasta la cocina y usó todos sus dotes culinarios para preparar un muy buen desayuno, teniendo en cuenta las limitaciones de una nevera medio vacía y una pila de facturas y deudas acumulándose sobre la mesa de café.

Sacó las pastillas de su escondite y se las metió en el bolsillo del albornoz. ¿Debía dárselas enteras?, no, lo notarían al instante, lo mejor sería triturarlas, ¡sí!, macerarlas cuchara con cuchara hasta que quedara un polvo blanco completamente fino y libre de grumos. ¿Dónde lo pondría?, ¿sobre los huevos?, no, los huevos no, ¿y el jugo de naranja?, podría ser, pero..., ¿qué sabor tendría el polvo del Deprax?, ¿acaso dulzón?, ¿acaso amargo?, no contaban ese tipo de características en la etiqueta, apenas mostraban la composición y la concentración de los compuestos activos, nada más. ¿Y si el sabor era dulce?, eso lo haría mucho más fácil, podría ponerlo en el jugo de naranja. ¿Y si era amargo?, bueno, él podría quejarse del sabor del jugo y *ordenarle* uno más decente. ¿Y el café?, sí, el café también era buena opción, el café es de naturaleza amarga, él simplemente pediría un poquito más de azúcar y luego se lo bebería todo. En fin, dulce o amargo, no había forma alguna de averiguarlo, y no era tan estúpida como para atreverse a probarlo.

—Buenos días —dijo su *marido* desde la alcoba, se escuchaba cómo se revolvían las sábanas mientras él se estiraba y se ponía de pie, el tono de su voz era tranquilo, quizá un poquito alegre. A lo mejor había sido recibido por los rayos del sol y se había dado cuenta de que la *oscuridad* no se acercaría hoy a sus ojos.

—Buenos días —respondió ella y su tono también era alegre, o al menos eso intentaba que pareciera. El pulso empezaba a acelerarse, incluso sentía que podía dar a luz allí mismo por tantos

nervios que la invadían desde los dedos de los pies hasta la coronilla. ¿Dónde lo pondría?, ¿DÓNDE LO PONDRÍA?

El café —pensó.

¡Sí, sí sí!, ¡el café! Abrió el frasco y se alegró de que los medicamentos no vinieran en forma de comprimidos, por lo que no tenía que macerar las pastillas con cucharas. Los medicamentos venían presentados en una de esas cápsulas blandas que llevaban el compuesto activo en su interior, sólo debía abrirlas por la mitad y se habría ahorrado casi todo el trabajo. ¿Sería buena idea?, la cápsula estaba diseñada para sobrevivir a los jugos gástricos y llevar el medicamento intacto hasta un lugar de absorción, supuso que el ácido neutralizaría gran parte de aquel polvo, por lo que no dudó en abrir otra cápsula más, y otra más, y otra más, ¡y muchas más!, las suficientes hasta tener una buena montañita blanca. Echó la mitad en el café y lo revolvió, no sin antes tocar el polvo con sus dedos y llevárselo a la boca, el sabor era un poco amargo, podría culpar a la calidad del café barato mientras le agregaba un poquito más de azúcar. No podía parar de sonreír.

—Huele delicioso, mi vida —anunció B.

—Es el desayuno, no vengas, te lo llevaré a la cama.

—No tienes que molestarte.

—No es ninguna molestia, lo hago porque quiero, lo hago porque *te amo*.

—Pues no creo que me ames más de lo que yo te amo a ti.

—Entonces deja que te lo demuestre —sentenció cuando el último grumo del polvo blanco había desaparecido en la negrura del café.

Le llevó la comida a la cama tal y como se lo había prometido, parecía como si fuera su cumpleaños, o su aniversario, o alguna ocasión especial. Para B. era una ocasión especial por el día tan bonito que hacía afuera. Para Luna, era una ocasión especial porque sería el día en el que finalmente se liberaría del infierno que había estado consumiéndola por tanto tiempo.

—¿Tú no vas a acompañarme? —preguntó él cuando vio que ella no había traído su desayuno.

Tonta, tonta, tonta, ¡QUÉ TONTA! Se había olvidado por completo de ese estúpidamente minúsculo detalle, detalle que ahora

era grande y amenazaba con delatar lo que había planeado.

—Desayuné mientras lo preparaba —se excusó torpemente—, estaba muerta de hambre, no podía esperar.

—¿No quisiste desayunar aquí conmigo? —se decepcionó un poco.

—Estoy contigo.

—No es lo mismo tener un desayuno juntos a que tú me mires mientras yo desayuno.

—Quiero verte feliz, *tontín* —le pellizcó una mejilla con suavidad y luego se la besó, aquel beso había sido con lengua, quería despertar las hormonas del placer en su *marido* para que la reacción endocrina camuflara la evidente mentira que le contaba.

—No me tienes a hacerte el amor aquí mismo, porque sabes bien que soy capaz.

—Pues que ése sea el postre, mi vida, porque no aguanto las ganas de tener tu cuerpo sobre el mío.

B. hizo un gesto como si fuera a retirar la bandeja, pero Luna lo detuvo con rapidez e insistió en que primero debía comer, pues debía sacar fuerzas del desayuno para la faena que iban a desatar a continuación. Él obedeció, se tragó de un par de bocados los huevos y las tostadas, se bebió en cuatro tragos todo el jugo de naranja y le dio un trago al café antes de hacer una mueca.

—Está caliente —se quejó.

—Recién lo hice, es por eso.

—Y un poco amargo también.

—El café es amargo, mi vida —sonrió y le acarició el cabello—, esa es la gracia.

—Quizá..., ¿quizá un poco más de azúcar?

—¿Seguro?

—Sí, cariño, estoy seguro.

—No tardo —respondió mientras recibía la taza y trabajosamente se bajaba de la cama, el bebé había empezado a patear, seguramente estaba inconforme con tantas hormonas del estrés que se arrastraban por las venas de su madre.

El corazón de Luna saltaba en su pecho mientras ella se deslizaba hasta la cocina y buscaba el frasco del azúcar. ¿Cuántas cucharadas debía echarle?, no sabía qué tan amargo estaba el café,

tampoco sería tan imbécil como para probarlo. Era un día soleado y B. se había quejado, lo que indicaba que el café estaba realmente amargo. Esperó que tres cucharadas fueran suficientes.

B. seguía sentado en la cama en la misma posición en la que lo había dejado hace menos de dos minutos, la miraba con esos ojos de expresión inexplicable y de lectura imposible, no *podía* saber lo que pasaba por su cabeza, lo que pensaba, lo que *planeaba*. Al menos era más que obvio que la oscuridad no se estaba asomando por las pupilas.

—Espero que con esto baste —dijo ella mientras le entregaba el café—, y ya no está tan caliente como antes.

—Eres muy atenta conmigo, muchas gracias.

—Es mi labor, eso es lo que hacen las mujeres.

—Me gusta que pienses así, estamos en sintonía.

—En sintonía —repitió y él le dio un sorbo al café, al parecer ahora era de su agrado, pero..., pero había otra cosa que también era de su agrado, y lo supo por la manera en que la miraba.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Bebe el puto café, maldita sea, pensó mientras simulaba ser coqueta. Él dejó la taza a un lado y se acercó a ella para besarla, sus manos pasaron por la tela y navegaron sobre su piel hasta llegar a puntos eróticamente sensibles. Ella se estremeció, aunque sabía que no podía desviarse. *¡Que te bebas el puto café, joder!*

—Termina el desayuno primero, mi vida —murmuró ella entre los besos.

—Ya lo terminé, ahora te quiero a ti como postre.

—Te falta el café.

—Es sólo café —sonrió—, se puede calentar si se enfría.

—Pero ya no sabrá igual, mira que lo endulcé por ti.

—Como digas —dijo él mientras volvía a agarrar la taza y se bebía todo casi de golpe. Luna casi salta de la emoción. Se besaron con más pasión que antes, esta vez no tuvo necesidad de fingir las caricias ni los gestos de placer.

B. se quitó la camisa de un solo movimiento y posó sus manos sobre el cuerpo de su esposa, ayudándole a desnudarse. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto aquel medicamento?, ¿dos

segundos?, ¿una hora?, ¿tres horas?, ¿quizá seis? No importaba, nada de eso importaba, nada de eso opacaba el hecho de que justo ahora el Deprax bajaba hacia su estómago y era absorbido para posteriormente distribuirse hacia todas partes en aquella gran autopista sanguínea que surcaba su cuerpo. Él caería como una roca, y lo haría tarde o temprano; sólo esperaba no dar a luz antes de eso.

Él se bajó el pantalón de su pijama y quedó casi desnudo, besaba la piel de Luna como si estuviera hecha de algún postre exótico. Ya estaban a punto de consumir las caricias cuando el timbre sonó dos veces, y luego tres, cuatro, cinco. La persona al otro lado de la puerta había clavado su dedo en el timbre y no se iría hasta que le atendieran el capricho.

—¿Pero qué coño pasa? —gruñó él y Luna temió que la oscuridad se atreviera a asomarse en un día soleado.

—No le prestes atención —dijo ella—, ven aquí, quiero tenerte conmigo.

El estridente chirrido siguió intoxicando la atmósfera, el ruido era capaz de causarle dolores de cabeza hasta a un cadáver. B. volvió a gruñir antes de volver a ponerse el pantalón para ir a ver quién se atrevía a interrumpirlos.

—Mi amor...

—Será sólo un segundo —se excusó él—, debe..., no sé, debe ser algún vagabundo que se coló en el edificio, a veces alguien olvida cerrar la puerta de la calle. O quizá son los Testigos de Jehová, no es la primera vez que les da por ir llamando de piso en piso hasta encontrar a alguien que les abra.

No se tambaleaba, aún parecía conservar sus cinco sentidos con toda la vigorosidad de antes. Luna no se quedó en la cama, fue tras él como un gato curioso y sigiloso. B. avanzaba por el pasillo hacia la puerta, aun acomodándose la ropa que acababa de ponerse.

—¿Quién es? —preguntó antes de llegar hasta la mirilla, del otro lado respondieron con otro timbrazo y añadieron un golpe a la puerta, la tensión aumentó. B. pegó el ojo a la mirilla y soltó un suspiro— ¿Otra vez?

—¿Quién es? —preguntó Luna.

—La gilipollas de mi hermana.

—¿Qué quiere?

—No sé —el timbre volvió a sonar, era cuestión de tiempo antes de que B. perdiera la paciencia y la oscuridad desafiara sus propias leyes para poder aparecer en un día soleado.

—¿Le vas a abrir?

—Sí —dijo mientras quitaba los pestillos—, no se va a ir por sí sola, tengo que echarla como la última vez. Se lo ha ganado.

Se lo ha ganado.

La puerta se abrió, la imagen de una Eva despeinada y *enloquecida* se veía al otro lado del umbral. Luna se preguntó cómo habría llegado hasta aquí sin llamar primero por el interfono, quizá había hecho buenas migas con alguna otra vecina preocupada por lo que sucedía en aquel apartamento.

—¿Qué coño quieres? —atacó él y ella lo ignoró, miró directamente hacia el pasillo.

—Luna, nos vamos de aquí.

Luna no respondió.

—¿De qué hablas? —dijo él, alzando una ceja—, creo que fuimos bastante claros la otra vez, no eres bienvenida en esta casa y nada de lo que pasa aquí es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío...

—*Hermanita*, yo a ti no te tengo miedo, puedes traer a la policía nuevamente si eso es lo que quieres —le enseñó el anillo—. Luna Belmonte y yo estamos feliz y legalmente casados, ella está aquí por su propia voluntad, lo dejamos más que claro. El hecho de que estés aquí sin la policía y sin el estúpido de Víctor es prueba de que cada vez te quedas más sola. ¿Tan desesperada estás?, ¿tanta envidia nos tienes?, ¡supéralo!, sigue con tu miserable y patética vida y a nosotros déjanos en paz, deja que seamos felices.

—Eres un pobre imbécil, vosotros no sois felices, sé bien quién eres, sé lo que has hecho, sé lo que les hiciste a esas mujeres y sé lo que le harás a Luna.

—Deja de inventar gilipollecias y vete de mi puta casa, no lo voy a repetir.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿me vas a golpear como a todas?, ¿me vas a tirar por el hueco de las escaleras?, ¿me tirarás por el balcón?

—Ya quisieras, ni siquiera el suelo se merece tal destino, no se merece que desparrames tus sesos en él.

—Eres un cerdo de mierda.

—Y tú una puta triste, vete de aquí, ¡joder!

Eva volvió a mirar a Luna.

—Vámonos de aquí, Luna. Yo sé qué es lo que pasa, sé por lo que estás pasando. No estás sola, nunca estarás sola, he venido a por ti.

Luna no podía decir nada, nuevamente se había quedado congelada, le rezaba a todos los ángeles y a todos los santos para que B. se desplomara bajo los efectos de la droga que le había dado, pero seguía allí, peligrosamente lleno de vida y energía, con fuerza suficiente como para matarlas a las dos en apenas tres segundos.

—Si no te vas ahora, el que llamará a la policía seré yo. ¿Quieres arruinar aún más tu vida?

—Déjala sola, por favor —rompió—, déjala en paz, no le hagas esto, te lo pido...

—No es tu problema lo que yo le hago a mi mujer.

—¡Luna, vámonos ya, por favor! —gritó entre lágrimas—, te llevaré a casa, lo prometo...

—Déjanos en paz, Eva —dijo Luna, intentó sonar lo suficientemente convincente para que B. no se enterara de las mentiras que escupían sus labios.

—Ya la oíste, pero supongo que no es suficiente para ti, ¿verdad, hermanita?, te pondré una jodida orden de restricción para que no vuelvas a poner ni un pie en este edificio.

—Por favor, no hagas eso...

—¡Entonces vete!, ¡largo de aquí!, ¡vete a la mierda y no vuelvas jamás!

—Esto nunca te lo perdonaré, nunca te perdonaré por lo que has hecho...

—¡LARGO!

—Luna, si te quedas con él vas a terminar muerta, lo sabes, ¿verdad?, terminarás bajo tierra y esta vez de verdad. Escapaste una vez y, si no vienes conmigo, no habrá una segunda.

—¡LARGO DE AQUÍ, HIJA DE PUTA! —le dio un fuerte empujón que la mandó al suelo del rellano y, luego, B. cerró la puerta con tal fuerza que las ventanas se sacudieron por unos instantes.

Su respiración era pesada, su cara ahora era roja, apretaba y desapretaba sus puños, intentaba recobrar el aliento, controlar la ira, controlar la furia, controlar la frustración. Parecía cuestión de tiempo antes de empezar a soltar vapor por sus orejas. Luna no podía intervenir, no podía *tranquilizarlo*, sabía lo que pasaría, descargaría toda esa putrefacta energía en ella, le golpearía la cara, quizá hasta le mandaría una patada al vientre para cumplir su promesa de matar al bebé.

—Esa zorra me ha estropeado el día —gruñó él mientras daba vueltas en la sala y Luna corría a refugiarse en su habitación. Sí, le había arruinado el día a él y también se lo había arruinado a ella.

Por favor, por favor, por favor, pensaba, duérmete ya, ¡duérmete ya, joder!

CAPÍTULO 35

MÁS AMARGO QUE DE COSTUMBRE



Y no se dormía, seguía allí, seguía a punto de caer en el abismo, a punto de dejar que la oscuridad tomase el control de su cuerpo. ¿Qué debía hacer?, ¿esperar a que cayera como una roca?, ¿esperar a que decidiera ir a *reprenderla?*, ahora... ahora todas las leyes se habían roto, todo lo que conocía (o creía conocer) de él se había ido al desagüe. Se estaba transformando en pleno día soleado, el tsunami se aproximaba en plena marea baja, ahora *cualquier* cosa podía pasar.

Se acercó lentamente a la puerta, vio su silueta aun dando vueltas en la sala, se detuvo por unos segundos antes de dirigir la vista hacia la cocina y dirigirse hacia allá. Se perdió del campo de visión de Luna, pero aún escuchaba sus pasos sobre el suelo, acababa de confirmar su teoría de que sus pasos eran aún más estruendosos cuando se enfadaba, como si la rabia le proporcionara un par de toneladas extra a sus pies.

Quizá podía golpearlo en la cabeza con algo, ¿verdad?, no..., estúpida idea, ¡estúpida idea!, podría partirle una sartén en la frente y él ni siquiera parpadearía. Podría tirarlo desde el último piso del edificio y no sería suficiente para romperle una sola costilla. Aquel monstruo era invencible, debía atacarlo desde adentro, debía esperar a que el medicamento tuviera algún efecto, si es que lo tenía.

Sí, eso debía hacer, debía esperar, debía *sobrevivir* a una golpiza más, sobrevivir a unas últimas flores. Lo escuchó abrir el grifo para llenar un vaso con agua, lo escuchó beber a tragos

grandes, él intentaba calmarse, pero era inútil, era como arrojar ese mismo vaso de agua a un voraz incendio forestal con la esperanza de extinguirlo por completo. Hacía falta un grandísimo huracán para apagar las llamas, o al menos para hacerlas vacilar.

Luego escuchó cómo él le daba una patada al bote de basura y su contenido se regaba por el suelo de la cocina, siguió dando golpes sordos hasta que de repente se detuvo, había *notado* algo, quizá había escuchado algo o..., o había *visto* algo.

El frasco, dijo su cerebro, *¡el frasco, el frasco!, ¡EL PUTO FRASCO!*

—¡Luna! —gritó desde la cocina—, ¡ven aquí!

Todo se rompió en su interior, las células explotaron y arrojaron su citosol al exterior, los órganos se le arrugaron, los músculos se le rompieron, los huesos se le astillaron. No quería ir, no quería ir, no quería ir; empezó a llorar como una niña pequeña. Quería morir allí mismo, morir de una vez por todas, morir antes de que fuese él quien la matara.

—¡Luna, te estoy hablando! —continuó—, ¡qué vengas, coño!

—¿Qué...? —dijo y se interrumpió, hasta su aliento tenía miedo de salir de su boca—, ¿qué pasa, cariño?

—¿Qué es esto?

—¿Qué es qué?

—Pues ven y míralo por ti misma.

Aguantó la respiración y les ordenó a sus piernas que se movieran, pero ellas no le hacían caso, el instinto de supervivencia le obligaba a quedarse en el sitio en el que estaba. ¿Qué más daba morir en la cocina o en el dormitorio?

—¡Luna!, ¿qué coño pasa?, ¿por qué no vienes?

—Estoy...

¿Ocupada?, ¿distráida?, ¿muerta de miedo?

—¡Luna!

—Ya voy... —dudó y caminó con lentitud, con *tanta* lentitud que sus pies apenas se movían, una pierna debía pedirle permiso a la otra antes de moverse, y así, paso a paso, terminó llegando al funesto portal de la cocina. Allí estaba B., agachado ante una pila de basura desparramada, observando un frasco vacío que tenía en sus manos. Ella palideció.

—¿Qué es esto?

—Es...

—No, no me lo tienes que decir, sé lo que es, aquí lo pone en la etiqueta.

—Es que...

—¿Desde cuándo tienes problemas para dormir?

—Es que..., es que es por lo del embarazo —mintió—. Digo, supongo que tiene que ser eso, no veo ninguna otra explicación.

—¿No puedes dormir?

—A veces me cuesta un poco conciliar el sueño.

—Eso no es verdad, te he visto dormir y duermes muy bien.

—Sí, al principio sí, pero me despierto en mitad de la noche, en la madrugada, cuanto tú ya estás en el quinto sueño. He estado probando esas pastillas, son buenas, funcionan muy bien.

—Sí, lo supuse, te acabaste el frasco entero. ¿Cuándo las compraste?

—No..., no recuerdo. Fue en la farmacia de la esquina...

—¿Te tomas una al día?

—Antes de dormir.

—Son casi veinte cápsulas, hace veinte días no solías salir a la calle...

—No lo entiendes...

—¿Te estás automedicando?, ¿tomas más de las que son?

—A veces se me resbalan de las manos —sonrió—, soy torpe, eso tú ya lo sabes.

—Luna, ¿qué está pasando?, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que te enfadarías. No lo consideré importante.

—Todo lo que tenga que ver contigo es importante para mí.

—Aprecio el gesto, lamento no haberte contado, lo haré en el futuro.

—Está bien, y deja de tomar estas porquerías, hay té de manzanilla en la despensa, tiene el mismo efecto. Ah, y puedo conseguirte té de valeriana también.

—Muchas gracias, es muy considerado de tu parte.

B. siguió recogiendo la basura y arrojó el frasco al cesto, luego intentó incorporarse y sus pies vacilaron, se tambaleó, tuvo que

apoyarse en la encimera de la cocina con una mirada de completa confusión.

—¿Estás bien? —fingió preocupación, no se le acercó.

—Sí —dijo sin estar completamente seguro de sus palabras—, sólo fue un..., un mareo...

—Ah, serán los nervios.

—¿Los nervios?

—Sí, por la visita de Eva. Los nervios hacen esas cosas.

—No son nervios, Luna, no soy un anciano.

—Los nervios asaltan a cualquier cuerpo sin discriminar edades ni sexos, te lo digo yo.

—Creo que... —miró a su alrededor, el mareo no se iba—, creo que acabo de pillar algo, alguna *bacteria* o algo, no sé, pero no me siento muy bien.

—¿Quieres que te lleve hasta la cama?

—No, no hace falta, se me pasará en un instante.

—¿Y si te caes?, es mejor caer sobre el colchón y no sobre las baldosas de la cocina.

—No me voy a caer, Luna, esperaré a que se me pase.

—Está bien, dime si necesitas ayuda con algo.

—Es muy raro —continuó—, me siento como..., no sé, es raro, Luna.

—¿Tienes problemas para respirar?

—No, respiro bien, pero siento pesado todo el cuerpo, me pesan los brazos y las piernas, ¡joder!, me pesa hasta la cabeza.

—¿Fue súbito?, ¿sentías algo así desde temprano en la mañana?

—Hace unos quince o veinte minutos empecé a sentir como una especie de zumbido en los oídos, también un poco de sueño, pero todo aumentó de golpe cuando me puse de pie.

—¿Quieres que llame a un médico?, podemos ir a la clínica, si quieres.

—No, no, no. Nada de médicos, ni clínicas, ni nada de esas cosas, estoy bien, estoy bien, ya se me pasará. Quizá necesito otro café.

—¿Otro café?

—Sí, cafeína, necesito cafeína. Tengo sueño, y es demasiado temprano para sentir cualquier clase de sueño.

—Sí —se acercó un poco más a la cocina sin llegar a pasar cerca de los musculosos brazos de su marido, torpemente buscó los utensilios necesarios para hacer café.

—Que sea instantáneo, no quiero que pierdas tiempo colando café de verdad; lo necesito cuanto antes.

—¿Con o sin azúcar?

—Con azúcar, el de antes sabía muy amargo —dijo y se quedó pensando, luego la miró con detenimiento—, demasiado amargo. ¿Cuál café era ése?

—Esta marca —señaló un paquete en la alacena.

—No es nueva, la he probado antes y no sabía igual.

—Le eché poca azúcar.

—No era la falta de azúcar, el café estaba amargo.

—No sé de qué hablas, mi vida, el café es amargo por naturaleza.

—Luna, no soy estúpido, sé diferenciar la amargura del café de la amargura de cualquier otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué le echaste al café?

—¿Qué?

—¿Qué le pusiste al café, Luna?

La oscuridad había vuelto, podía verla de cerca, se asomaba por los ojos de aquel hombre y le sacaba la lengua con desprecio. Sabía que era el fin.

—Esto no es gracioso, no me gusta que juegues así.

—No estoy jugando, Luna. Respóndeme. ¿Qué tiene el café?

—¡Nada, no tenía nada!

—Dios —abrió los ojos como platos, acababa de tener una obvia y tardía revelación—, ¿acaso me has...?, ¿me has *drogado*?

—No hables más estupideces, no sabes ni lo que dices.

—¡Me cago en tus muertos! —Siguió sorprendido, y pronto la confusión se fermentó en el enojo que ella ya estaba presagiando. Se acercó hacia ella, los pasos eran difíciles de dar, las piernas se habían transformado en pilotes inmóviles—, ¿qué me hiciste?

—¡Que no te hice nada! —empezó a llorar mientras retrocedía, ya no podía fingir más, ya no podía ocultar la verdad, la realidad era evidente, era palpable, era *obvia* incluso por el adormecimiento de B.

—¿Quieres jugar, eh?, ¿QUIERES JUGAR? —su expresión se transformó, siguió degenerándose, ahora era la oscuridad quien hablaba, quien había secuestrado los ojos, los labios y los poderosos brazos.

Luna se dio la vuelta para correr y, antes de poderlo imaginar, B. la agarró del cabello y la tiró hacia atrás. El efecto de la droga era evidente, pero ni cien mil somníferos serían suficientes para detener su ira, para detener a la *oscuridad*.

—Quieres jugar —repitió y esta vez no era una pregunta—, ¡bien!, tengo un juego perfecto para ti. Juguemos a ver quién llega primero a la calle desde el balcón.

—¡Detente, por favor!

—Ah, ¿quieres jugar más rudo? —la agarró del cuello y la acercó hasta el lavaplatos, en donde reposaban la loza aún sin lavar, agarró un cuchillo parcialmente untado con mantequilla y se lo mostró, al menos no podía ver su reflejo en él.

Luna no lo pensó dos veces, llevó su cabeza en un rápido y ágil movimiento para estrellarla contra la cara de su marido, sintió cómo los huesos de aquella nariz crujían bajo el peso de su cráneo. B., perplejo, la soltó por apenas un segundo y pudo liberarse de la fuerza de su agarre, se dio la vuelta y lo vi allí, confundido, mientras la sangre corría a chorros desde la nariz, bajaba por los labios y le empapaba la parte superior de la camiseta. Los ojos se encontraron por un segundo y, aunque no hay forma de probarlo, ella *podía* jurar que la oscuridad ahora era física, que ahora lo envolvía todo, que ahora había infectado cada célula y cada molécula. Había llegado el temido día, el día en el que él cumpliría su promesa de matarla y luego suicidarse.

CAPÍTULO 36

A CUCHILLO



Salió de la cocina y corrió hasta el fondo del pasillo sin mirar atrás, empezó a destrabar los pestillos con movimientos frenéticos y temblorosos. Clic, clic, clic. Ninguno estaba asegurado, B. no los aseguraba en días soleados. Creía que iba escapar hasta que se topó con la horrorosa y espeluznante cerradura Fichet, la cual se trababa automáticamente al cerrar la puerta. Miró hacia atrás, B. salía de la cocina con movimientos inestables y pendulares, se agarraba de las paredes, se tambaleaba. Parecía la imagen de un zombi en una película apocalíptica.

—¡Vuelve aquí! —gritó él y su lengua también se estaba durmiendo, lo cual aportaba a la idea de que era un zombi recién salido de la morgue municipal, sólo le faltaba el corte en “Y” de la autopsia y una etiqueta clavada en su pie. A pesar de sus movimientos torpes, cada uno de sus pasos estaba seguro y dirigido, no perdía su objetivo, y el objetivo era matarla.

—¡No te acerques! —amenazó ella y agarró una lámpara de mesa, arrancando a su vez el enchufe de la pared. Al menos B. ya no tenía el cuchillo en su mano. La sangre seguía fluyendo a través de la nariz rota, las pesadas y espesas gotas carmesí caían al suelo y se expandían como lagos de mermelada hasta alcanzar el tamaño de una moneda grande.

—Eres una perra sucia —masculló—, sí, eso es lo que eres.

—¡Que te alejes de mí, no te acerques, no des un paso más!

Los pasos adquirieron un poco más de coordinación, un poco más de precisión, aquellos dedos gruesos y trabajados clamaban por un cuello al cual estrangular. Esperó a que estuviera lo suficientemente cerca para lanzarle la lámpara, la cual rebotó en su cabeza y se rompió al caer al suelo. B. trastabilló un poco, vaciló y por un momento parecía que iba a caer de espaldas, pero no pasó, recuperó la compostura. Nada iba a ser tan fácil como ella quería, apenas lo había tocado, un tenue y ridículo hilillo de sangre bajaba desde la esquina de su ceja y se mezclaba con la sangre de la nariz.

B. siguió caminando, siguió acortando la distancia entre ambos hasta que ya estaban lo suficientemente cerca como para tocarse. Luna no pudo retroceder más, su espalda ya había tocado el pomo de la puerta y su maldita cerradura. Un último gruñido sirvió de prelude para que B. se abalanzara sobre ella, pero esta vez no fue igual que las otras veces, no pasó lo mismo de siempre, no se resignó a ser golpeada, no se resignó a *intentar* sobrevivir. Luna se defendió, usó todo el peso de su cuerpo para mandarlo hacia atrás y liberarse de las garras del mismísimo diablo. Pasó a su lado y corrió hasta la habitación principal, en donde cerró la puerta con el irrisorio pestillo corriente y empujó la mesa de noche para hacer una estúpida barricada que fácilmente él podría derribar con apenas un suspiro.

LAS LÁGRIMAS de Eva escurrían por sus mejillas como ríos verticales, mientras escuchaba todo detrás de la puerta; tenía el alma destrozada, estaba casi segura de que había perdido a su amiga para siempre..., para siempre, por segunda vez. No había nada que pudiese hacer, ya lo había intentado todo, ¿no?, había ido con Víctor, con Roi, con los agentes de policía y la mismísima inspectora. Nada había bastado, y nada bastaría si Luna no cambiaba de opinión. Se alejó del edificio con la seguridad de que jamás volverían a verse.

Eva miró por la ventana del taxi a la gente que paseaba por las calles de la ciudad, suspiró, tenían vidas tranquilas, aunque sabía bien que más de una persona podía estar en la misma situación en la que estaba Luna, sufrían en silencio, *morían* en silencio y nadie

nunca se daba cuenta hasta que ya era demasiado tarde para hacer algo. Era imposible reconocer las caras, reconocer a las víctimas y a los victimarios, todos parecían uno solo, todos parecían humanos y nada más que humanos.

Luna moriría, de eso estaba segura, esa historia no podría tener ningún otro final, no sería realista si lo tuviese, sería una telenovela y no la vida real. En la vida real nunca ganan los buenos.

Siguió llorando, el taxista la miraba a través del televisor, curioso sobre lo que le sucedía a la chica que llevaba en los asientos traseros.

Si le contara, —pensó ella—, no necesitaría entretenerse de más historias de sus pasajeros durante el resto de su vida.

Regresaría a casa y seguiría con su vida, intentaría retornar a su camino como si nada hubiera pasado, como si la ya casi difunta Luna Belmonte nunca se hubiera cruzado en su vida. Sí, eso era lo más prudente para hacer, lo más..., lo más obvio, lo único... ¿Lo único? Sí, lo único, lo había intentado todo.

¿Lo había intentado todo?

Miró hacia atrás, el corazón se le aceleró, acababa de tener la idea más terrible del mundo.

—Dé la vuelta —le ordenó al taxista.

—¿Cómo dice?

—Dé la vuelta, vuélvame a llevar a ese barrio.

—No puedo dar la vuelta, estamos atrapados aquí.

—¡Que dé la vuelta, dije!

—Señorita, ya le dije que no puedo hacer eso.

—Por favor, escúcheme, tiene que dar la vuelta, tenemos que regresar.

—Tendrá que esperar a que salgamos del atasco.

Eva perdió la calma, las mejillas se enrojecieron por la poderosa descarga de adrenalina que viajaba por sus venas como un tsunami hormonal. Abrió la puerta del taxi y salió del coche sin mediar palabra. Corrió tan rápido que ni siquiera alcanzó a escuchar las protestas y regaños del taxista. Llegó hasta la acera y allí corrió tan rápido como las piernas se lo permitían, cruzó calles, saltó conos y bolardos, esquivó grupos de personas y no se detuvo por nada. Corrió, corrió, corrió y corrió un poco más.

Sí había otra opción, ¡claro que había otra opción! Luna no quería abrir los ojos, así que ella se los abriría a la fuerza, enfrentaría *físicamente* a su hermano de una vez por todas, le daría una lección, rescataría a su mejor amiga de las fauces de aquella bestia.

Se detuvo a descansar cuando ya sentía que no podía más, se recostó contra una farola durante unos segundos, alzó la mirada y vio una tienda de artículos deportivos al otro lado de la calle.

CAPÍTULO 37

CARNE DE CAÑÓN



— ¡A bre la... *pueeerta!* —aulló B. mientras asestaba otro golpe en la madera cuya pintura blanca ya empezaba a agrietarse y astillarse. Luna seguía apilando cosas, intentaba poner todos los objetos posibles entre ellos dos, aunque no había mucho por hacer. Fue hasta la ventana, la abrió y miró hacia abajo, aquella ventana daba a un callejón poco transitado y en las otras ventanas no se veía ni un alma. El sol seguía brillando en lo alto, como burlándose de ella, como diciendo: *¿Creíste que podías controlarlo?, ¡pues toma, para que aprendas!*

B. había dejado de golpear, estaba revolviendo cajones, tumbando cosas, tropezando con los muebles. Un ruido le heló la sangre, había sido como..., como una especie de chasquido, ¡sí!, un chasquido metálico, metal contra metal. Plomo contra acero; había cogido las herramientas del taller. Sierras, martillos, toda clase de objetos tan puntiagudos como mortales.

Al golpe le siguió un silencio sepulcral y eterno, Luna no escuchaba nada, estaba intranquila, pensó que quizá se había desmayado, pero no fue así, una potente y estruendosa detonación apareció al mismo tiempo que un agujero en la madera. Una bala acababa de atravesar la puerta y se había incrustado en la pared del fondo.

Luna Belmonte se tiró al suelo y humedeció la moqueta con sus lágrimas, haciendo que el color ceniza se oscureciera aún más, ya no era ceniza de papel, sino restos de carbón pulverizado. Otras dos balas atravesaron la puerta como si estuviera hecha de papel. Los

restos de aquella madera delgada y de mala calidad se colapsaron y sólo quedaron las bisagras. B. estaba del otro lado, sonreía y la sangre se metía entre los dientes.

¡Una pistola! ¿Dónde la consiguió?

Decidió dejar de luchar y se puso frente a él.

—Mátame ya.

CAPÍTULO 38

¿CERRADURAS A MÍ?



*H*abía una pareja saliendo del portal, no podía perder tiempo, no podía dejar que la puerta se cerrara y quedara completamente aislada del edificio. Aceleró su paso en aquel último tramo y blandió su palo de golf para que la pareja, aterrada, le diera paso. Eva llegó hasta la puerta del ascensor y apretó frenéticamente aquel botón, pero parecía que el aparato podría tardarse un buen rato en llegar.

Volvió su mirada hacia la entrada, la mujer se había llevado el móvil a la oreja para llamar a la policía. Era justo lo que Eva necesitaba, por lo que esbozó una levísima sonrisa que desapareció en cuanto pegó una olímpica carrera hacia las escaleras y empezó a ascender piso por piso, olvidándose del cansancio y del dolor de sus piernas. Subía y subía los escalones, los subía de uno en uno y a veces de dos en dos, pero no se detenía a recomponer la respiración en cada descansillo, no había tiempo para recomponerse ahora mismo, y nunca lo habría si Luna terminaba muerta.

Casi había perdido el conocimiento cuando alcanzó el sexto piso, allí sí se vio obligada a descansar, a volver a introducir el alma a los pulmones, a recostarse contra la pared y a mirar la puerta que daba la bienvenida al infierno. Se escuchaban gritos desde el otro lado.

Por la puerta del apartamento de enfrente se asomaba la cabeza de una señora canosa, la misma que había visto cuando había llegado con la policía y con la ayuda y respaldo de dos valientes

hombres que amaban a Luna con toda su alma. Ahora estaba sola, sola con su palo de golf de cuarenta euros.

—La va a matar —dijo la vecina—, ya llamé a la policía, pero aún no llegan. No es nuevo ese tipo de escándalo en esa casa, pero..., pero esta vez es diferente, sí, ¡vaya que es diferente!, ¡Dios, es que la va a matar! Escuché disparos.

—¿Qué dice? —ya se estaba recuperando, se preparaba para abrir la puerta a golpes.

—Sí, varios tiros hace apenas unos minutos, y más golpes, y más gritos, y..., Virgen Santísima, es que la va a matar, ¡la va a matar!

Eva no necesitó más palabras, agarró el palo marcado con el logotipo de Decathlon y lo estrelló contra el pomo, que apenas se dignó a devolverle el impulso por obra y gracia de la ley de acción y reacción. Fueron necesarios varios golpes para que el pomo vacilara, para que mostrara algún signo de flaqueza, algún signo de debilidad, para que aquella inscripción que decía Fichet tuviera la misma eficacia que una copia china y barata. ¡PUM, PUM, PUM!

La cerradura vacilaba, sí, pero parecía imposible de romper, hasta sentía que el bate se le partiría en sus manos antes de poder forzar la entrada. La puerta era de madera, algo poco sofisticado y proveniente de la época en la que aquel era un buen barrio y la tasa de crímenes no daba como para ponerle barrotes a las ventanas e instalar puertas de metal.

Los siguientes golpes los dirigió directamente hacia la puerta, hacia la madera, hacia las patéticas fibras de celulosa que alguna vez habían sido parte de un glorioso y majestuoso árbol, pero que ahora no eran más que un chiste forestal. Y el chiste forestal empezó a deteriorarse, a agrietarse, a hacer saltar las capas de pintura. ¡PUM, PUM, PUM! Del otro lado también llegaba toda clase de ruidos y golpes, parecía una competencia de quién golpeaba más fuerte o quién hacía más ruido, y ella estaba *dispuesta* a ganar. ¡PUM, PUM, PUM!

PUM, PUM, PUM, PUM, PUM

CRAC

Una línea delgada y larga se extendió de arriba abajo con una pulcritud casi impecable, era lo suficientemente grande para poder

notarla, pero, a la vez, era lo suficientemente pequeña para ocultar lo que había del otro lado. No importaba, esa era la señal que necesitaba. Golpeó con más fuerza, golpeó con cada uno de sus músculos que le aportaron al palo de metal la fuerza final para hacer un amplio agujero en la astillada puerta. Introdujo la mano y trató de destrabar la puerta, pero la maldita cerradura había sido cerrada con llave desde adentro. No dejó que eso la desmotivara, continuó con su incansable rutina de golpes hasta que la puerta quedó hecha añicos.

Ingresó por el pasillo como una bestia furiosa, aunque realmente solo podía compararse a la de un ángel de alas grandes y blancas que usaba la *fuerza* al no haber forma de conciliar el rescate.

—¡LUNA! —gritó mientras pasaba por encima de las gotas de sangre seca en el suelo. Había un desorden general que contaba la historia de una confrontación y un forcejeo reciente, los golpes llegaban desde una habitación cercana. Pasó cerca de la cocina y vio la basura tirada en el suelo, más manchas de sangre abundaban por aquí y por allá, manchas pequeñas, manchas propias de un pequeño accidente doméstico que seguramente aparentaba ser más grave de lo que en realidad era.

B. la debía estar esperando, era evidente que él la había escuchado entrar, no podía ser de otra forma. Aun así, los ruidos y golpes delataban la ubicación. No temió, siguió avanzando con su palo de punta ya gastada hasta llegar a la puerta que daba al dormitorio de la casa, la puerta estaba rota, una pila de muebles desordenados eran los vestigios de una barricada poco efectiva.

Dos bultos rodando en el suelo llamaron su atención, el cuerpo de su hermano estaba sobre el de Luna, se movían, se sacudían, lanzaban patadas y puños al aire. Se acercó con una inverosímil y surrealista lentitud, como..., como queriendo ocultar sus pasos, como queriendo esconder su presencia, especialmente cuando su presencia ya estaba más que anunciada por la orquesta de golpes que le habían servido de preludeo antes de su aparición.

Los bultos se hicieron más claros, tomaron formas, tomaron siluetas, tomaron facciones y detalles. La imagen era nada menos que aterradora, B. sobre Luna, pero, en lugar de una escena erótica, sus manos se cernían sobre el cuello de ella con una fuerza y

determinación propias de un lobo salvaje al atacar a su presa. No lo pensó dos veces, dejó que el palo aterrizara sobre la cabeza de su hermano. Una y otra vez.

CAPÍTULO 39

LA MÁS BELLA HISTORIA DE AMOR QUE TUVE Y TENDRÉ



La multitud estalló en aplausos cuando Luna Belmonte puso el punto final a su discurso, frente a ella se exhibía la hilera de libros con flores en la portada, y su fotografía en la contraportada. Muchos querían extender la ronda de preguntas, averiguar un poco más allá de lo que podían llegar a encontrar en el libro, si B. alguna vez había abusado sexualmente de ella, o si había llegado a asesinar a más mujeres como lo había intentado hacer con ella. Luna no respondió, no era su llamado, no era su objetivo.

El libro salió al mercado de la mano de una de las editoriales más imponentes y exitosas del mundo hispanohablante, y, por tratarse de quien se trataba, la publicidad nunca hizo falta. Al poco tiempo de haber escapado del apartamento la policía acudió a la escena para capturar al maltrecho hombre que yacía bajo el charco de su propia sangre. Golpes serios todos ellos, pero ninguno tan serio como para quitarle la vida. Quedó inconsciente por unos cuantos días, eso sí, al menos los suficientes para que todas las cámaras y los micrófonos de España apuntaran directamente al personal médico que lo atendía y, cuando no era el personal médico, era la policía quien captaba todos los focos. A Luna, por su parte, la dejaron en paz al principio, especialmente porque acababa de parir a una niña sana que necesitaba de toda su atención y cariño. Lucía fue su salvación y la dueña de todas sus sonrisas y besos.

B. despertó al poco tiempo, pero ya no podía escapar, estaba esposado a la cama del hospital y tenía que rendirle cuentas a la

justicia, sobre todo porque, desde que el caso se había vuelto mediático, decenas de mujeres que habían sido sus víctimas se animaron a denunciar todos los vejámenes y maltratos que él les había perpetrado. Muchas cosas serían posibles, pero, lo que no tenía punto de discusión, era que a B. le esperaba una larga condena tras las rejas.

No fue fácil para Luna intentar rehacer su vida por tercera vez, se sentía..., se sentía nuevamente como una *migrante*, una migrante dentro de su propio país, dentro de su propia ciudad, ¡dentro de su propia casa! Había escapado de alguna especie de trance hipnótico que le había nublado los sentidos y la había apartado de la realidad por mucho tiempo, llevándola por segunda vez al borde de la muerte. Se aseguró de que nunca hubiera una tercera.

Entre las terapias y las consultas al médico, encontró en la escritura una especie de desahogo terapéutico, empezó a escribir su historia sin llegar a imaginarse el impacto que podría causar. Era desalentador y horroroso hacerse a la idea de que había muchas Lunas y muchos B. en el mundo, y que no todas contaban con la fuerza de tener una amiga con un palo de golf con la determinación suficiente para partírle la cabeza a su propio hermano.

Las chicas del periódico, las de las noticias, las que encontraban en los descampados al borde de la carretera, o desmembradas en campos de cultivo, en pastizales, en lagos, en sótanos, en áticos, en congeladores. La historia no terminaba, la historia nunca terminaría. Eran..., eran tantas víctimas, ¡tantas víctimas!, y nadie hacía nada, el Estado hacía la vista gorda, la gente decía que eso nunca iba a cambiar, que era normal, que eso siempre había pasado y eso siempre pasaría. Con aquel libro, Luna esperaba que alguna mujer tomara la determinación de escapar del infierno personal, de escapar de la *oscuridad* que acechaba en todos los seres humanos y que, en ocasiones, le gustaba tomar posesión de las mentes y los cuerpos.

Su hermano y su madre no dudaron en otorgarle un segundo perdón, principalmente porque sabían que ella había sido una víctima a pesar de los errores que había cometido en el pasado, pues nada justificaba el maltrato que había sufrido por el violento

animal en el que se había convertido una persona atractiva y aparentemente normal. El encanto del lobo terminó siendo el principal enemigo del rebaño.

Las cosas con Roi se habían echado completamente a perder, él había vuelto a Latinoamérica a seguir con la vida que había dejado atrás, para seguir con su apacible y tranquila rutina en las montañas, una vida que llenaba el alma a pesar de la falta de lujos que tapizaban las grandes metrópolis europeas. La comunicación era casi nula. Sabía que estaba bien porque quincenalmente enviaba la cuota de manutención de la niña, a pesar de que Luna siempre le devolvía el dinero en otra transacción que él nunca recogía, por lo que se acumulaba todo en una cuenta bancaria.

Era Lucía el tesoro de su vida y el recuerdo de sus mejores años. Y también fue la fuerza de los peores. Todo lo que hizo, toda la valentía, todo fue por su Lucía. La llamó así por haber nacido un trece de diciembre; el día de su santo. Y también por una balada de Serrat, de esas que tanto le gustaban. Era ella su verdadera historia de amor. Por mucho que extrañase a Roi no podía perdonarse a sí misma lo que le había hecho. Intentó bloquear cada pensamiento de amor hacia él, castigándose por no haber podido mantenerse fiel a su hermosa relación.

Con frecuencia soñaba con el verde esmeralda de las montañas y la cabaña acogedora donde pasó cinco años, que se hicieron milenios en su cabeza. Pero había merecido la pena, en el fondo había merecido la pena. Esa pequeña rubia de ojos esmeralda y colmillos afilados era quien de verdad le había robado el corazón. Su hija, su amada niña. Nunca dejaría que la hiciesen daño.

CAPÍTULO 40

LAS ÚLTIMAS FLORES



No fue hasta después de un par de años cuando, en un último impulso y deseo por aclarar lo que realmente había pasado, firmo y envió un ejemplar del libro hasta su domicilio, aun conservando la patética esperanza de que siguiera viviendo en el mismo lugar de la última vez.

Como era previsible, nadie respondió, no le llegó ningún email, ningún mensaje de texto, ninguna llamada, ninguna carta, ningún telegrama, ninguna señal de humo, nada de nada. Creyó que no le afectaría, pero el dolor seguía latente y revivía cada vez que pensaba en él y en aquellas montañas.

Unos cuantos meses después, justo cuando se encontraba sola en su casa, alguien llamó a la puerta sin tocar el interfono primero. El corazón le dio un brinco al recordar aquella funesta tarde en la que B. Morata había hecho exactamente lo mismo, se imaginó abriendo la puerta y encontrándoselo otra vez frente a ella, con la nariz rota y la sangre escurriéndose por cada uno de los dientes de su sonrisa.

—¿Quién es? —preguntó y nadie respondió del otro lado, fue hasta la cocina para agarrar un cuchillo en caso de que..., ¿en caso de que qué?, en caso de que fuera *absolutamente* necesario, y por «absolutamente» se refería a la mera presencia de B., quien ya era todo un peligro por sí solo.

Abrió la puerta ocultando el cuchillo en su espalda. Conocía aquella cara y..., ¿y qué?, no era B., no era B., ¡no era B, coño! Era

un hombre, sí, esos ojos almendrados y de color jade..., esa piel bronceada..., ese aroma a *naturaleza*.

Era Roi Bensada el hombre que estaba frente a ella, sostenía un enorme ramo de flores que hacía juego con su destellante sonrisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó, a ella le tembló el mentón, le temblaron las manos, le temblaron las rodillas. *Dios, dios, dios*. Era él, era él después de tanto tiempo...

Tanto tiempo...

No hubo lugar para las palabras, dejaron que el silencio hiciera lo suyo, que inundara cada poro de sus pieles, que les llenara los pulmones, que se adentrara en lo más profundo de sus cabellos. Se miraron, se cruzaron ambos pares de ojos, unos del color de las esmeraldas y otros del color de las olas del mar. Las miradas se vieron levemente interrumpidos por las lágrimas que los inundaron antes de asomarse por las pestañas y deslizarse por las mejillas, y no decían nada, no decían nada porque no había nada por decir.

Luna recuperó lentamente el control de su cuerpo, pudo mover los dedos de una mano antes de poder mover la mano misma, alzarla y, lentamente, acercarla hasta el rostro de Roi Bensada. Los dedos tocaron las lágrimas, quienes abandonaron las mejillas de Roi para que se formara un hilillo en la mano de Luna.

—Sabía que vendrías —murmuró ella, apenas con la voz que le quedaba, apenas con la voz que el momento le permitía tener, una voz que no salía de la garganta, ni de las cuerdas vocales, ni desde los pulmones. Una voz que salía directamente del corazón, ese órgano que había tomado el megáfono para decir lo que por tanto tiempo se había callado para protegerse a sí mismo...

Lo invitó a seguir, ambos pasaron a la sala de estar mientras el corazón daba tumbos en cada pecho, formando una armoniosa orquesta que se podría escuchar hasta el otro lado del mundo. Parecía un sueño, sí, uno de éstos tan maravillosos que sólo puede ser obra de una ficción descarada, de un placer inalcanzable, de una realidad completamente imposible, pero no era imposible, era él, había sentido su aliento, había tocado su piel, había acariciado sus lágrimas. Era él.

Era él.

—Lamento haber tardado tanto —decía y bajó la cabeza, aunque no se escondió de su mirada—, es que..., es que necesitaba tiempo. Necesitaba tiempo para pensar... Y me daba miedo volver y encontrarte destrozada.

—Roi...

—Después de aquel día... —dijo, se interrumpió por unos segundos y luego continuó—, después de aquel día en el que fui a aquel apartamento y vi que te habías casado...

—No es lo que piensas, no es lo que parece...

—Lo sé, ya lo sé. Quise alejarme de todo por un tiempo, quise..., Dios, quise morir, sentí como si me hubiera caído el mundo encima, sí, como si tuviera todo el peso del mundo a mis espaldas, y sentía que no podía, no *podía*... Después de tantas cosas que habíamos pasado juntos, después de tantas veces que te había dicho que te amaba, después de tantas veces en las que *tú* me habías dicho que me amabas...

—Roi, yo...

—No tienes que decir nada, Luna, yo disfruto hasta de tus silencios. Sé que nada fue tu culpa, sé que él te obligó, sé que lo hiciste para que él no me hiciera daño, sé que lo hiciste para sobrevivir, sé que lo hiciste para salvar a tu hija..., a *nuestra* hija — se acercó a ella, Luna no retrocedió, a él no le tenía miedo, dejó que se acercara un poco más, dejó que la tocara, que acariciara su mejilla, que el dedo pulgar se deslizara hasta los labios y sintiera sus contornos, como si él estuviera ciego y sólo pudiese leerla con los dedos.

—Nunca dejé de amarte, no lo hice ni por un solo segundo, Roi, ni uno solo... solo me lo prohibí a mí misma.

—Lo sé, lo sé...

—No, no lo sabes. Fui débil, lo admito, fue duro volver a Madrid, fue duro volver a ver todo lo que había dejado atrás. Mi familia estaba destruida, mi padre estaba muerto, yo sólo..., sólo quería volver atrás, sólo quería volver a lo de antes, y entonces apareció él, apareció..., apareció B., y creí que había cambiado.

—Seguro que sí —sonrió levemente—, esa parte me la contó tu hermano, aunque él había decidido guardar silencio por un tiempo, no quería..., no quería que yo supiera que te habías ido con él.

—Hay tantas cosas que te tengo que explicar...

—Leí tu libro, Luna, y creo que ya sé todo lo que tenía que saber, es más, también vine a disculparme contigo, a pedirte perdón por haberme rendido tan fácil, por haber *renunciado* a ti, a Lucía. Me he perdido su primer año de vida.

—No, el libro es sólo una parte, el libro sólo cuenta los hechos, el resto me lo guardé para mí, me reservé todo lo que sentía, todo el huracán de emociones que me invadía todas las noches en aquel infierno, y que seguía invadiéndome aun cuando B. ya estaba en la cárcel..., y..., es por ti, Roi, te he extrañado cada noche, he sentido tu ausencia en cada momento, en cada suspiro, en cada atardecer y cada amanecer. Los días ya no son lo mismo sin ti.

Las lágrimas volvieron a correr, sentía que se iba a secar hasta los huesos como cuando vivía con B., pero estas lágrimas no eran de tristeza, no eran de horror...; eran lágrimas de felicidad, lágrimas de una extraña, inexplicable y desorbitante felicidad. Estaba feliz de verlo otra vez, feliz de saber que existía, feliz de saber que éste no era otro sueño, que no se despertaría en unos minutos para encontrarse a sí misma en una cama vacía, con las sábanas del otro lado tan frías como el viento de árticos y antárticos.

Volvió a acercarse a él, volvió a sentir la respiración caliente acariciando su rostro, especialmente las partes por las que las lágrimas habían dejado un rastro aún húmedo. Las manos volvieron a encontrarse, los silencios volvieron a poblar aquel reino en el que sólo había dos habitantes. Cerraron los ojos cuando la distancia entre ellos se había reducido a apenas unos cuantos centímetros, luego sintieron el calor de sus propios labios rozándose con timidez, habían vuelto a ser niños temerosos, niños inseguros, niños que habían crecido en culturas y continentes diferentes, pero que habían estado esperando toda su vida para conocerse. El toque de labios se transformó en un beso, estaban congelados en aquel movimiento, un labio sobre otro, apenas respiraban, apenas *vivían*. Sus cuerpos estaban aquí, pero sus mentes volaban en mundos extraños y lejanos, mundos en los que sólo existía felicidad, en los que sólo existía *esta* felicidad. Sí, eran felices de nuevo.

El beso se volvió más apasionado, las lenguas bailaron en las bocas, las manos tomaron más seguridad, se dijeron sin palabras

todo aquello que debían contarse, todo aquello que habían lamentado, todo aquello que habían anhelado, todo aquello que habían extrañado del otro.

—Hay alguien que te quiere conocer —murmuró ella, interrumpiendo aquel beso en el que llevaban bailando lentamente por casi diez minutos. Roi abrió sus ojos tanto como pudo, sus comisuras sonrieron, él sabía de quién se trataba.

Volvieron a besarse mientras Luna ayudaba a Roi a ingresar las maletas, se quedaron charlando otro rato antes de que fuese la hora de salir de casa. Salieron tomados de la mano, sus pies caminaban sobre nubes de plumas mientras el mundo exterior se convertía en un paraíso.

Llegaron juntos a aquella guardería en el corazón de la ciudad, varias madres la reconocieron al instante, se acercaron a ella, la felicitaron.

—Ya sé que te lo he dicho varias veces, pero me encanta tu historia, me encanta tu libro, eres tan..., tan *valiente*... —había dicho una, ella apenas le había prestado atención, seguía inmersa en su propio mundo, seguía inmersa en su propio ensueño que era más fuerte y real que el dolor de la peor de las heridas.

Fue allí cuando Roi Bensada conoció a su pequeña niña, una criaturita de manitas regordetas, ojos con forma de almendra y de un color *radiactivo*. Ella lo miró sonriente. Era hermoso bebé a punto de cumplir su primer año, lo abrazó como si hubiera estado esperando a su papá todo ese tiempo. Roi rompió a llorar ante la tierna presencia de su hijita, con la piel de porcelana, las mejillas sonrojadas y el cabello dorado atado en dos colas de caballo a lado y lado de la cabeza.

—Mucho gusto, soy tu papá... —rió suavemente, apenas podía respirar por encima de las lágrimas. Otras madres y profesoras los miraban con atención, algunas preguntándose qué sucedía, otras contándoles que era el tan anhelado encuentro de la escritora con el montañero.

La pequeña niña, miró a su mamá en busca de una respuesta.

—Salúdalo, mi vida.

La niña no dijo nada, lo miró con sus ojos redondos e inexpresivos, quienes apenas se movían. Quizá era muy pequeña

para entenderlo, quizá era aún muy pronto para saber que un padre era como la versión mejorada del tío Víctor. Su boca se movió levemente, como si fuera a sonreír, como si fuera a llorar, quién sabe, sus ojos seguían en la misma serenidad que hacía imposible predecir lo que pasaba por su joven cabeza.

Volvieron a abrazarse. Luna volvió a llorar, vaciló por unos instantes antes de unirse al abrazo. La hija no entendía qué pasaba con sus padres, por qué lloraban tanto, no entendía por qué los adultos debían ser tan raros. Mientras los otros lloraban, ella sonrió. Le agradaba aquel señor que decía ser su papá.

Salieron de la guardería juntos, Roi cargaba a su hija mientras Luna lo tomaba de gancho de uno de sus brazos, el sol los bañaba en un resplandor parecido al oro. Caminaron sin rumbo mientras el sol moría y ellos sentían que volvían a nacer de nuevo. Fueron a por un helado, fueron al parque y, una vez allí, los adultos hablaron mientras la niña gateaba por el césped, aprovechando los últimos suspiros de la tarde antes de que fuese hora de ir a casa.

—Te amo —le dijo él a Luna mientras la besaba.

—Yo te amo aún más, y siempre te amaré, te amaré con todas mis fuerzas.

—Brindo por un futuro sin B.

—Un futuro sin Benjamín Morata. Ya no le tengo miedo.

Él sacó algo del bolsillo de su cazadora y, luego de un beso, se arrodilló ante ella. Entre sus dedos apareció un anillo plateado con una modesta joya de color *se/va* en su parte superior.

—Cásate conmigo y volvamos a las montañas —murmuró y le besó la mano. Ella rompió a llorar.

—Estaré contigo toda la vida, lo prometo. Estaré contigo en ésta y en la otra vida.

La niña regresó con sus rodillitas manchadas de césped, sonreía, ella también llevaba algo en su mano. Estiró aquel objeto hacia sus padres: eran pequeñas flores silvestres.

—Le encantan las flores, como a ti —murmuró Roi.

—Y es igual de atenta que tú.

—Quién sabe si termine abriendo una floristería en San Alfonso...

CAPÍTULO 41

¿A QUE NO SABES DÓNDE HE VUELTO?



La familia se reunía alrededor de una tarta de cuatro pisos decorada con todo tipo de ornamentos comestibles. Flores, mariposas, troncos de árboles de chocolate. Era una auténtica pradera llena de dulces y gominolas. Luna y Roi agarraron el cuchillo a dos manos y partieron el primer pedazo de tarta. Él le dio una cucharada a ella y Luna le manchó con el dedo la nariz a él, para luego lamer la crema y besarle dulcemente. Los comensales estallaron en un aplauso celebrando el nuevo matrimonio, y después se sirvieron sus respectivos pedazos de pastel, hasta que solo quedaron restos de crema en la plataforma y una pequeña flor de lirio de azúcar que reservaron para la pequeña Lucía.

Hacía muy buen tiempo en la montaña. Tanto que decidieron trasladar el baile fuera de la casa.

—Dime, Luna, ¿qué canción querrías bailar en nuestra boda?

—Ya sabes que solo me gustan los boleros tristes. Elige tú, amor.

—¿Qué tal un bolero feliz?

Roi pidió que le acercasen su guitarra acústica con la que un día conquistó a Luna y comenzó a cantar una canción que previsiblemente tenía preparada desde hacía días.

—¡Pero baila conmigo, mi rubio tostado!

Roi le indicó que cogiera a Lucía en brazos y bailase con ella mientras el seguía cantando. La canción hablaba del mestizaje, de dos culturas diferentes que eran exactamente iguales al tratarse de amor.

—*Contamínate, pero no con el humo que asfixia el aire. Ven, pero sí con tus ojos y con tus bailes. Ven, pero no con la rabia y los malos sueños. Ven, pero sí con los labios que anuncian besos.*

Lucía y Luna reían y se movían al compás de la guitarra de Roi y pronto, todos los invitados se unieron al baile. Víctor le tendió la mano a Eva y la llevó a bailar a entre los frondosos bosques que rodeaban la casa.

—¿A que no sabes dónde he vuelto?

—Sorpréndeme —contestó Eva.

—A la floristería. La voy a volver a abrir. Quisiera que fueras mi socia.

—Tu socia... ¿yo?

—Eres la que más ha estado conmigo todos estos años. La que ha luchado contra viento y marea. Si tengo que empezar de cero, no quiero hacerlo solo. Benjamín nos ha quitado mucho a los dos.

—¿Seguro que quieres como socia a alguien con antecedentes por agresión?

—¿Y tú a un muermo que no sale con una mujer desde los veinte?

Ambos sonrieron con complicidad, había sentimientos no resueltos, sentimientos que más tarde tendrían que afrontar.

Daniel, volvió a lamentarse de no haber sido más rápido en conquistar a Eva, otra hermosa española se escapaba de sus manos. A su vez, Mateo sacó a bailar a la madre de Luna y Víctor, para cuando llevaban tres canciones la señora sintió esa alegría que llevaba sin sentir durante más de una década.

—Abra una floristería aquí. A los colombianos nos gusta mucho regalar flores.

—Anda, chico, ¿yo por aquí? Si ya estoy muy mayor... no, yo molestaría.

—Con gusto le haría yo las entregas. Luna es una de mis mejores amigas. Ustedes merecen un bonito comienzo en un lugar tan bello como San Alfonso. Piénselo, aquí tiene una familia nueva.

Luna se acercó a ambos y abrazó a su madre.

—¿Sabes qué, mamá? Deberíamos hacerlo. Deberíamos traer nuestra pasión aquí. Esta gente me trató como a una hermana cuando yo era apenas una extraña con la cabeza rapada.

—¿Y qué hay de Víctor, hija? Que a veces no piensas las cosas. ¿Cómo voy a dejarlo solo?

Luna señaló a su hermano. Estaba más guapo que nunca. Llevaba el pelo corto ligeramente rapado por los lados y una perilla que le hacía parecer más joven de lo que en realidad era. No podía creer que su hermano tuviera, ya, treinta años. Era todo un ejemplo a seguir, alguien que había podido perdonar el enorme daño que le había causado y además, la había seguido protegiendo aun cuando ella era esquiva y hermética. Llevaba un traje rojo y sus brazos estaban enredados elegantemente en la espalda de Eva mientras ambos se besaban con fervor.

Madre e hija se ruborizaron, se miraron, y lloraron de felicidad.

Durante la noche de bodas, Luna y Roi se dijeron todo lo que les faltaba por decir, que no era apenas nada, porque la complicidad era tan grande que solo les servía mirarse para entender todo lo que pasaba por la mente del otro.

Esa noche no necesitaron palabras porque sus cuerpos se conocían, porque en lenguaje de las caricias y de los besos era más antiguo que cualquier frase que se pudieran dedicar. Y fue en cada gesto, en cada reacción al roce de su piel, en cada gemido sofocado por sus labios, que se dijeron todo lo que necesitaban, porque ni los cinco años compartidos se podían igualar a ese momento. Por primera vez fueron Luna y Roi, sin un fantasma rondando en sus vidas, sin el miedo atenazando cualquier intento de ser feliz. En aquel lugar y entre aquellas sábanas ella consiguió ser Luna sin ninguna máscara que la ocultara. Dejándose amar por él como siempre soñó sin percatarse de ello, desde ese instante en que sus miradas se cruzaron en las montañas, en aquellos parajes en los que se forjaría la historia de amor más auténtica y la cual pensó que nunca conseguiría. Un amor que no daña, un amor que sana las heridas, una nueva oportunidad para ser feliz.

Había vuelto. Sí. Había vuelto al único sitio que consideró su hogar. A ese lugar recóndito que solo podía encontrar cuando lo buscaba, a ese hombre que nunca le sacó ningún defecto. Había vuelto a decorar su alma con flores.

EPÍLOGO

La nueva floristería de San Alfonso se inauguró el mismo día que Víctor y Eva anunciaron su compromiso. El negocio en Madrid iba mejor que nunca, y eso permitió que se pudiese comprar un local grande y céntrico en la zona más transitada de San Alfonso. Un letrero enorme con luces de neón blancas anunciaba la apertura del local y el nombre de este mismo:

FLORISTERÍA M.

¿Quién era M.? Se preguntaban todos. Luna solo sonreía y contestaba que M. lo era todo y a la vez no era nadie en especial. M. era mujer, era Madrid, era mediterránea, era mágica, maravillosa y, sobre todo, era morada. La flor de lirio morada se convirtió en la favorita de Luna. Era una de las flores más resistentes que conocía, sobrevivía a cambios climáticos drásticos: lluvia y sol, tal como Luna hizo. Representaba el deseo, la felicidad plena, el espíritu soñador.

San Alfonso se llenó de flores de lirio, y Madrid de jazmines blancos. La señora Belmonte se ocupó hasta sus últimos días de diseñar los ramos más perfectos que el ojo humano podría apreciar. Encontró esa felicidad perdida en país extranjero y con una nueva familia... y hasta nuevos hijos, pues Mateo y Daniel se convirtieron en sus imprescindibles compañeros y cuidadores. Y, mientras el libro de Luna seguía inspirando a más mujeres, todas esas mujeres inspiraban a Luna a seguir contando su historia para hacerles saber que no estaban solas.

No estáis solas. Os hacen creer que lo estáis, pero no. Os hacen creer que no pertenecéis a ningún lugar, pero están equivocados.

Quieren que tengáis miedo, que os sintáis dependientes y vulnerables. No lo sois, no, sois preciosas. Habéis venido a este mundo a dar luz; no dejéis que se apague, mejor dicho, que otros la apaguen. No estáis solas, escapad. Confiad. Escapad. Hay vida después de las espinas. No ganarán, jamás podrán vencernos y doblegarnos. Nosotras damos vida, damos paz y somos dueñas de nuestro propio destino. Solo es tarde cuando uno ya está bajo tierra, mientras hay dolor, hay vida.

Tras Lucía, vinieron Leyre y Daniela. Y en menos de lo que tarda un águila en desplegar sus alas, Luna y Roi ya tenían el pelo canoso y las arrugas adorables de quién había vivido feliz y sin escasez de amor. Y cuando ellos faltaron, sus tres hijas continuaron con la floristería de San Alfonso. Y después los hijos de ellas, y sus nietos, y así sucesivamente... Ninguna historia comienza por las espinas, y ninguna debería acabar envuelta en sangre.

CARTA DE LUNA A B.

No puedo decir que te odie pero ojalá nunca te hubiera conocido, ojalá nunca me hubiera fijado en tu forma de explicar con las manos lo que se te pasa por la cabeza, y ojalá nunca me hubieras quitado la armadura para acariciar rincones de mi mente que ni yo conocía. No sé qué estoy haciendo con mi vida porque estoy absurdamente enamorada de ti y no me lo quito de la cabeza, desearía no haberte tenido jamás para no saber lo que es perderte y quedarme sola.

Por mucho que intente pasar página y rehacer mi vida siempre llega la maldita noche lluviosa en la que alguno de nuestros recuerdos me florece por dentro y me derrumba con su triste definición, su realidad de nostalgia y su niebla de guerra (porque los recuerdos tienen mucha niebla de guerra, las partes no deseadas suelen olvidarse con el tiempo). Eso me pasa, solo recuerdo lo bueno y vuelvo constantemente a pensar en ti una y otra vez, por muchas semanas que hayan pasado.

No desisto y lucho contra esta manía de querer verte a diario y me pregunto qué sentido tiene vivir una vida que es un parche para tapar la anterior. Lo que pasa con los parches es que se pueden coser y descoser fácilmente. A veces mi familia es un parche, sobre todo en las noches, es tu culpa, que me has desenredado por dentro.

Yo nunca en la vida he querido a nadie como te quiero a ti, siento que mi razonamiento amoroso es ingobernable y terco porque no puede, ni quiere, despedirte, y tú, que me conoces obstinada y transparente, me arrugas como a una hoja de papel de seda. Tú,

que me viste frágil y liviana, me soplas como un viento frío del norte y yo revoloteo entre cenizas del pasado y ruinas del presente.

Eres innegociable cuando surges en las conversaciones que tengo con mi ego, te represento con pasión y grandeza si me piden opinión. Y no es normal. No creo que todo esto haya sido enfermizo, seguro que algo fue real... tal vez yo soy la enfermiza por seguir pensando en ti. Me deduces desobediente e impulsiva y por eso no me escuchas. Te empeñas en que soy mala contigo, y tal vez lo sea, pero nadie en el mundo podría quererte como yo te quiero. Es completamente imposible.

Nunca has querido creerte mis palabras ni mis promesas y yo he hecho volteretas para seguir contigo y mejorar. Me he desgastado de tanto hacerlo por las malas y no me di cuenta hasta que me fui silenciosa y decidida. He sido una estúpida. Sí, he sido muy estúpida por no haberte sabido querer bien, de la manera que hubiera hecho que nada de esto hubiera pasado... tú no me quisiste del mismo modo, y no te odio pero ojalá me hubieras dejado en nuestro primer mes.

Tú me has golpeado con palabras que son martillos centerares de veces, consciente de mi flaqueza; tú me has desarmado como a un puzzle y me has dejado rota e intermitente. No has tenido piedad conmigo y ninguna de mis oportunidades ha sido realmente una posibilidad de estar bien porque siempre has sabido que tú y yo no terminaríamos juntos, que yo acabaría muerta. Yo puedo ser muy inocente, muy estúpida, muy fácil ...de engañar pero tú no eres mejor que yo.

Nunca fuiste sincero, nunca cumpliste nada de lo que dijiste, nunca me contaste lo que yo significaba para ti; me llenaste la cabeza de humo y pan rallado. ¿Para qué me querías a tu lado? ¿para qué marearme tantos años si solo me ibas a hacer sangrar?

Tú no sabes que es muy difícil rehacer tu vida sin tener a tu lado a la persona que amas de corazón, no sabes que algunas noches parecen años de lo lentas que pasan, no sabes el dolor que causa una canción que evoca recuerdos, no conoces el precio de la insensatez. De verdad que no te odio pero ojalá te pase esto algún día y sientas lo mismo que yo.



Después de escribirla, quemó la carta y siguió con su rutina.

¿TE HAS SENTIDO IDENTIFICADA/O?

Recuerda que el maltrato no siempre comienza con golpes, que a veces los insultos y las humillaciones duelen igual que los golpes. Quien te ama no te humilla, no pretende hacerte sentir menos, no te mira como si no sirvieras para nada y tu única oportunidad de que alguien te quiera sea él. Cuando alguien te haga creer que no sirves, que no eres valiosa, que no puedes emprender el vuelo y conseguir todo lo que te propongas... huye.

Márchate mientras haya vida, mientras tengas fuerzas para luchar, porque una persona que te daña no cambia. No creas las falsas palabras, las promesas vacías, porque cuanto más decidas perdonar más daño te harán. Un día regresará a casa malhumorado y te dará una bofetada de la cual se arrepentirá después. Lo creerás porque lo quieres, porque tienes miedo, porque quizá ya te anuló como persona y no te sientes con fuerza para salir al mundo de nuevo, porque él consiguió convertirse en tu mundo. Huye, no cambiará. Los golpes seguirán sucediendo, al igual que los insultos, los celos, los reproches y cada vez te verás más sola.

Recuerda que le culpa no será tuya, el culpable es el que maltrata. Habla, no te calles. Denuncia y no dejes que el miedo forme parte de tus decisiones, porque no estás sola, aunque lo creas así. Siempre habrá alguien que te tienda una mano para salir del infierno, para escalar sus paredes y escapar de esas llamas que te consumen el alma día tras día.

Hay mucho más en la vida que el sufrimiento, no permitas que callen tu voz, grita y nunca permitas el maltrato. No lo dejes un día

más porque nunca sabrás si este será el momento en que aparezcas en esa fatídica lista de mujeres asesinadas por sus parejas.

Si estás leyendo esto y te identificas, pide ayuda.

Te queremos con vida.

Te queremos feliz.

ACERCA DEL AUTOR

Amanda Sanh traduce libros de otros mientras trabaja en sus propias historias. Escribe situaciones reales sobre gente real. Crudeza y honestidad son los principios que abanderan sus obras.

Sus obras publicadas hasta la fecha son:

[«Donde dije digo, digo ego».](#)

[«Llueven cerezas».](#)

[«Corazones en la nieve».](#)

[«No todos buscamos una media naranja».](#)

Todas ellas disponibles en Amazon.

Prefiere mantenerse en el anonimato, escribir por amor al arte y no publicitarse en exceso. El buen libro es aquel que encuentras fortuitamente y saboreas ajeno a las opiniones externas.

Se crio en los noventa, sabe un poco de todo y nada de todo lo demás. La vida ya es bastante dura como para complicarse.